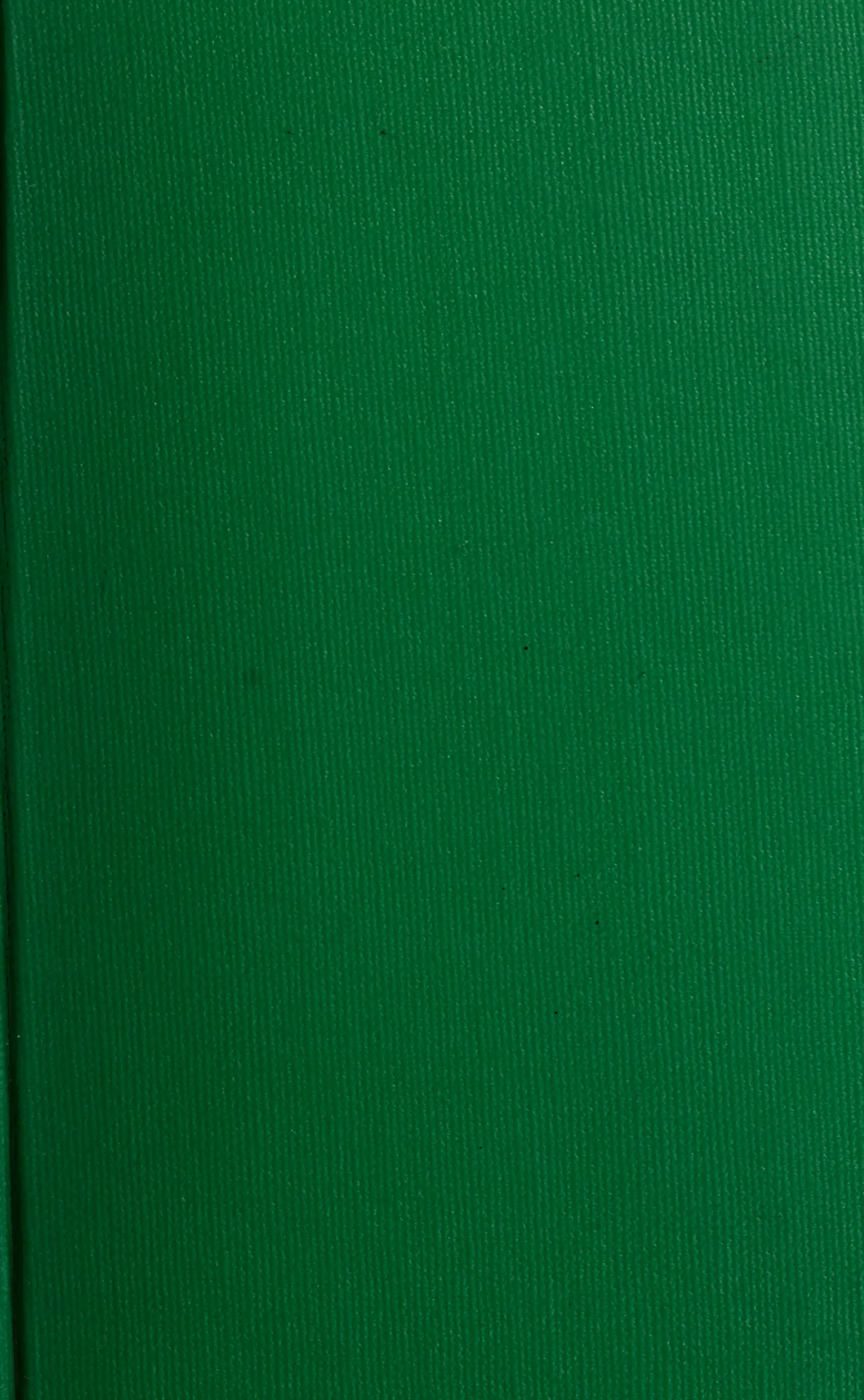
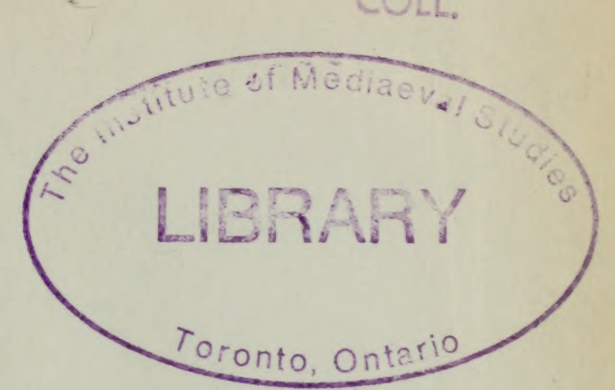
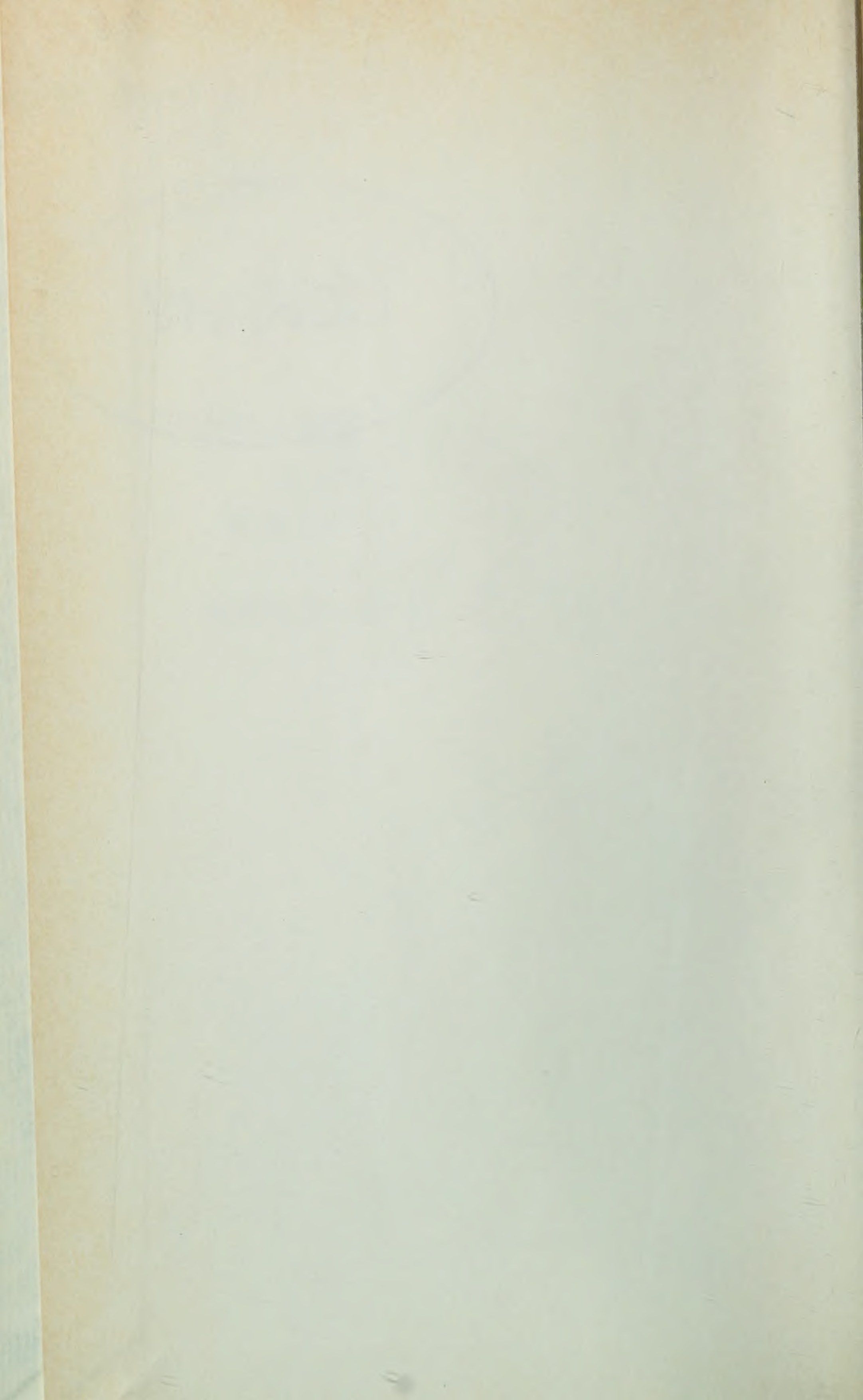
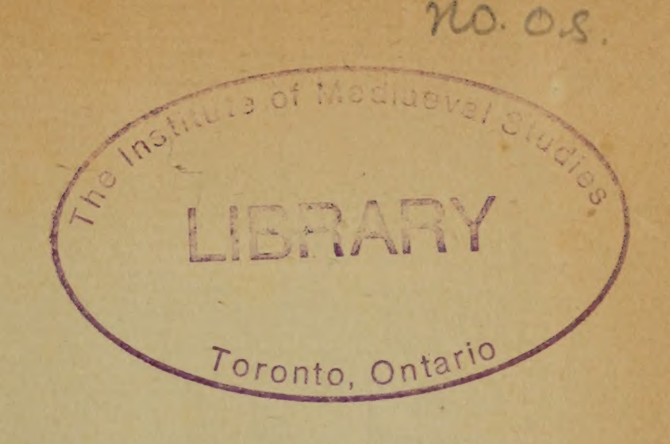



The Institute of Mediaeval Studies
LIBRARY
Toronto, Ontario





EL SANTO CÁLIZ DE LA CENA

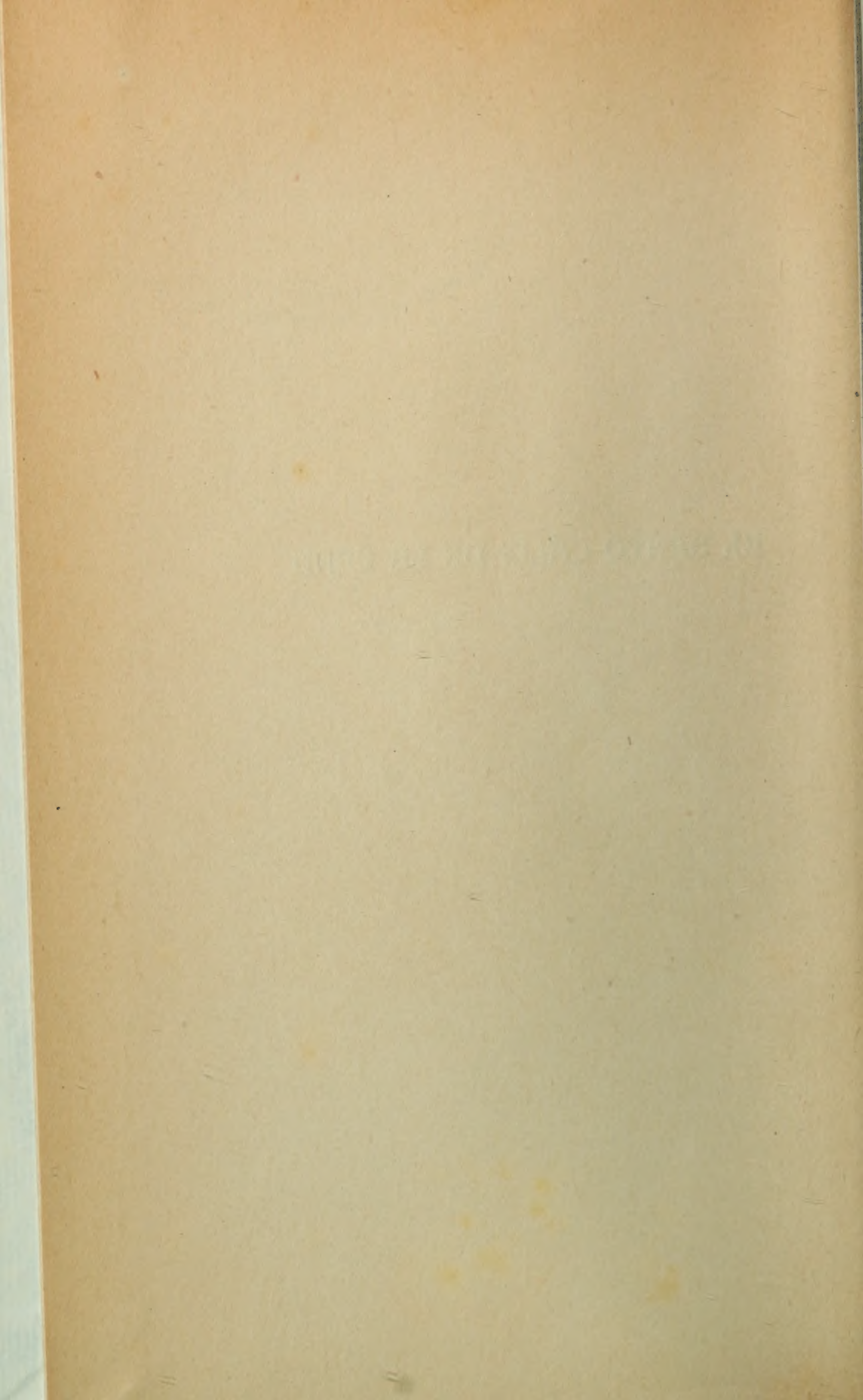
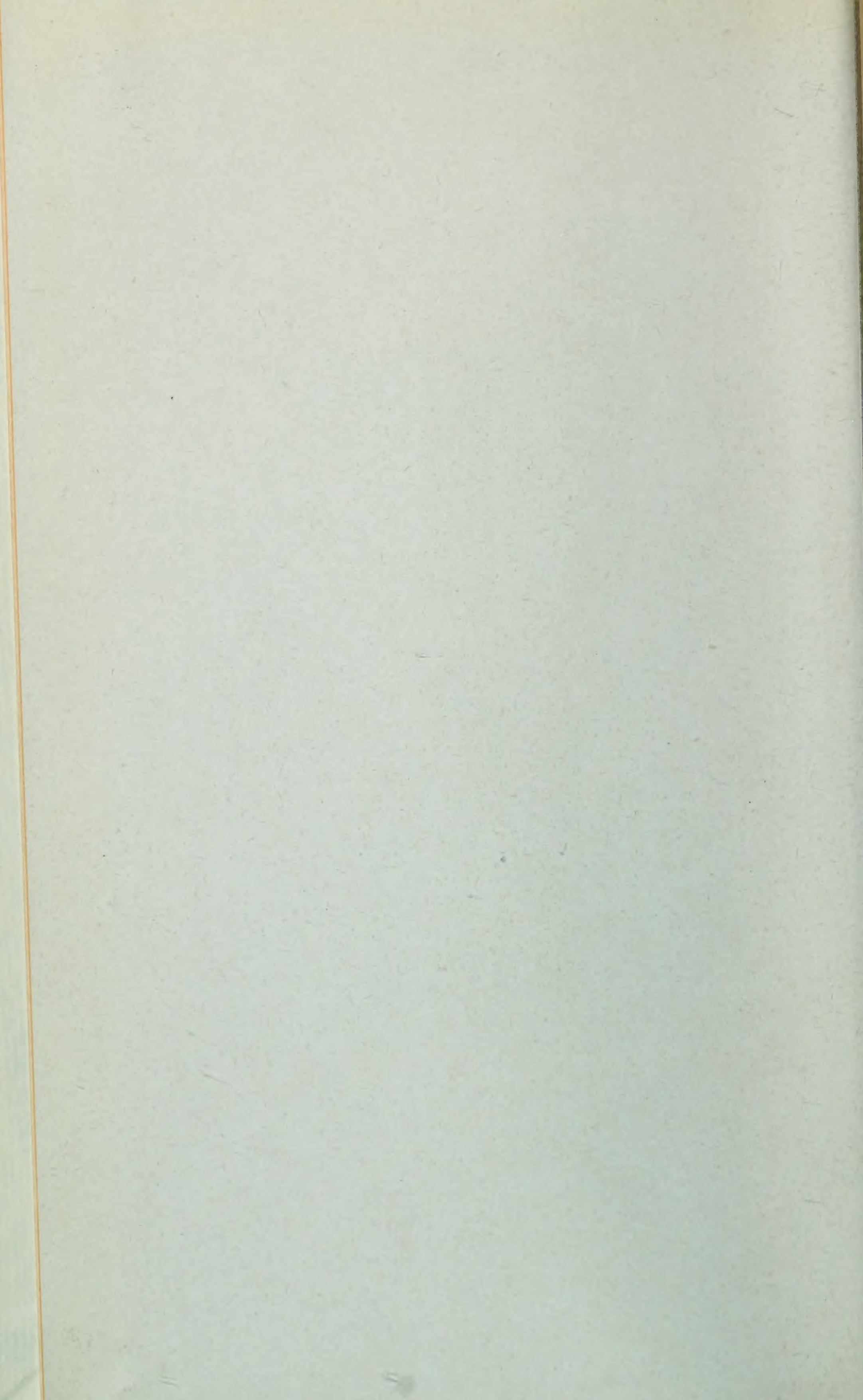


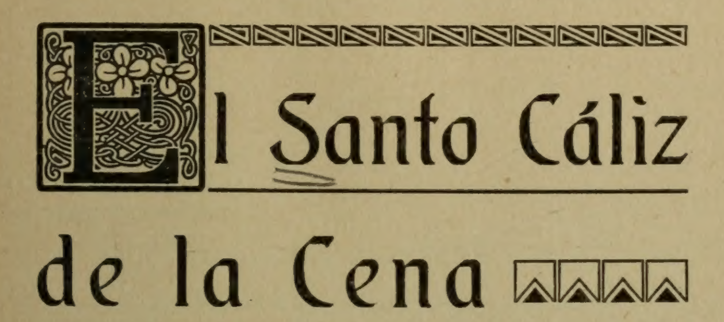
LÁMINA 1.ª



El santo Cáliz de la Cena del Señor



JOSÉ SANCHIS Y SIVERA
— Canónigo de la Catedral de Valencia —

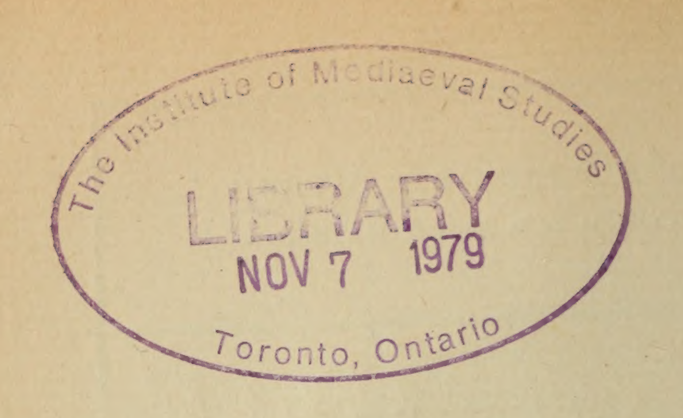


El Santo Cáliz de la Cena

(Santo Grial)

venerado en Valencia

VALENCIA - 1914
Librería SUC. DE BADAL, P. Constitución, 4



Imprenta Hijos de F. Vives Mora, Hernán Cortés, 6

PRÓLOGO

Entre las muchas reliquias que se conservan en el mundo cristiano y nos traen á la memoria la cruenta pasión de nuestro Redentor, es sin duda la más preciosa el santo Cáliz que empleó Jesucristo en la institución del augusto sacramento de la Eucaristía, el cual se venera en la santa Iglesia Catedral de Valencia. Es verdaderamente extraño que al hablar los autores y relatar la portentosa historia de aquéllas, no se ocupen casi de este precioso tesoro, á pesar del culto continuado que se le ha dado desde el siglo XV, ni tengan en cuenta que ante él se postraron emperadores, reyes, prelados é innumerables generaciones de fieles. El en-

tusiasmo que han mostrado siempre los valencianos por las cosas extrañas, y el olvido y poco aprecio en que tienen las propias, es acaso el motivo de ser tan poco conocida en la actualidad la singular reliquia.

Bien es cierto que nuestros escritores apenas se han ocupado, de un modo concreto, de la gloriosa alhaja eucarística, no obstante habérsele dado culto espléndido en tiempos pasados, llegándosele á igualar, por su suntuosidad, al del Santísimo Sacramento. Todos los historiadores regnícolas, lo mismo que los aragoneses, han hablado del santo Cáliz relatando su historia y tradiciones, pero nunca intentaron probar su autenticidad, lo que nos hace sospechar que en sus tiempos nadie la puso en duda (1). Sólo el historiador Gaspar Escolano alega algún sencillo argumento para rebatir un texto del

(1) Entre otros muchos historiadores regionales que hablan del santo Cáliz, mencionaremos los siguientes: Beuter, *Chronica General,* lib. II, cap. XVIII; Diago, *Anales de Valencia,* lib. IV, cap. XX; Escolano, *Décadas de Valencia,* part. I, libro IV, cap. II; Francisco de la Torre, *Fiestas á la Virgen de los Desamparados*, pág. 5; Rodríguez, *Biblioteca Valentina,* pá-

venerable Beda, copiado y admitido por Baronio (1). Pero ya en 1680, el beneficiado de la Catedral D. Vicente Izquierdo, valiéndose de las notas y un manuscrito existente en el Archivo metropolitano, según dice el crítico Segura, los cuales han desaparecido, compuso un excelente tratado (2) que vió y utilizó el P. Rodríguez para el *Sermón* que predicó en la festividad celebrada en Valencia en 1686, según anual costumbre (3). En

---

gina 413; J. V. del Olmo, *Descripción del Orbe,* pág. 546; Ballester, *Historia del Santo Christo del Salvador,* pág. 583; Solorzano, *Sagrario de Valencia,* pág. 156; Cruilles, *Guia Urbana de Valencia,* tomo II, pág. 371; *El Fénix,* periódico, números correspondientes al 20, 27 de septiembre y 4 de octubre de 1846, etc., etc.

(1) Escolano y Perales, *Decadas,* tomo I, pág. 484.

(2) *Tratado del Santo Cáliz en que Christo consagró la noche de la Cena, custodiado en la Seo de Valencia, y de la Institución de su Festividad con que cada año es celebrado solemnemente,* por don Vicente Izquierdo, capellán de la Generalidad y Beneficiado de la Catedral. Ms. en 4.° que se guardaba en el Archivo metropolitano y que ya no existe, el cual vió y utilizó el P. Rodríguez, según dice en las *Notas* de su sermón.

(3) «Sermón | del Sagrado Cáliz, | en que Christo | Nuestro Señor, consagró su precio | sísima Sangre, la noche de su santa Cena | Custodiado | en la Santa Iglesia Metropolita | na de la Ciudad de Valencia, y magestuosamente | Festejado, con

1705, la ligereza cometida por Martín David, profesor de la Universidad valentina, al adicionar la impresión del *Vocabulario eclesiástico* que compuso Fr. Diego Ximénez Arias, cuando dijo que el Cáliz venerado en esta iglesia era el que emplearon los apóstoles para su comunión en una de las especies, y no el usado por nuestro Señor al instituir el sacramento de la Eucaristía, idea que rectificó luego muy luminosamente (1), mo-

---

Pública y Solemne Celebridad, | todos los Años, día veinte y uno | de Setiembre. | Dedicado | a la ilustre Señora, D.ª Catalina | Teresa de Andia Bivero, y de Irarrazabal, Marquesa | de Bucianos; | Hija del Señor D. Francisco de Andia, y | Bivero, Hija del Señor Marques de Val | paraiso: y muger del Señor D. Pedro de Valda, Figuerola, Pardo de la Casta, Correo Mayor de su | Magestad, en la Ciudad, y Reyno de Valencia, | Marques de Bucianos. | Predicole Fr. Josef Rodríguez, natural | de la Ciudad de Valencia, Religioso Trinit. Cronista de | su Orden, y Examinador Synodal, del Arçobispado | de Valencia, Año 1786. | Con licencia: En Valencia: Por Francisco | Mestre, Impresor de S. Tribunal de la Inquisición, junto al Molino de la Rovella, | Año 1687».

En 4.º Port. V. en b. 10 hojas prels. 35 págs. El sermón concluye en la pág 13, y de la pág. 14 al fin es una recopilación de los autores é historias que se citan en el Sermón. Acompaña un escudo del Mecenas, grabado sobre plancha.

(1) La rectificación, firmada en 31 de Mayo de 1702, la

vieron al canónigo penitenciario de la misma iglesia, D. Vicente Noguera, á componer una *Historia del Sagrado Cáliz*, que no pudo terminar, dejando escritos treinta pliegos y el plan que pensaba seguir en la formación del libro (1). También el religioso carmelita Fray Luis Portolés, que murió en 1705, escribió otro tratado sobre la misma reliquia (2), resumiendo todos estos trabajos, en un bonito libro, el erudito D. Agustín Sales (3).

---

publica Ximeno en sus *Escritores del Reino de Valencia,* tomo II, pág. 151.

(1) El manuscrito se conservaba en el Archivo de la Catedral, y ya no existe. La nota del plan de la obra, la transcribe Ximeno en sus *Escritores del Reino de Valencia,* tomo II, página 142, y también Rodríguez en su *Biblioteca Valentina,* página 453, el cual puso la idea á la vista de todos por si había alguno que quisiera concluir la obra, aprovechándose Agustín Sales.

(2) *De Calice Domini Nostri Jesu Christi in nocte Coena qui habetur in Sancta Metropolitana Ecclesia Valentina honorifice.* Hallábase este manuscrito en la Biblioteca del convento del Carmen, donde lo vió Ximeno *(Escritores del Reino de Valencia,* tomo II, pág. 156).

(3) «Disertación | histórica, | critica, i expositiva, | del Sagrado Cáliz | en que Christo Señor Nuestro | consagró en la noche de la Cena, el qual se ve | nera en la Santa Metropolitana | Iglesia de Valencia. | Su autor | el D. Agustín

Tal es en síntesis la historia bibliográfica de la sagrada reliquia, cuyos trabajos han desaparecido casi todos, pues del sermón del Padre Rodríguez se han hecho rarísimos los ejemplares, y la obra de Sales, á más de ser difícil su lectura, por lo farragoso del estilo, es hoy casi imposible encontrarla.

Para que sea, pues, conocida, como es debido, la insigne reliquia conservada en Valencia, y aumente su veneración entre los fieles, nos hemos decidido á escribir este pequeño libro. Poco consignaremos que no haya sido dicho ya por otros autores, de los

---

Sales, | Presbítero, | Doctor en Sagrada Theología en la Uni | versidad de Valencia, i Beneficiado en la Iglesia | Parroquial de San Bartolomé de la | misma Ciudad. | Va añadida al fin la Respuesta á cierta Consulta sobre | unos Monumentos Antiguos. | ✠ | Con privilegio. | En Valencia | En la Imprenta de Josef Estevan Dolz. Año 1736».

En 4.º Port. en negro y rojo, 15 hojas prels. 200 páginas texto. De la pág. 183 al fin, tablas é índice, siguen 30 páginas sobre la respuesta que cita la portada.

Fr. Jacinto Segura rebatió á Sales, por atribuirse méritos ajenos, en unos folletos que tituló *La verdad vindicada,* á los que éste contestó con otro titulado *Disertación del Santo Cáliz en su primera y segunda parte de la Verdad Vindicada,* Valencia, imprenta de Josef Estevan Dolz, en 4.º.

que repetiremos los argumentos que nos parezcan más apropiados, y aun á veces copiaremos sus mismas palabras; añadiremos, sin embargo, como novedad, algunos documentos encontrados por nosotros y varias razones que creemos muy pertinentes.

La realidad del santo Cáliz aparece bien clara desde el año 1399, no teniendo verdadera historia, tal como hoy se exige, antes de esta fecha. Bien se nos alcanza que la autenticidad de una reliquia de primer orden, ofrecida solemnemente á la veneración de los fieles, debe establecerse por una cadena no interrumpida de testimonios escritos, que recojan directamente la herencia de la tradición de los tiempos apostólicos, para transmitirla sin lagunas á la posteridad. Sin embargo, podemos afirmar que el santo Cáliz lleva en sí mismo el sello indeleble de la autenticidad, sancionada por una tradición jamás interrumpida. La verdadera crítica en lo concerniente á las santas reliquias respecto á su identidad, y hasta su autenticidad, no reclama una certeza metafísica, ni aun física,

por ser suficiente la moral. La mayor parte, ó mejor dicho, todas las reliquias de la pasión de nuestro Señor, la lanza, los clavos, la corona de espinas y otras, que muy pocos ponen en duda, no tienen probada su autenticidad con documentos apodícticos en lo referente al período anterior á las cruzadas, y aun en el siguiente pueden estar sujetas á graves discusiones. A pesar de ello, no sin escándalo se diría que es idolátrico adorarlas, pues la Iglesia se engañaría ó engañaría á los fieles permitiendo darles culto. Pues bien; el santo Cáliz tiene en su favor más argumentos que todas estas reliquias, contando también la Sábana Santa de Turín, cuya autenticidad declaró, á pesar de carecer de documentos bastantes, la Academia de Ciencias de París, en memorable sesión de 22 de Abril de 1902, sorprendiendo al mundo sabio el análisis completo que se hizo, avalorándose la declaración el haber sido suscrita por un incrédulo y racionalista.

Es evidente que al resucitar Jesucristo, sus discípulos guardarían el Cáliz, junta-

mente con otras reliquias, y esto es muy verosímil, á pesar de no aducirse documento alguno. Nuestra labor deberá, pues, atenerse á fijar ciertos jalones que nos permitan remontarnos, con determinadas garantías de éxito, hasta su origen, deduciendo argumentos, todos racionales, que nos conduzcan al convencimiento moral de la autenticidad de la reliquia.

Otro género de argumentos, hasta ahora por nadie utilizados, hemos de emplear en favor de la autenticidad del santo Cáliz, deducidos de las leyendas á que dió lugar, nacidas á raíz de la muerte del Redentor, las que fueron alimentadas por la fe del cristianismo, llegando hasta nuestros días, y sostenidas con la convicción del creyente por muchas gentes. Estas leyendas dieron motivo á la creación de admirables poemas que, tanto en Francia como en Alemania, tuvieron eficaz influencia, no sólo en toda la literatura, sino también sobre las costumbres, siendo el sagrado Cáliz, con el nombre del santo Grial, en los tiempos caballerescos, un

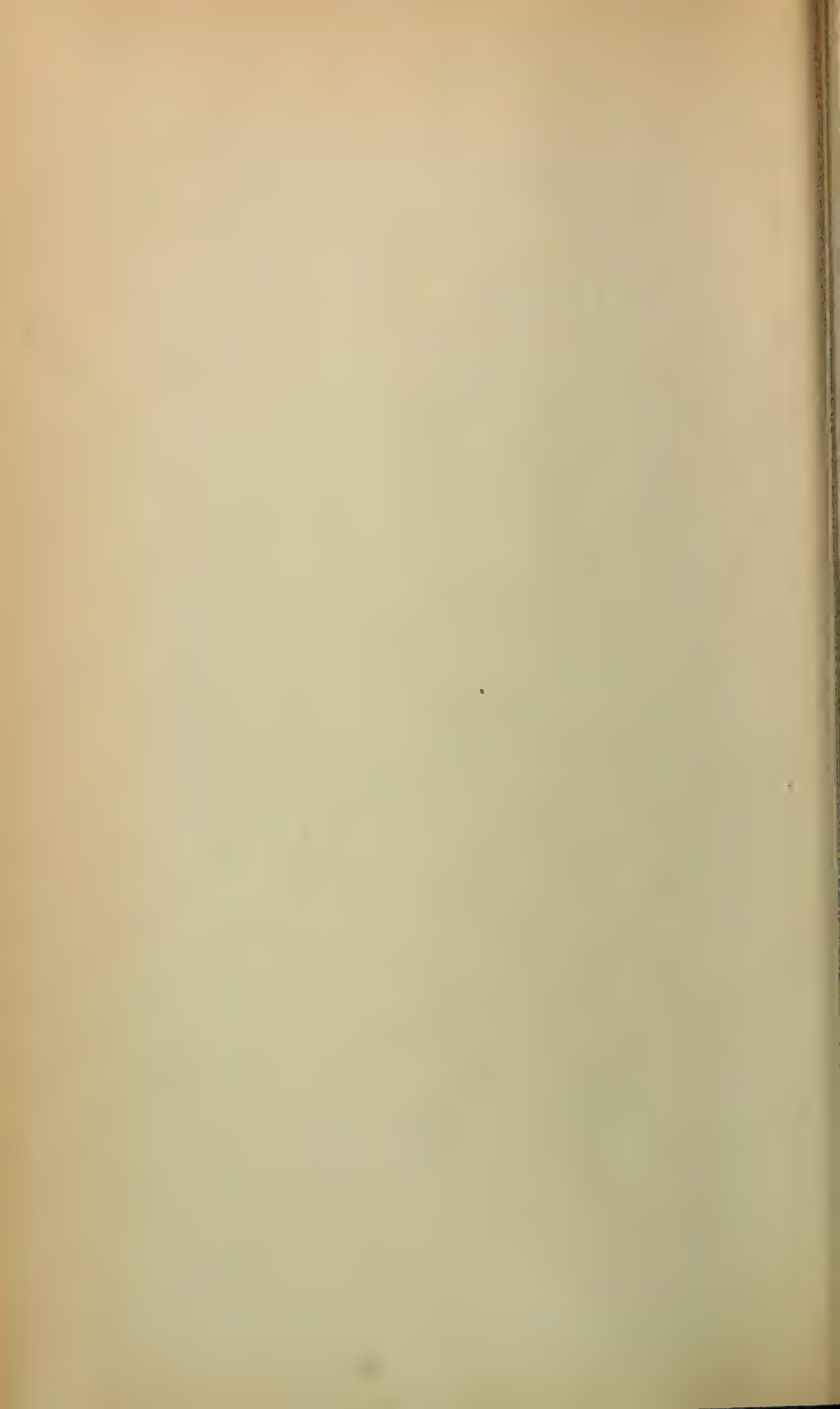
medio de propaganda cristiana, dando con ello lugar á que se disputasen el honor de poseerlo muchos célebres monasterios.

Es digno de notarse, que los poemas más importantes en que el santo Grial es el elemento informante, colocan su acción en España, entre montañas abruptas y misteriosas, en el reino de Aragón, muy cerca de los Pirineos, lugar que corresponde á San Juan de la Peña, donde estuvo varios siglos el santo Cáliz que se venera en Valencia; y que las estupendas hazañas que creó la excelsa fantasía poética, guardan todas en el fondo estrecha relación con lo que nos refieren las crónicas y ha perpetuado la tradición en lo que respecta á la sagrada reliquia. También bebió su inspiración en estos poemas y crónicas el gran músico Ricardo Vagner, que pone en el mismo sitio la acción de su colosal oratorio *Parsifal,* cuyas sublimes armonías elevan el espíritu del místico oyente hacia las regiones celestiales.

En nuestro ligero trabajo vamos á intentar la demostración de la autenticidad del

santo Cáliz, aportando aquellos argumentos racionales que suplan la falta de documentos en los tres primeros siglos; estudiando los instrumentos escritos que la tradición confirma; relacionando el elemento informativo de la mayor parte de la literatura caballeresca, con lo que cuentan las crónicas é historiadores, y, finalmente, poniendo de manifiesto lo que se deduce de los documentos auténticos que se conservan, de la fuerza demostrativa que da un culto continuado y consentido por pontífices y prelados, que nunca ha sido puesto en duda, y del hecho de que no exista razón alguna en contra de la autenticidad de la reliquia.

Tal es el programa que nos hemos trazado, y que procuraremos llevar á cumplimiento con el entusiasmo del que trabaja en honrar á su patria y hacer más firmes antiguas y venerandas tradiciones.



I

El relicario de la Catedral de Valencia.—El santo Cáliz, su descripción y materia de que se compone.—Culto que se le ha tributado en todo tiempo.—Institución de su fiesta.—Diferentes días en que se ha celebrado.—Fórmula que se emplea cuando se manifiesta á los fieles.

En el Aula capitular nueva de la santa Iglesia Catedral de Valencia, en departamento contiguo, hállase una hermosa capillita, de planta poligonal, con cúpula adornada de bonitas pinturas, representando alegorías. Allí se veneran casi todas las reliquias que posee dicha santa iglesia, encerradas en preciosos relicarios, dentro de tres grandes hornacinas, en cuyas puertas aparecen, pintadas al óleo, diversas escenas referentes á la entrega al Cabildo, por reyes y magnates, de estos sagrados objetos.

Al penetrar el creyente en este sagrado recinto, siente en su ánimo profunda emoción,

pues contempla acumuladas las numerosas reliquias con que exornaron la catedral valenciana los pontífices y los reyes, engastadas en relicarios de precioso metal, que en otro tiempo eran de finísima labor, y de los que se conservan algunos de extraordinario mérito artístico. Allí se admiran preciosos *Lignum crucis*, con pies góticos de filigranas exquisitas; bustos de santos y vasos que encierran huesos de los principales héroes de la religión; autógrafos y piezas de ropa que usaron grandes apóstoles del Evangelio; delicadas cajas de marfil y plata que encerraron piadosas cenizas de mártires, y, en una palabra, en este sitio se guarda un conjunto de preciosidades que hablan al alma y la mueven á la devoción.

Sin embargo, entre tantos objetos, á cuál más precioso y digno de veneración, resplandece más que todos, por su historia y adorable empleo que de él hizo Cristo señor nuestro, uno singularísimo, ante el que se han postrado todas las generaciones de fieles que han tenido la dicha de admirarlo, y que es el más rico tesoro que ostenta la santa metropolitana Iglesia de Valencia, el santo Cáliz con que consagró nuestro Redentor la noche de su última Cena, inestimable tesoro que fué el primer depósito de su Sangre sacramentada, joya preciosa que por sí sola basta para adornar con los timbres más gloriosos á la iglesia que la atesora y á la ciu-

dad que desde un principio le prestó rendida adoración.

Este admirable Cáliz, que tiene 17 centímetros de altura, desde el punto de vista artístico es una obra notable. Consta de una *copa*, desnuda de toda guarnición sobrepuesta, de forma semi-esférica, del tamaño de una naranja grande, con un diámetro de nueve centímetros; la *vara,* con su nudo, que mide siete centímetros, y las dos *asas,* que naciendo del extremo de la misma, llegan hasta la base de la copa, son de oro purísimo, con diferentes y primorosos adornos burilados, de exquisito gusto griego, que denotan su gran antigüedad (1); el pie tiene la forma semi-oval, siendo la elipse de la base de 14 × 6 centímetros, el que está guarnecido alrededor y medios, de oro purísimo, con 26 perlas finísimas del grueso de un bisalto (2), dos

---

(1) Hemos visto en los museos de Berlín, Londres, París, Nápoles y otros puntos muchos vasos, platos y alhajas contemporáneos y anteriores á Jesucristo, que ostentan adornos burilados de semejante forma y dibujo, y aun más perfectos. Se equivocan los que creen que el trabajo de las asas indica fecha más moderna. Véase también, en comprobación de lo que decimos, la *Historia del traje*, de Federico Hottenroth.

(2) Faltan dos perlas, pues antiguamente se contaban 28, y este número consta en todos los inventarios antiguos.

rubíes y dos esmeraldas de gran valor: estos adornos del pie nos parecen sobrepuestos y obra de los siglos XIII ó XIV.

En cuanto á la materia de que se compone la copa del santo Cáliz, está fuera de duda que es de ágata, de la llamada cornerina oriental. Su color rojo obscuro es tan especial, que introduciendo en el interior de la copa una luz, aparecen en su transparencia visos de varios matices, con todas las coloraciones del iris, claros, encendidos y obscuros (1). El pie, del mismo color que la referida copa, parece ser de concha. Hállase colocado el santo Cáliz sobre un pedestal formado por un plano, de 24 centímetros

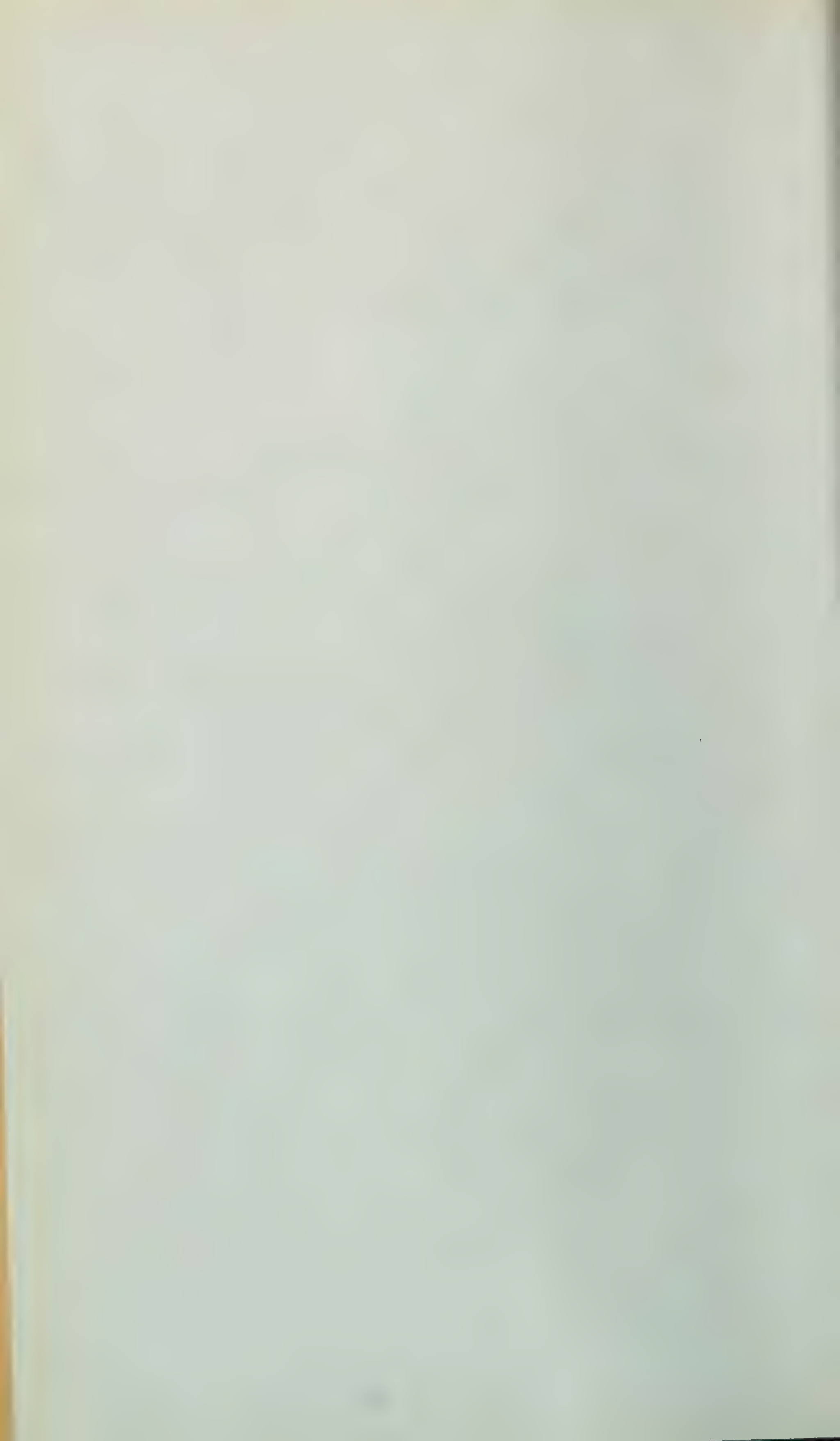
---

(1) «Aun para los severos críticos que ponen en duda la verdad de esta tradición, es este antiquísimo Cáliz un monumento muy respetable de los primeros tiempos de la Iglesia..... La materia de este vaso se cree vulgarmente ser ágata cornerina oriental. El sabio italiano don Attilio Zuccagoni, director del gabinete de historia natural de Florencia, y médico del rey de Etruria, en el reciente tránsito de SS. MM. católicas por esta ciudad, á instancia mía, le examinó atentamente, y juzgó ser un onix verdadero. Mas yo no hallo en sus betas la figura de uña, que, según los naturalistas, es el carácter de aquella piedra. Las de esta copa bajan casi perpendicularmente desde el borde, formando como unas aguas ó claros y obscuros que sólo se perciben bien mirándolos contra luz». *(Viaje literario á las Iglesias de España,* por D. Joaquín Lorenzo Villanueva, tomo II, pág. 41, Madrid, 1804).

LÁMINA 2.ª



El santo Cáliz con su pedestal



cuadrados, sobre el que posan sus rodillas cuatro ángeles alados, los que sostienen la preciosa reliquia: de altura mide el pedestal diez centímetros, es todo de plata y su construcción muy moderna.

Desde que la sagrada joya fué depositada en la sacristía de la catedral de Valencia en 1437, juntamente con otras insignes reliquias, ha perseverado en poder de su Cabildo hasta nuestros días, siendo reverenciada con gran devoción. Nadie, absolutamente nadie se ha atrevido á negar la autenticidad del sacrosanto Cáliz; antes por el contrario, se le festejó siempre como el más noble timbre de gloria de Valencia. Hasta el siglo XVII conservábase en el relicario de la iglesia, sin que se ostentase fuera de él á la pública veneración. No quiso nuestro Señor que tan estimada presea dejase de ser paseada triunfante por las calles de la ciudad, y á este efecto sugirió la idea á un benemérito canónigo de la misma santa iglesia para que con este objeto instituyera una solemne fiesta.

Fué dicho canónigo D. Honorato Figuerola, natural de Valencia, persona peritísima en teología, derecho y humanidades, é inquisidor apostólico en los tribunales del Santo Oficio. Mientras vivió, llevado de su devoción hacia el venerando Cáliz, procuraba honrarle con solemnísimos cultos, trabajando además con grande empeño para que la devoción que le tenían los

fieles aumentase de día en día. A su muerte, ocurrida en 1608, dejó instituída una administración perpetua de 22.000 libras (82.500 pesetas) en propiedad, nombrando por administradores al Cabildo de dicha catedral, con el encargo de que las rentas del capital se emplearan en cumplir algunas obras pías, entre las que ocupaba lugar preferente la celebración anual de una solemne fiesta en honor del santo Cáliz y Sangre de Jesucristo, consistente en primeras y segundas vísperas, misa, sermón y dos procesiones, una por la mañana en el interior de la iglesia y la otra por la tarde con la misma solemnidad que la del Corpus, debiendo recorrer las mismas calles que ésta. Además, dejó encargado que dicha fiesta y procesión se celebrasen seis meses después de la solemnidad del Santísimo Sacramento, en día de viernes, suplicando al prelado que rigiera la Sede, mandase fuera de fiesta dicho día (1). Igualmente legó mil libras (3.750 pesetas), para que se construyese

---

(1) Del testamento que hizo D. Honorato Figuerola en 31 de agosto de 1607, ante el notario D. Juan Sancho López, publicado en los días 3 y 4 de febrero del año siguiente 1608, tomamos la siguiente cláusula, que transcribimos en su idioma original:

«Item vull, que cumplides dites coses, y haventse pagat la amortisació de dita renda, y tenint Mil lliures avançades pera que de la renda de dita administració se fassa cada un any una festa molt solemne ab primeres

una primorosa custodia de plata en la que se llevase en procesión la sagrada reliquia, y pudieran admirarla todos los fieles. Dicha custodia fué ejecutada con todo acierto y primor por el artífice valenciano Jorge Cetina, que grabó en

---

vespres, missa ab sermó y segones vespres, cantantse ab cant de orgue, com en lo dia del Corpus Christi, y supplique al señor Archebisbe que es, o será, se serveixca de manar dit dia sia festa colenda, en honorifisencia del sant Calis y Sanch de nostre Señor Deu Jesuchrist, y que dit dia se fassen dos professons solemnes en honrra y exaltació del sant Calis, en lo qual nostre Señor Deu Jesuchrist instituhí lo santissim sacrament de son sacratissim cos y sanch, y que dematí se porte per la Seu de Valencia, y aprés de dinar per los mateixos carrers ques sols e acostuma fer la procesó del Corpus en la present Ciutat, y ques criden totes les religions y conviden als señors sis Jurats, ques gasten fins trescentes lliures en dita festa y processons, y pera ques puga portar lo Calis ab la descencia ques deu, se fassa un tabernacle que coste fins a Mil lliures, encara ques tarde un any, o mes a ferse dita festa, y que alrededor del tabernacle y haja molts cristals pera ques veja lo Calis y nos toque, y que esta festa se fassa mig any apres del Santissim Sacrament, y que sia en dia de divendres, y que dit dia sia festa manada com te dit y supplicat, y que en dita professó se traguen sis orfens donzelles honrades, virtuoses, filles de homens honrats, y majors de setse anys, á cada una de les quals sels offerixca vint y cinch lliures per al dia ques desposaran, per ajuda a sos matrimonis, y que de dites sis orfenes ne nomene cada administrador una, y les demés se nomenen a vot de la major part del molt Ilustre capitol si acceptára, y si no de la major part dels

los cuatro frontis de la peana los escudos de la casa de Figuerola (1).

Los insignes arzobispos de esta diócesis el B. Juan de Ribera y D. Fr. Isidoro Aliaga acogieron benignamente los deseos del canónigo Figuerola, y después de examinados con gran madurez los documentos que convencían de la identidad del sagrado Cáliz, quedó aprobada tan magnífica institución. Al tratarse de la celebración de dicha fiesta se observó que, según lo ordenado por su fundador, debía tener lugar á últimos de noviembre ó primeros de diciembre,

---

administradors, y que al menys dictes donzelles orfenes hajen de anar de matí en la professó ques fará per la Seu, y que lo administrador que será de mon llinaje en dites professons de demati...» *(Archivo de la Catedral, 51: 27)*.

(1) Esta custodia desapareció en 1812, lo mismo que otros muchísimos objetos de oro y plata destinados al culto. Cuando se saca ahora en procesión el santo Cáliz se emplea la llamada *anda de la Camiseta*, mandada construir para esta reliquia en 1691 por el Arcediano mayor D. Jerónimo Frígola, siendo su artífice el florentino José Seguen. «Tiene la forma de custodia ó tabernáculo con cuatro cristales, y en el remate el Niño Jesús abrazado á una cruz, y bajo, en cada parte, las armas del donante. El peso de la plata es de 76 marcos y tres onzas, que costaron 622 libras, cuya cantidad, unida á la obra de mano, dorado y oro, formó un total de 1.322 libras. Son de plata igualmente las bambalinas y candeleros». (Véase nuestra obra *La Catedral de Valencia*, págs. 430 y 434).

en que por ser los días cortos y ordinariamente lluviosos, no podía revestir la solemnidad debida. En su vista, el Cabildo determinó se trasladase la fiesta al primer viernes de septiembre, pidiéndolo así al prelado, que accedió gustoso en parte, pues ordenó su celebración para el 14 de dicho mes, fiesta de la Exaltación de la Cruz, que era entonces de precepto. Hasta 1650 continuó celebrándose esta fiesta dicho día, trasladándose á otro desde entonces, á causa de haber dejado de ser fiesta de precepto, por la Bula de Urbano VIII expedida en Roma el 13 de septiembre de 1642, según decreto del arzobispo D. Fr. Pedro Urbina, á petición del Cabildo, estableciéndose la festividad para el día del evangelista San Mateo, que era festivo, á menos que la Exaltación de la Cruz ocurriese en domingo.

Hasta principios del siglo XIX se celebró esta fiesta con gran solemnidad, y su procesión era una de las más suntuosas, á las que asistían las parroquias, comunidades religiosas y los jurados de la ciudad (1). Pero á causa de

---

(1) En la *Consueta* de Herrera, folio 540, que se guarda en la Catedral de Valencia, se dan interesantes detalles acerca de esta procesión, en la que iban danzas de labradores, y de la fiesta, que era muy suntuosa, adornándose el Altar mayor con flores artificiales. En el *Llibre de Antiquitats*, fol. 136, se relata la fiesta que se celebró el 14 de septiembre de 1630.

los trastornos políticos ocurridos en los comienzos de la pasada centuria, la solemnidad fué disminuyendo su esplendor, hasta que vino á pasar casi inadvertida para el común de los fieles, pues habiéndose apropiado el gobierno de los bienes de las administraciones y procedido á su enajenación, desapareció la renta legada por el fundador, y con ella los medios para costear la fiesta, quedando hoy reducida á una dobla mayor, en la que se hace procesión claustral mañana y tarde. Al suprimirse la media fiesta del día de San Mateo, el Cabildo dispuso se celebrase, como en los pasados siglos, el 14 de septiembre, lo cual no se llevó á efecto hasta 1873. En 1888, con objeto de dar mayor solemnidad á la Sangre de Cristo, que conmemorando un suceso milagroso (1) acaecido en el siglo XVI, se celebraba, por concesión especial y rezo propio, en la primera Domínica de julio, se trasladó dicha fiesta al referido día, siguiendo en parte los deseos del fundador. Debido á la gran devoción que profesaba al santo Cáliz el cardenal y arzobispo de la diócesis D. Antolín Monescillo, revistió otra vez la fiesta gran solemnidad, oficiando el prelado casi siempre de

---

(1) Se da noticia de la devoción de la Sangre de Cristo en Valencia, institución de su festividad y rezo, y de quien sea el autor de éste, en la obra de Fr. Josef Teixidor, *Antigüedades de Valencia*, tomo II, pág. 357.

medio pontifical, y celebrándose por la tarde, después del rezo de los Laudes, solemne procesión claustral, á la que asistían los cleros de las parroquias de la ciudad. Desde 1903 vuelve á celebrarse el 14 de septiembre, en virtud de haberse suprimido el rezo particular de Valencia en honor de la Sangre de Cristo.

También se veneraba públicamente el santo Cáliz el Jueves y Viernes santos, colocándose en él la sagrada Forma que se reserva en el monumento. En los oficios del segundo de estos días, el 3 de abril de 1744, actuaba de preste el Arcediano mayor y canónigo de dicha catedral, D. Vicente Frígola Brizuela, con asistentencia del arzobispo Excmo. Sr. D. Andrés Mayoral, y trasladado el cofrecito de plata que encerraba el santo Cáliz con el Santísimo Sacramento á la mesa del altar mayor, al tiempo de sacar dicho santo Cáliz, y la Forma consagrada de su copa, resbaló aquél y se dividió ésta en dos mitades, quebrándose también una de ellas por la parte superior del labio, de la que se desprendieron dos pedacitos pequeños. Fué inmensa la emoción que produjo este contratiempo. En seguida se recogieron todos los dichos fragmentos, y cerrados dentro del mismo cofrecillo, se trasladaron desde el altar á la capillita de las reliquias. En la tarde de aquel mismo día, y en presencia de varios canónigos, llamado el maestro platero Luis Vicent, con sus dos hijos Luis

y Juan, se procedió á la recomposición de la referida copa, realizándose tan maravillosamente el trabajo, que ajustados y unidos los fragmentos de la piedra con diversos ingredientes, quedó la copa del mismo modo que estaba antes del desgraciado accidente. Para que la contingencia sucedida no fuera en perjuicio de la profunda veneración que siempre se había tenido á tan insigne reliquia, y con el fin de que no se dudase eran los fragmentos unidos y ajustados en dicha copa los mismos que se desprendieron, juraron voluntariamente dichos extremos los canónigos comisionados y los artistas que intervinieron en la recomposición, levantándose acta notarial de todo ello (1).

Para evitar en lo sucesivo otro percance semejante, acordó el Cabildo que no se volviese á usar más el santo Cáliz en dicha fiesta, utilizándose en su lugar uno de oro que para dicho objeto había regalado el referido Arcediano mayor D. Vicente Frígola, á quien, como hemos dicho, sucedió el desgraciado accidente. Dícese, y así lo hemos visto consignado en algunas notas, que tal fué la emoción sufrida por dicho canónigo, que falleció algún tiempo después de resultas de ella.

---

(1) Protocolo de Juan Claver, año 1744, folio 583, volumen 3.238 del *Archivo de la Catedral* de Valencia.

LÁMINA 3.ª



Capilla de las reliquias, donde el santo Cáliz (+) es venerado actualmente

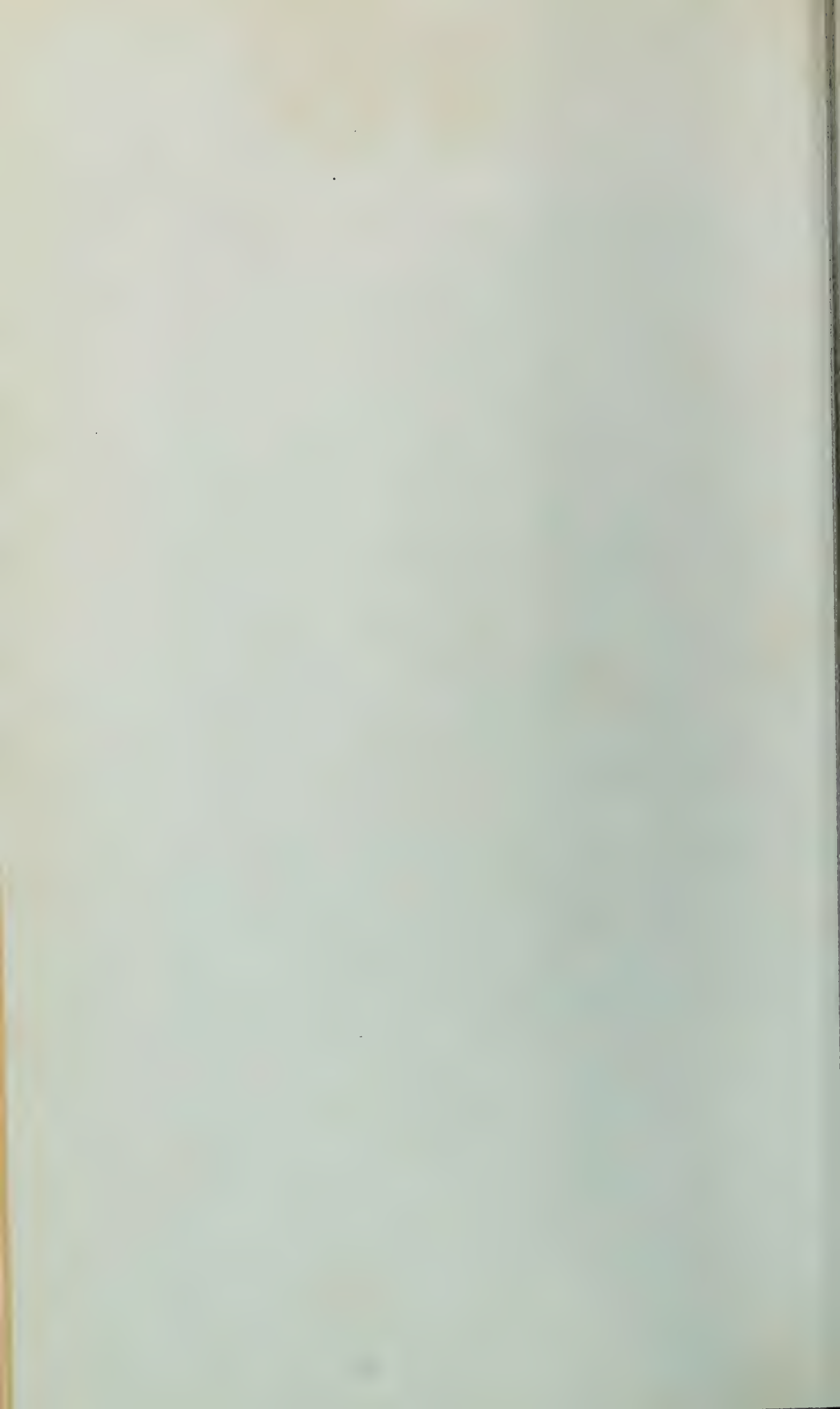
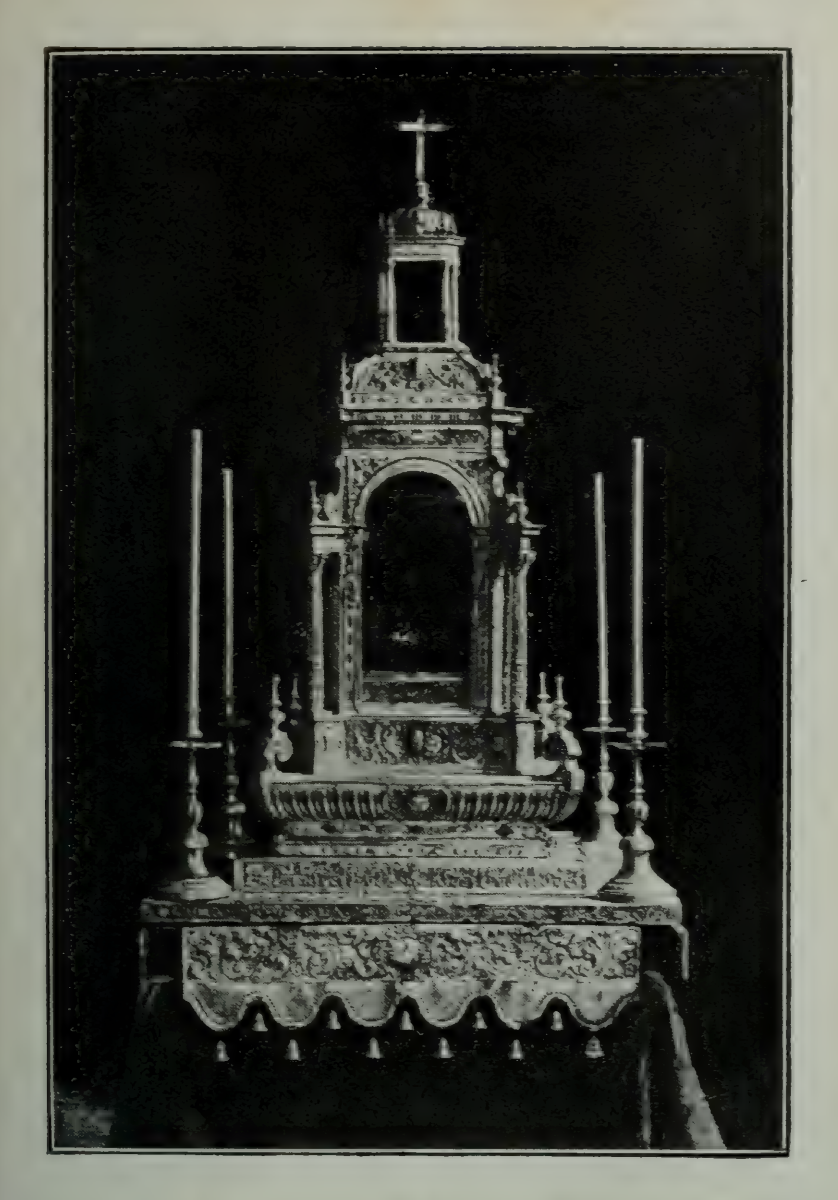
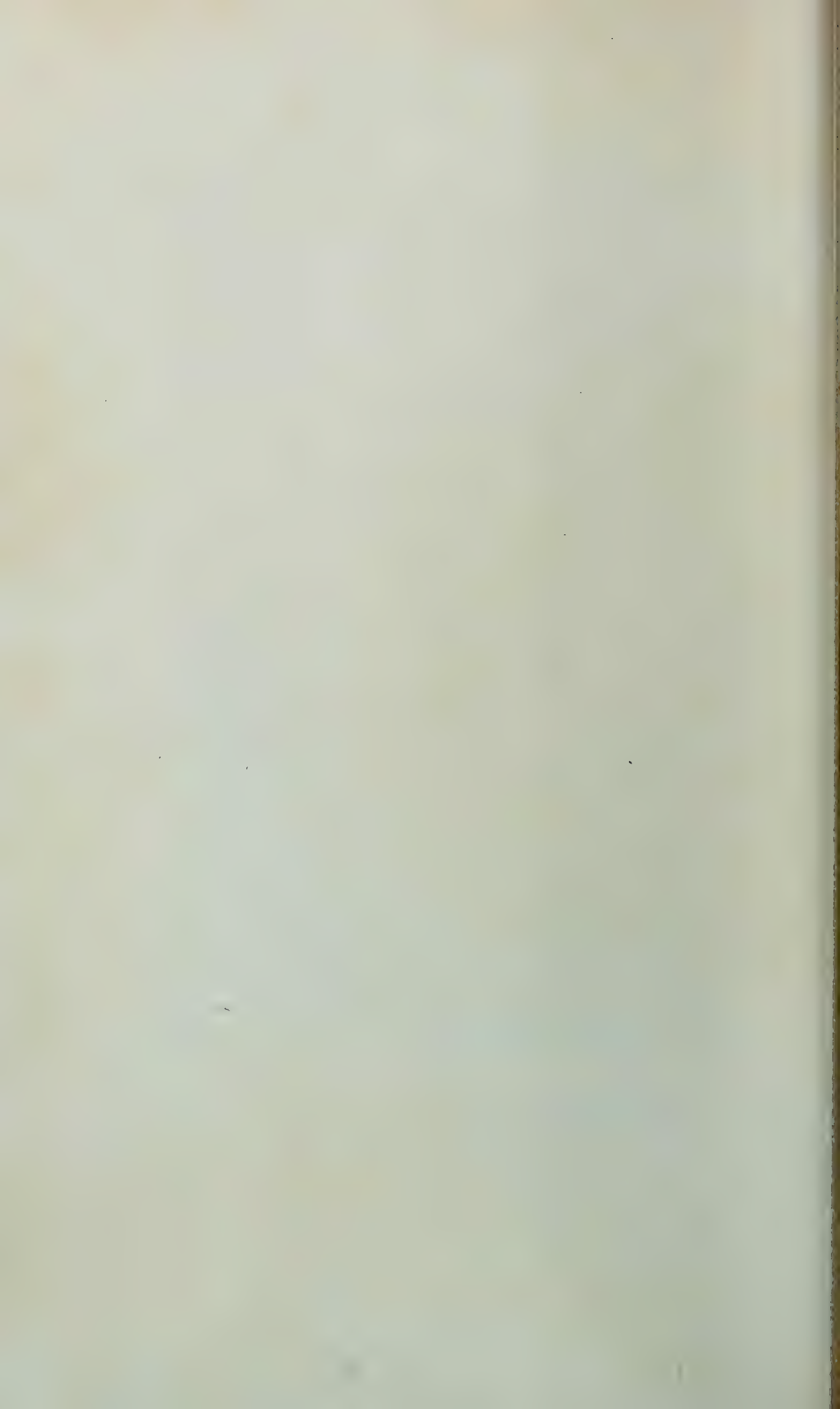


LÁMINA 4.ª



Tabernáculo de plata en el que se saca procesionalmente el santo Cáliz



Aunque consta documentalmente que el santo Cáliz estuvo siempre en la sacristía de la Catedral, no hemos podido averiguar desde cuándo empezó á exponerse á la pública veneración en día determinado, juntamente con las otras reliquias, según práctica establecida desde el siglo XV. Sabemos que en 1454 aún no figuraba entre los relicarios que se colocaban en el altar mayor el primer día de Pascua (1). En la *Explicación de las santas reliquias* que, escrita en idioma valenciano, se usaba para dicha exposición, se decía del santo Cáliz: *Devotos cristianos, este es el Cáliz en el que el jueves de la Cena consagró nuestro Señor la preciosa Sangre: es de piedra ágata cornerina oriental; goza de muchas indulgencias; teniéndole sincera devoción, decid así: ¡Oh, santo Cáliz! con gran reverencia—te adoramos, pues en ti el Señor—consagró la Sangre, que es el licor—que del crimen purga la pestilencia.—El coro responde: Dedit fragilibus...* (2).

Desde principios del siglo pasado, para mostrar el Cáliz á los fieles, se enciende el corres-

---

(1) Véase nuestra obra *La Catedral de Valencia*, página 377.

(2) El texto original dice así: «*Lo Sanct Calzer.*— Devots Christians, aquest es lo mateix Calzer, hon lo dijous de la Cena, nostre Senyor consagrá la sua pre-

pondiente número de luces, y el subsacrista de la Catedral, encargado de enseñar las reliquias, advierte á los presentes que se postren de rodillas; estando todos en esta humilde actitud, abre la puerta que cierra el relicario, y al señalar la imponente reliquia que presenta á la adoración de los fieles, dice:

Sobre esta peana de plata se conserva el santísimo Cáliz en que Jesucristo señor nuestro consagró su preciosísima Sangre y dió á beber á los Apóstoles la noche de la Cena en el cenáculo: es de piedra ágata cornerina oriental.

Esta sacrosanta reliquia nos recuerda los grandes misterios que el dulcísimo Jesús obró en favor de los hombres, y en particular nos recuerda el misterio de la institución del adorable sacramento de la Eucaristía, alimento, consuelo y esperanza de las almas fervorosas. Alabemos, pues, con todo nuestro corazón al Todopoderoso por el honor que ha dispensado á Valencia entre tantos pue-

---

ciosa Sanch: es de Pedra Agata Cornelina Oriental: ha molts perdons, haventhi bona devosió, digau aixi:

O Calzer sanct, devots ab reverencia
te reverim, puix en tú lo Senyor
ha consagrat la Sanch que sa licor
de nostres crims, purga la pestilencia.

Respon lo Cor: *Dedit fragilibus...*»

blos y naciones católicas, y hagamos que este tesoro tan singular sea motivo constante en nosotros de admiración, amor y agradecimiento hacia la bondad divina.

Sí, amadísimo Jesús, sellad y fortaleced con vuestra gracia la firme resolución que hoy hacemos de amaros, reverenciaros y rendiros continuados obsequios y homenajes en el Santísimo Sacramento del altar, donde humildemente adoramos vuestro sacratísimo Corazón, en el cual deseamos vivir para siempre y dar en la hora de la muerte el último suspiro. Amén.

Lo dicho y lo que se afirma del origen del santo Cáliz, basta á los fieles valencianos para certificarles de su autenticidad. No hay nadie que á su contemplación no experimente emoción profunda, porque la creencia en su verdad ha sido inculcada de padres á hijos desde hace cinco siglos, y mientras no se les presenten argumentos firmísimos que se opongan á la piadosa tradición, seguirán prestándole el acatamiento y veneración que estiman merecida. A pesar de ello, intentaremos demostrar la verdad de tan apreciable joya, á los que no piensen como nosotros, afirmando más la universal tradición apoyada en instrumentos auténticos y escritores de segura fe entre los eruditos, sin despreciar los argumentos que se desprenden de las leyendas medievales, y aun anteriores,

propaladas por los *Libros* de caballería y esparcidas por toda Europa, muchas de las cuales han sido sublimadas á inconmensurable altura por las esplendideces del arte. Respecto al lapso de tiempo que arranca desde su entrega á la Catedral en 1437, veremos que no hay la menor sombra de duda, por constar en documentos que se ajustan por completo á las exigencias de la crítica histórica.

II

La Cena del Señor.—El relato evangélico.—Quién era el Padre de familias en cuya casa se celebró la Cena.—Del uso de los cálices.—Fué de materia preciosa el que empleó el Salvador.—La Cena legal, la común y la eucarística.

De la enumeración de algunas circunstancias que concurrieron en la Cena que celebró nuestro Salvador la víspera de su pasión, deduciremos varios argumentos que afirmarán más la tradición de que el Cáliz que se venera en Valencia es el mismo que sirvió de instrumento para realizar la obra más estupenda de su infinito amor. Y séanos permitido advertir, aunque sea de paso, que al hablar de la Cena en términos generales, nos referimos á la institución de la Eucaristía, si bien no sea propio, pues la consagración no se hizo sino mucho después de terminarse aquélla.

Transcribamos lo que nos dice el Evangelio sobre la preparación del sagrado banquete:

Vino, pues, el día de los ázimos, en que era preciso matar la Pascua (el cordero pascual), *y envió* (Jesús) *á Pedro y á Juan diciendo:*

—Id á aparejarnos la Pascua para que comamos.

Y ellos dijeron:

—¿En dónde quieres que la aparejemos?

Y les dijo:

—Luego que entréis en la ciudad (Jerusalén), *encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa en donde entrare, y decid al Padre de familias de la casa: «El Maestro te dice: ¿En dónde está el aposento en que he de comer la Pascua con mis discípulos?». Y os mostrará una grande sala aderezada; disponedla allí.*

Y ellos fueron, y lo hallaron así como les había dicho, y prepararon la Pascua. Y cuando fué hora, se sentó á la mesa, y los doce apóstoles con él. Y les dijo:

—Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca. Porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que sea cumplida en el reino de Dios.

Y tomando el cáliz dió gracias, y dijo:

—Tomad y distribuidlo entre vosotros, por-

que os digo, que no beberé más de fruto de vid, hasta que venga el reino de Dios.

Y habiendo tomado el pan, dió gracias y lo partió, y se lo dió diciendo:

—Este es mi cuerpo que es dado por vosotros: esto haced en memoria mía.

Y asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo:

—Este cáliz es el nuevo Testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros (1).

A este expresivo y magnífico relato, añade San Juan otro detalle muy conmovedor:

Y acabada la cena... se levanta de la cena (de la mesa) *y se quita* (Jesús) *sus vestiduras, y tomando una toalla se la ciñó, echó después agua en un barreño, y comenzó á lavar los pies á los discípulos, y á limpiarlos con la toalla, con que estaba ceñido* (2).

De los textos que dejamos transcritos, surge la idea de averiguar quién era el Padre de familias, lo mismo que el número de cenas que aquella noche celebró nuestro Salvador, y por consiguiente, la diversidad de cálices que en ellas emplearía.

---

(1) Este relato está tomado de S. Lucas, XXII, v. 7 al 20. Dicen lo mismo S. Mateo XXVI, v. 17 al 29, y San Marcos, XIV, v. 12 al 25.

(2) Evangelio de S. Juan, XIII, v. 2 al 5.

Nada dicen los evangelistas respecto al primer punto, pero nos dan bastantes detalles para poder afirmar que el Padre de familias debía ser hombre rico, y que habitaba en una casa espaciosa y magnífica, pues solamente el cenáculo donde se celebró el ágape pascual era extremadamente grande, lo que nos hace sospechar que las demás piezas no serían menores. Además, dicho cenáculo estaba aderezado con pompa y elegancia, dispuesto para la Cena, y, seguramente, con ricas alfombras, olorosas flores y preciosísimas alhajas, es decir, con todo lo necesario para celebrar con gran aparato la Pascua, que era la principal solemnidad del pueblo judío (1). Cuando llegaron á este palacio San

---

(1) Puede decirse fué este cenáculo la primera iglesia de la cristiandad, erigida por el mismo Jesucristo, en la que él mismo, gran sacerdote de la Nueva Ley, celebró los grandes misterios y realizó sus más portentosas misericordias. Allí instituyó el Salvador el adorable misterio de la Eucaristía, lavó los pies á sus discípulos, les prometió el Espíritu Santo y les predijo la traición de Judas y la negación de S. Pedro; allí se apareció á los apóstoles el mismo día de su gloriosa resurrección, fué elegido San Matías inmediatamente después de la Ascensión del Señor para ocupar en el apostolado el lugar que había dejado vacante la traición del Iscariote; allí recibieron los apóstoles y otras muchas personas, en número de ciento veinte, el Espíritu Santo el domingo de pentecostés; allí, según todas las probabilidades, fué

Pedro y S. Juan, encontraron ya arreglada la hermosa sala para preparar la comida legal que iba á celebrar Jesús con sus discípulos, por lo que deducimos que el Padre de familias conocía ya por inspiración divina lo que iba á suceder.

No sólo debía ser rico y opulento este personaje, sino discípulo, y muy conocido, de Cristo, como lo eran Nicodemus y José de Arimatea, y otros que le creyeron y seguían ocultamente. Los apóstoles, al comunicarle los deseos del Salvador, le dicen: *El Maestro te dice*... lo que expresa claramente era su discípulo. Por cierto que sería de los más íntimos y familiares, puesto que le manifestaban lo que nadie sabía aún respecto á la pasión: *El Maestro te dice: Mi tiempo está ya cerca* (1), lo que sólo se puede hacer con las personas íntimas con quienes se tiene mucha familiaridad.

Sería muy curioso averiguar quién era este

---

instituído el sacramento de la Confirmación, como afirman San Cipriano y el papa San Fabián; allí fué consagrado obispo de Jerusalén el apóstol Santiago el Menor, y elegidos los siete primeros diáconos de la Iglesia naciente, entre ellos San Esteban; allí se celebró el primero de todos los concilios, y, en fin, de allí salieron los apóstoles, obedeciendo el mandato del divino Maestro, para ir á enseñar á todas las naciones y bautizarlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

(1) Evangelio de S. Mateo, XXVI, v. 18.

Padre de familias. Los escritores antiguos y muchos expositores manifiestan su opinión, que es más ó menos aventurada, sin que pueda dársele á ninguna el título de muy probable. Teofilacto juzga que fué Simón el Leproso, sin tener en cuenta que éste habitaba en Betania y no en Jerusalén; Juan Maldonado insinúa la idea de que fué Nicodemus ó José de Arimatea, sin más indicios de que, como éstos, era rico, noble y familiar de Cristo; Pedro de Natal afirma que era Prisco, discípulo del Señor, pero sin fundamento alguno, y otros autores dejan indicadas otras muchas opiniones que consigna y refuta Agustín Sales (1). Más racional es la afirmación de este último escritor, aunque tampoco nos satisface por completo. Dice que la casa del Padre de familias pertenecía á un nobilísimo varón llamado Chusa, procurador y tesorero de Herodes Antipa, como escribe San Lucas (VIII, 3), cuya mujer, nombrada Juana, era discípula del Señor y una de las santas mujeres que le seguían en su predicación, y le sustentaban. Las razones en que funda su opinión son muy curiosas, por lo que nos permitimos transcribirlas.

«Primeramente, dice, porque ser dueño de

---

(1) *Disertación histórica del Sagrado Cáliz*, página 30.

una casa tan grande y magnífica como lo era la del santo cenáculo de Sion y tan ricamente adornada, como vimos antes, á ninguno conviene más que á un varón muy rico y poderoso, cual era Chusa, procurador de Herodes. Que este mismo varón fuese discípulo y familiar de Cristo, claramente lo indica S. Lucas, pues refiriendo que Juana su mujer acompañaba al Señor en su predicación por los lugares y castillos, no dudamos que sería consintiéndolo y queriéndolo su marido, y cierto que esto no lo permitiría á una matrona tan principal á no estar bien enterado de la doctrina y persona de Cristo y sus discípulos, y á no tener familiar trato con su Majestad, si bien oculto como Nicodemus y José de Arimatea, y á no ser como ella discípulo de Cristo. Acompañaba, pues, esta nobilísima matrona, con otras muchas, como escribe S. Lucas, á su divina Majestad y discípulos por lugares, castillos y desiertos, y les mantenía á sus costas, á la manera que en Roma Sta. Plautila, Sta. Flavia Domitila, Sta. Lucina, Priscila, Santa Pudenciana, Sta. Práxedes y otras nobles y opulentas matronas mantenían á S. Pedro, á S. Pablo, á S. Clemente, á S. Pío, á S. Cayo, á S. Marcelo y á otros romanos pontífices con sus presbíteros y diáconos, como leemos en las Historias eclesiásticas; y ofreciéndose ahora ocasión á Chusa y á su mujer de servir á Cristo franqueándole su casa y riquezas para cele-

brar sus cenas, ¿quién duda que le ofrecerían, como lo hicieron, toda su gran casa y haberes? Y si bien es verdad que como á procurador de Herodes Antipa, como dice S. Lucas; mayordomo ó tesorero, como indican otros monumentos, debía tener este insigne varón su habitación en Galilea, de donde era tetrarca su amo; sin embargo, no se puede dudar que tendría casa en Jerusalén, para cuando se ofreciese ir á ella, ó á celebrar la Pascua y otras festividades, ó por otros negocios, pues también Herodes Antipa, sobre tener su palacio en Galilea, tenía otro en Jerusalén para ir á celebrar la Pascua, y en él fué menospreciado su divina Majestad cuando Pilatos se lo remitió. Vemos, pues, que todas las calidades de rico, noble, discípulo y familiar de Cristo, que suponen los evangelistas en el Padre de familias, se encuentran, según S. Lucas lo insinúa, en este noble varón, por lo que parece más verosímil, por las conjeturas tan fuertes que se han producido, que este Chusa, y no otro, fué el Padre de familias. Y á la verdad, ninguno de los discípulos ocultos de Cristo podía tener menos temor ni recelo que éste en admitir á su divina Majestad, pues Herodes, su amo, estimaba mucho á Cristo y le deseaba ver. De los judíos, en caso que lo supiesen, no tenía que recelar por la autoridad y respeto que tenían á Herodes, y en ninguna casa mejor podía estar su Majestad, ni más seguro ni más

á gusto que en la de este varón: circunstancias que no militaban en los demás discípulos ocultos y nobles de este Señor».

Sea lo que quiera de quién fuese el Padre de familias del que nos habla el Evangelio, es bien cierto que era varón riquísimo, y, como los grandes personajes de su tiempo, podía servirse en sus cenas y convites de cálices preciosísimos, especialmente de piedras extrañas y de gran valor, con guarniciones de oro, como lo es el que se venera en la catedral de Valencia. Además, no cabe duda que el dueño del cenáculo ofreciera al Salvador la joya más estimada, sabiendo quién era y que iba á celebrar en su mansión la fiesta más solemne del año.

De que usaban en tiempo de Jesucristo, y aun antes, cálices preciosos los personajes de riqueza y posición principal, cosa es que no ofrece género alguno de duda. Plutarco reprende la gran vanidad de los griegos porque usaban cálices de oro; los egipcios empleaban también en sus convites cálices preciosos, lo mismo que los romanos, que estimaban mucho los de esmeralda, mirra y sardónica. Los hebreos también seguían esta práctica en tiempo de Herodes, á imitación de los gentiles, y si bien les estaba prohibido el uso del cáliz de oro, destinado sólo á los reyes y príncipes, era corriente en ellos el de plata y piedras preciosas. Los plebeyos los tenían de madera, de barro, de vidrio ó

de piedra ordinaria, proporcionando su valor con sus haberes, posibilidad ó rango.

Han dicho algunos que teniendo nuestro Salvador tanto afecto á la pobreza, debió consagrar en un vaso rústico y sin ningún valor. Esto equivaldría á decir que debió hospedarse, para celebrar la Pascua, en un pequeño desván, sin lujo y aparato, cosa contraria á lo que nos dice el Evangelio. Téngase presente que el cáliz que usó no era propio, pues á serlo no dudamos fuera de barro, sino de persona muy principal, que por inspiración del mismo Dios previno y adornó ricamente el cenáculo para recibir en él al Maestro y sus discípulos, y que debió ofrecerle lo más precioso y magnífico, lo cual en nada desdice de la pobreza voluntaria de Cristo y sus discípulos, como ni el haber usado de preciosos cálices y delicados manjares cuando fué convidado en casa de Zaqueo, Simón, Marta y otros personajes de linaje y riqueza. Además, así como el Señor, para instituir el sacramento de la adorable Eucaristía, eligió una casa suntuosa, usó también, por poseerlo su dueño, un cáliz precioso en que poder hacer la obra más grandiosa de su amor, dando también el ejemplo para que en su Iglesia se usase para tan soberano misterio de cálices preciosos.

De lo dicho fácilmente se deduce que Jesucristo consagró en la noche de la institución de la Eucaristía en un cáliz precioso, acaso el más

precioso que poseía el Padre de familias, y por consiguiente, no hay repugnancia alguna de que dicho cáliz sea el que, como tal, se venera en la Catedral de Valencia.

Del pasaje evangélico transcrito anteriormente, y de los que escriben los otros evangelistas respecto al mismo objeto, parece deducirse que nuestro Señor celebró más de una cena aquella noche memorable, víspera de su pasión y muerte, usando de cáliz en cada una de ellas.

Que celebró la cena del cordero pascual lo indica bien claramente la Sagrada Escritura cuando dice por S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas que *declinada la tarde* (entre dos luces) *comía Cristo con sus discípulos,* significándoles cuánto había deseado celebrar con ellos la cena del cordero antes de su pasión. Dicha cena se sujetaba á ciertas ceremonias consignadas en el capítulo XII del Exodo, y descritas más circunstancialmente en el capítulo XIII del Levítico, entre las que recordaremos el sacrificio de un solo cordero, por numerosa que fuese la familia, el que se debía consumir todo, bien comiéndolo, bien por el fuego, bastando para cumplir con el precepto de la ley el tomar un pedazo por pequeño que fuera; se debían mezclar con su comida panes ázimos y lechugas silvestres, y aquélla tenía que hacerse apresuradamente, de pie, con las extremidades de las vestiduras atadas á la cintura, calzados los pies y los báculos en las manos.

Añade el expositor Calmet, y otros autores, que después de comer el cordero, era costumbre entre los hebreos que el Padre de familias, tomando un cáliz de vino aguado, y proferidas sobre él algunas oraciones, bebiese primeramente, y después lo distribuyese entre los comensales, lo que parece también indicar S. Lucas cuando dice que Jesús *tomando el cáliz dió gracias y dijo: Tomad y distribuidlo entre vosotros*. Cumplidas estas ceremonias dió Cristo fin á la cena legal ó ceremonia pascual con sus apóstoles, sujetándose, sin duda, á todas las que mandaba la ley, pues jamás las quebrantó, antes por el contrario, las cumplió escrupulosamente.

A la cena del cordero, que como se ve no era más que una ceremonia, debió seguir la común, puesto que la primera era imposible bastase para el sustento del cuerpo. Acabadas, pues, las ceremonias legales, se previnieron diferentes manjares, de los que tomó cada uno la cantidad que necesitaba para su alimentación, y como dicha cena, por ser víspera de la solemnidad de la Pascua, sería más espléndida y abundante, debieron beber varias veces Cristo y los apóstoles, usándose diferentes cálices, los cuales pudieran ser tal vez de plata ó de otra materia no tan preciada. Aunque no era frecuente entre los judíos beber el vino puro en la comida, sino mezclado en mucha agua, cuando la solemnidad era grande, al terminarla lo gustaban purísimo. Antes de

acabarse esta cena Jesús indicó que uno de los apóstoles le entregaría aquella noche, y dando un pedazo de pan mojado á Judas, indicó quién era el traidor. *Hecha la cena* común, como dice S. Juan, procedió el Señor al lavatorio, terminado el cual se sentó de nuevo con sus discípulos, proveyóse de pan ázimo y de un cáliz, tomó el primero con sus manos, lo consagró y, convertido en su propio cuerpo en virtud de sus propias palabras, lo distribuyó entre sus discípulos, haciendo lo mismo con el vino contenido en el cáliz, que convirtió en su sangre preciosa. Instituído así el sacramento de la Eucarística, se comulgó el Salvador á sí mismo con entrambas especies, dióles pedazos de pan á cada uno de los apóstoles, comulgándose ellos mismos, é hicieron lo propio con el cáliz que les entregó, del que cada uno tomó un sorbo. Acabada la comunión, el Señor predicó el admirable sermón que refiere S. Juan, y después se fueron todos al monte Olivete, bien entrada ya la noche (1).

---

(1) «La cena legal celebró Cristo nuestro bien recostado en tierra con los apóstoles, sobre una mesa ó tarima que se levantaba del suelo poco más de seis ó siete dedos, porque ésta era la costumbre de los judíos. Y acabado el lavatorio, mandó Su Majestad preparar otra mesa alta como ahora usamos para comer, dando fin con esta ceremonia á las cenas legales y cosas ínfimas y figurativas, y principio al nuevo convite en que fundaba la nueva ley de gracia: y de aquí comenzó el consagrar en

Por lo anteriormente dicho vemos que Cristo celebró tres cenas diferentes aquella memorable noche, y aunque nada consta por documentos de una manera clara, es probable que en ellas se usasen cálices distintos. Esto nos llevará al convencimiento de que si en el siglo VIII se hablaba de un cáliz de plata usado por nuestro Salvador en la noche de la cena del cordero, y en posteriores tiempos de otros cálices, aunque sin ningún fundamento, como veremos luego, no hay razón para afirmar que el venerado en la catedral de Valencia, por ser de piedra, no puede ser el que se empleó en la institución de la Eucaristía.

---

mesa ó altar levantado que permanece en la Iglesia católica. Cubrieron la nueva mesa con una toalla muy rica, y sobre ella pusieron un plato ó salvilla, y una copa grande de forma de cáliz, bastante para recibir el vino necesario, conforme á la voluntad de Cristo nuestro Salvador, que con su divino poder y sabiduría lo prevenía y disponía todo. Y el dueño de la casa le ofreció con superior moción estos vasos tan ricos y preciosos de piedra como esmeralda. Y después usaron de ellos los sagrados apóstoles para consagrar cuando pudieron, y fué tiempo oportuno y conveniente. Sentóse á la mesa Cristo nuestro bien con los doce apóstoles y algunos otros discípulos, y pidió le trajesen pan cenceño sin levadura y púsolo sobre el plato, y vino puro, de que preparó el cáliz con lo que era menester» (*Mística ciudad de Dios,* por Sor María de Jesús de Agreda, lib. VI, capítulo XI, número 1181).

III

El santo Cáliz después de la muerte del Redentor.—Su traslado á Roma.—Martirio de S. Lorenzo.—La sagrada reliquia en Huesca.—Opiniones autorizadas.—Invasión de los árabes.—Es llevado el santo Cáliz á S. Juan de la Peña.—Lo que dicen las crónicas y varios autores respetables.

Difícil nos es seguir en sus principios paso á paso la historia del santo Cáliz. Una vez instituída la sagrada Eucaristía, los evangelistas nos narran, con gran copia de detalles, toda la pasión del Salvador, y nos dicen que muerto éste, sus discípulos huyeron llenos de terror, y se escondieron. Después de la resurrección, Cristo se les aparece varias veces, algunas estando casi todos reunidos, acaso en el cenáculo, donde es probable pasasen largo tiempo en oración continua. Inflamado su corazón de amor por Aquél que cobardemente habían abandonado, mirarían con religiosa veneración todos

los objetos que les recordaban al divino Maestro, y sería una injuria á la santidad de aquellos que derramaron su sangre por Jesucristo, el pensar que no hicieran caso del sagrado Cáliz con el que les dió á beber su propia sangre. Recibido el Espíritu Santo, fortificados con el fuego del amor divino, intrépidos en la defensa y propagación de aquella fe que les sostenía y animaba, predican por todas partes, convierten á cuantos les oyen y alarman al Sanedrín que, muerto Jesús, despreciaba á la secta que creían ya desaparecida, por lo que resuelven los príncipes de los judíos perseguirles, aprisionarles, azotarles y hasta darles muerte. Empiezan los primeros mártires, se instituyen los primeros diáconos, da principio la predicación del Evangelio en Palestina, se dispersan los apóstoles, ejércese el ministerio sacerdotal, se establece el poder eclesiástico, se dilatan y escalonan los diferentes grados del orden jerárquico; y queda constituída y funcionando la Iglesia católica bajo la autoridad de S. Pedro.

Todas las reliquias que eran el testimonio material y vivo de la obra admirable que produjo la muerte de Cristo, no quedarían abandonadas y á merced de los perseguidores del nombre cristiano. El Cáliz de la cena eucarística, debió ser cuidado y venerado como el recuerdo más precioso, y nadie podía tener tanta autoridad sobre él como la Virgen santísima y el príncipe de

los apóstoles S. Pedro. No es una idea cualquiera, echada á volar por la imaginación del escritor, la afirmación de que la sagrada joya sería guardada por los discípulos del Salvador: si por la Virgen, iría á parar, luego de su gloriosa asunción, á poder del jefe de la Iglesia; si por S. Pedro, sería recogida y venerada por su sucesor. Debemos, pues, concluir, de deducción en deducción, discurriendo de este modo, que el santo Cáliz fué llevado á Roma, y que allí se le dió apropiado culto (1).

---

(1) «Yo tengo por muy verosímil el pensamiento de nuestro venerable obispo de Córdoba D. Marcelino Siuri, y es que S. Pedro, cabeza visible de la Iglesia, trajo desde Jerusalén á Roma esta sagrada prenda, y que hasta su muerte usó de ella para celebrar, y sus sucesores hasta Sixto II. Y es más verosímil que lo trajo después del tránsito de la Virgen madre, y mucho después de establecer su cátedra en Roma, pues como la soberana Señora tenía tan presente la pasión de su Hijo, y habitó hasta su muerte en casa del Padre de familias, tendríale en su oratorio á su vista con otras preciosas reliquias, renovando con ellas la dolorosa pasión de su Hijo. Tampoco es inverosímil que diciéndole misa S. Juan todos los días consagrase en este Cáliz, y comulgase á la Virgen con él en la especie de vino. Muerta esta Señora, como asistieron á su tránsito los santos apóstoles y discípulos, es muy natural que se debieron repartir entre sí sus reliquias y las que poseía de su sagrado Hijo, y entonces S.Pedro, como cabeza de la Iglesia, se debió llevar el Cáliz á Roma». (Sales, *Disertación histórica del sagrado Cáliz,* pág. 125).

Tal vez alguno tache de fantástico el relato que hacemos, y diga que la crítica histórica no puede admitir nada que se afirme en esta forma. De ser esto así habíamos de negar gran parte de los hechos que la humanidad reconoce como verdaderamente históricos, pues en muchísimos se emplea una documentación semejante al raciocinio que hemos hecho. Lo cierto es que hasta los tiempos del papa Sixto II se veneró el Cáliz en la ciudad de Roma como reliquia principalísima del Salvador, y que de este santo pontífice la obtuvo S. Lorenzo para enviarla á España. Y esto es lo que vamos á ver.

Gobernaba la Iglesia el papa Sixto II, y en su reinado decretó el emperador Valeriano, siguiendo las instigaciones del perverso Macrino, una de las persecuciones más violentas contra los cristianos. Ésta se llevó con más saña en las personas de los obispos y sacerdotes, siendo preso y martirizado también el pontífice, pues los principales móviles de la persecución, á más del odio al nombre cristiano, era el despojo de sus bienes á todos los que los poseían. Cuando el papa era llevado al suplicio, le salió al encuentro su valeroso diácono S. Lorenzo, que era la persona de toda su confianza, á quien había entregado en depósito las alhajas y reliquias de la Iglesia, y el dinero que servía para sustento del clero y limosnas para los pobres. Dicen las actas del martirio del santo papa, que el ilustre diá-

cono le suplicó, como padre, que no le abandonase:—«¿A dónde váis, padre mío, le decía, sin vuestro hijo? ¿á dónde camináis, santo Pontífice, sin vuestro diácono?» Enternecido S. Sixto le consoló y animó, anunciándole que le seguiría al cabo de tres días, que sus tormentos serían más rigurosos, y su victoria, por consiguiente, más gloriosa. Efectivamente, S. Lorenzo fué preso y conducido á presencia del prefecto de Roma, el que le exigió la entrega de los tesoros que tenía en su guarda. Accedió S. Lorenzo á esto, pidiéndole para ello un plazo de tres días. En este intermedio repartió todo lo que tenía entre los pobres, y trató de poner á buen recaudo las reliquias preciosas que guardaba, al cabo de cuyo tiempo, presentándose al presidente, le mostró la muchedumbre de necesitados que había socorrido, diciendo:—«He aquí los tesoros de la Iglesia». Lleno de furor el prefecto, mandó atormentarle atrozmente, y, después, que fuese asado á fuego lento, en cuyo horroroso suplicio espiró el santo, rogando á Dios por sus verdugos. Era el año 258, y según Baronio el 261.

En los días empleados por el Santo en distribuir el tesoro de la Iglesia, envió á España el santo Cáliz con una CARTA SUYA, de la que hablaremos luego, sin que sepamos á qué persona confió tan delicado encargo, pues no nos merece crédito lo que acerca de su nombre dicen algunos escritores.

Como hemos visto, no existe documento alguno referente al Cáliz hasta su entrega por S. Lorenzo para que fuese llevado á España. Sin embargo, creemos que no son necesarios para certificarnos de su autenticidad, si se tiene en cuenta que desde la muerte de Cristo hasta la de S. Lorenzo sólo transcurrieron dos siglos y medio, tiempo de fervor tan intenso entre los cristianos, que juzgaban una gracia el derramar su sangre por la fe. Ahora bien, si en todo este tiempo se juzgó auténtico el santo Cáliz, hasta el punto que el papa S. Sixto lo considera como tal, y el intrépido S. Lorenzo lo manifiesta así en su carta, pensamos que son inútiles otra clase de documentos, pues ante una crítica imparcial tiene más valor una tradición de dos siglos y medio, conservada por personas especialísimas, incapaces de adulterarla y dispuestas á perder mil veces su vida antes que consentir el más ligero menoscabo de la fe y doctrina que profesan. No tenemos datos ciertos que nos indiquen el nombre del portador de la reliquia de Jerusalén á Roma, pero esto no destruye tampoco en lo más mínimo la tradición que existía en esta última capital de que el Cáliz que allí se veneraba era el mismo de la cena de Cristo, puesto que á pesar de la falta de documentos y pruebas no había ningún obstáculo para que se le dejase de considerar como el verdadero.

Ocúrresenos preguntar el por qué San Lo-

renzo envió á España la preciosa reliquia, y no á otra parte. Todos los autores aducen como razón principal, el motivo de ser español el Santo, y con la reliquia quería remitir á su patria un testimonio del amor que por ella sentía. Y que á esta nación llegó prenda de tanta estima, están contestes todos los historiadores que del Cáliz se han ocupado, las leyendas de toda Europa, como ya veremos luego, y las tradiciones perpetuadas por los cronicones.

De que fué en Huesca y no en otra ciudad española donde primeramente estuvo el santo Cáliz que enviaba S. Lorenzo, de donde era hijo, es cosa también universalmente admitida, por una tradición constante, en todo el reino de Aragón. Muchos textos de autores españoles de todos los tiempos podríamos mencionar en corroboración de esta tradición, pero nos concretaremos á citar algunos, muy pocos, cuyo nombre es una garantía de verdad, por ser reputados como críticos notables. El arcediano Diego Dormer, hablando de la patria de San Lorenzo, escribe: «Que enviase á su patria nuestro santo glorioso el santísimo Cáliz cuando repartió sus tesoros, parece creíble, por la común tradición que en todo este reino lo afirma». Lo mismo dice Fr. Jerónimo Escuela: «Ya había repartido S. Lorenzo los tesoros á los pobres, ocultado y puesto en salvo las reliquias y enviado aquella principalísima del santo Cáliz á Huesca...» El

historiador de S. Juan de la Peña y abad del mismo, Juan Briz Martínez, manifiesta la tradición del monasterio, escribiendo: «Lo llano y corriente es que el Cáliz del Señor lo subieron á S. Juan de la Peña los obispos de Huesca: ellos lo tenían en su iglesia por haberlo enviado S. Lorenzo á su propia patria, que es aquella ciudad, apartada por solas nueve leguas de este monasterio...» (1).

Los textos de estos autores y otros innumerables que hubiéramos podido transcribir, aunque como documentos históricos les concedemos escasa importancia, indican sin embargo que la voz y fama pública del reino de Aragón, derivadas de padres á hijos y en ningún tiempo

---

(1) Entre los innumerables autores que podríamos citar indicaremos: P. Juan Bta. Escorcia, *De sacrificio Missæ;* Gavanto, *In Rubric.,* part. II, tit. 1.; Diego de Castillo, *De vestib. Aaronis,* v. 19, q. XXII; Fagundez, *De præc. eccles.*, lib. III, cap. XXI; Cartagena, *Homil.*, tomo I, lib. IX; Murillo, *Discur. predic.,* serm. 3; P. Enrique Enriquez, *Summa theol. moral.,* lib. IX, cap. XVIII; M. Alonso de Ribera, *Histor. del SS. Sacram.*, trat. XVI; Molina, *Instruc. de Sacerdot.,* trat. I., cap. XIV; Sebastián Barradas, *Concord. evang.,* tom. IV, lib. II, capítulo XI; Esteban Menochio, *Stuore*, tom. I, cent. 4, cap. XVII; Benedicto Fidele, *De Eucharis.,* v. 7, teor. 5; Suiri, *In Evang.,* tom. III, trat. 3, cap. I; Luis de Flandes, *Varii dialog.,* dial. 3, núm. 62, y otros muchos.

interrumpidas, son que S. Lorenzo envió á Huesca el Cáliz de la cena del Señor. De cualquier manera, aunque no se quiera admitir el que estuvo primeramente en dicha ciudad, no por ello deja de ser cierto que se halló en el monasterio de S. Juan de la Peña el que hoy se tiene como preciada reliquia y se venera en Valencia. Pero veamos lo que nos dice la tradición sobre su traslado á dicho monasterio.

Invadida España por los moros, después de su triunfo en Guadalete, se extendieron por toda la península, apoderándose de las ciudades y pueblos que hallaron á su paso. Muchos señores, acompañados de sus vasallos, refugiáronse en las montañas, especialmente en las del Norte, y allí, henchidos de entusiasmo patrio, exaltándose su fe y avivado su amor á las tradiciones, se aprestaron á la defensa de su suelo, dando comienzo á la gran epopeya de la Reconquista, que duró ocho siglos. Excusado es decir que los cristianos lleváronse los objetos de más valor, y entre ellos las preciosas reliquias y ornamentos de las iglesias que los obispos procuraron poner á salvo para librarlo todo de las profanaciones del invasor. Lo mismo hizo el obispo de Huesca, que acompañado de su clero, se refugió en la alta montaña, llevándose consigo el santo Cáliz enviado por S. Lorenzo y las demás reliquias, vasos y vestiduras sagradas. Dicho obispo, llamado Audeberto, que asistió

al XVI concilio toledano en tiempo del rey Egica, colocó sus preciosos tesoros en la cueva de San Juan de la Peña, y en ella fijó su residencia, ejerciendo las funciones de su alta dignidad con el título de obispo de Aragón, continuando allí sus sucesores hasta el año 1060 en que se pasó la silla episcopal á Jaca, según acuerdo del concilio celebrado en la misma ciudad (1).

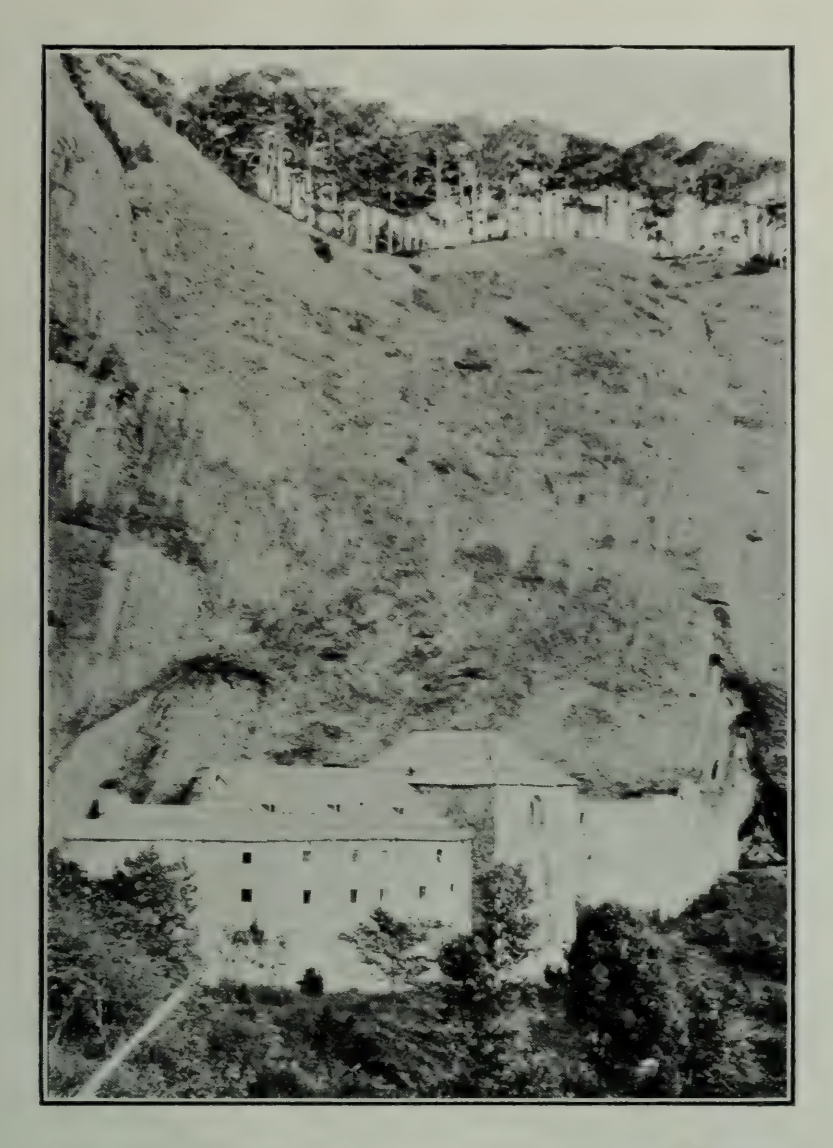
El erudito Agustín Sales, tomando las notas de Briz, Abarca, Morales, Blancas y otros, hace historia del monasterio de S. Juan de la Peña, y aunque muchas de dichas notas no se ajustan del todo á la crítica histórica, transcribiremos en estracto su relato, pues por él veremos más adelante que todas las leyendas medievales, y aun anteriores, relativas al santo Grial (santo Cáliz), reconocen el mismo origen y vienen á demostrar que el que posee Valencia se veneró desde tiempos remotísimos en dicho monasterio, siempre con el respeto y culto que merecía al tenerse por el auténtico que empleó Cristo en la institución de la Eucaristía

La traslación del santo Cáliz á la cueva de San Juan de la Peña, parece que fué por los años 713, en cuyo tiempo no era monasterio

---

(1) Mariana, *Historia de España,* lib. IX, cap. V; Abarca, *Anales*, año 1060; Blancas, *Incomm. ent. rer. arag. initio;* Carrillo, *Historia de S. Valero;* Flórez, *España sagrada,* etc., etc.

LÁMINA 5.ª



Vista exterior del Monasterio antiguo de S. Juan de la Peña, construído en la cueva donde se depositó el santo Cáliz



todavía este sitio, oculto entre las espesuras del monte Pano. En dicha cueva vivía retirado y penitente el santo ermitaño Juan de Atarés, quien mucho antes que los moros entrasen en España, tenía edificada una pobre ermita á honra de S. Juan Bautista (1).

En el mismo año 713, después de la invasión mahometana, muchos cristianos fugitivos se dirigieron á la parte opuesta de esta cueva, y á dos leguas del monte Oruel, en un delicioso llano, á la parte opuesta del referido monte Pano, en donde se hallaba la sagrada reliquia, comenzaron á edificar una población, á la que dieron el nombre de este último monte. Pero al saber esto Abderramán Iben Mohabia, rey de Córdoba, envió al general Abdelmelich Iben Keatan con un formidable ejército, el que batió las murallas y demolió hasta los cimientos de la población (2), regando las piedras con la sangre de los que alcanzó y todo el monte con las lágrimas de sus mujeres y niños. Sin embargo, no tocaron ni vieron la sagrada cueva de San Juan, que, como hemos dicho, estaba en la

---

(1) Briz Martínez, *Historia de S. Juan de la Peña*, libro I, cap. I.

(2) La *Crónica* anónima de S. Juan de la Peña, publicada recientemente por la Diputación de Zaragoza, habla de la destrucción del poblado de Pano, dando curiosísimos detalles.

parte opuesta, y los mismos moros creyeron inaccesible, donde muchos cristianos, siguiendo el ejemplo del ermitaño Atarés, ya mencionado, llevaban vida de anacoretas. De todos éstos, pues, y de muchos caballeros hidalgos, clérigos y seculares, y principalmente del obispo y clero de Huesca, se reunieron más de 300 y eligieron por rey á Garcí Ximénez, constituyéndose una fuerza capaz de resistir cualquier irupción (1). «Con la ayuda pues de estos nobilísimos caballeros, si bien no consta se les dieron el apellido de Sobrarbe ó de Navarra, como repara Mariana, con las compañías de cristianos que de cada punto venían á alistarse para sacudir el pesado yugo de los bárbaros, ayudados también de la fortaleza de aquellos lugares, á ejemplo de los asturianos y su rey Pelayo, defendían la libertad y la religión, y rebatiendo los diferentes asaltos de los bárbaros, ya arrojándose contra ellos en

---

(1) En la obra *Noticias y documentos históricos del condado de Ribagorza hasta la muerte de Sancho Garcés III*, por M. Serrano y Sanz, Madrid, 1912, se insertan y estudian multitud de crónicas sobre San Juan de la Peña, probando la falsedad de algunas y rebatiendo á Briz y Abarca en lo que se refiere al reino de Sobrarbe, demostrándose la verdad de la fundación y su importancia en la historia. Inserta documentos muy curiosos. Véase también: *Asturias y Aragón en la reconquista de España*, por Pedro Gastón de Gotora, Huesca, 1909.

las llanuras para arrebatar el susto y el consuelo de la venganza, ya ganando muchas victorias, los desalojaron de las comarcas. Con esta prevención estuvieron seguras y libres del furor mahometano las sagradas reliquias de Huesca con nuestro sagrado Cáliz en aquella santa cueva de S. Juan, la que aumentada y ensanchada con nuevos edificios que se le arrimaron, vino con el discurso del tiempo á ser semejante á un edificio real, señalada y noble por los sepulcros de los reyes antiguos que allí se enterraron, siendo el primero su nobilísimo amplificador y fundador de aquel insigne monasterio, Don Garcí Ximénez».

Este relato, en cuanto á la importancia del monasterio, coincide con todos los indicados por los escritores antiguos y modernos. Acerca de sus orígenes y magnificencia posterior, dice Torres Campos que «un joven de noble familia de Zaragoza, de piedad ferviente, llamado Voto, cazando en la cima del monte Pano, en persecución de un ciervo, se halló al borde de una peña cortada á pico. La pendiente era casi vertical y el riesgo inminente. El ciervo y el caballo del cazador se detuvieron sobre el abismo. Voto pensó en la muerte é imploró el favor de Dios. Milagrosamente el caballo permaneció inmóvil, cuando el más leve movimiento hubiera bastado para que se despeñara con el jinete. Pasado el riesgo quiso Voto reconocer el precipicio; cor-

tando el ramaje para abrirse paso, descendió con gran trabajo y llegó á una escondida cueva donde había una pobre ermita con estrecha vivienda, y junto á ella una fuente, á la cual acudían á beber las fieras. En la ermita encontró un altar dedicado á S. Juan, y tendido en el suelo un cadáver incorrupto, vestido de sayal; era Juan de Atarés. Según la tradición, aquella ignorada ermita existía desde antes que cayera la monarquía visigoda. Desde entonces fué la morada de Voto y de su hermano Félix... La fama de los santos anacoretas atraía á los fieles; á su alrededor acudieron otros, constituyendo un núcleo de santidad y vida devota que alcanzó gran prestigio entre los habitantes de aquellas asperezas...; la historia de la gruta se confunde con la de Sobrarbe, que se continúa por la de Aragón más tarde, y las refleja página por página, hasta los tiempos de la conquista de Huesca; porque S. Juan de la Peña, es, no sólo ilustre casa de religión que sirve de centro para la reforma cluniacense, trasladada desde ella á Oña, S. Salvador de Leyre y otros monasterios, para la adopción del rito romano y para la reunión de concilios en el siglo XI, sino también asilo y fortaleza, alcázar y panteón de monarcas, punto de reunión para tratar asuntos del reino, lugar venerando donde se venía á implorar el favor divino para las grandes empresas y á dar gracias por las victorias obtenidas, residencia de



Interior de la iglesia del Monasterio antiguo de S. Juan de la Peña, donde se veneró el santo Cáliz



prelados y archivo de las glorias aragonesas. Garcí Ximénez convirtió la ermita en templo, colocando por piedra angular la en que reposaba la cabeza de Juan de Atarés, erigió allí mismo alcázar, y adoptó aquél sitio para panteón suyo y de sus sucesores» (1).

Por lo dicho acerca del origen é importancia de S. Juan de la Peña, eliminados los hechos que tienen carácter de leyenda, venimos á concluir que fué en sus primitivos tiempos uno de los lugares más importantes del reino aragonés, donde se guardaban insignes reliquias y documentos de gran interés histórico. En 1134 hallábase allí el santo Cáliz, encerrado en riquísima caja de marfil, pues en auto testificado con fecha de 14 de diciembre del mismo año, se leía en latín lo siguiente: «En una arca de marfil está el Cáliz en que Cristo nuestro Señor consagró su sangre, el cual envió S. Lorenzo á su patria Huesca», documento que se custodiaba en el archivo de dicho monasterio y que tradujo y copió el canónigo de Zaragoza D. Juan Agustín Ramírez (2).

---

(1) *Un viaje al Pirineo*, Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, tom. XXVI. El Sr. Martínez Herrero, en su libro *Sobrarbe y Aragón,* hace una detallada descripción del monasterio y narra las diferentes vicisitudes por que ha pasado hasta nuestros días.

(2) *Vida de S. Lorenzo,* tom. I, pág. 101.

Creemos que lo dicho bastará para cimentar la tradición de que dicho monasterio fué el depositario del Cáliz de la cena del Señor durante varios siglos, perseverando siempre la creencia de que era el mismo que envió S. Lorenzo á España desde Roma con una carta suya.

El hecho histórico del traslado del santo Cáliz desde Huesca á la cueva que después fué célebre monasterio de S. Juan de la Peña, las circunstancias excepcionales en que se realizó el suceso, la impresión que produjo entre los que supieron la desaparición de la sagrada reliquia y la transmisión de noticias de viva voz acerca de ella á través de varias generaciones, nos mueven á pensar que son el fundamento de la mayor parte de las leyendas que constituyeron el período de la literatura caballeresca. Los sucesos que referidos quedan laten, aunque desfigurados, en todas las obras de aquella época, y esto creemos también que es un decisivo argumento en favor de la tradición española referente á la preciosa joya que se venera en Valencia.

IV

PROBABLE ORIGEN DE LAS LEYENDAS SOBRE EL SANTO CÁLIZ.—LO QUE SIGNIFICABA LA PALABRA «GRIAL» EN LA EDAD MEDIA.—RELATOS POPULARES ACERCA DE LA POSESIÓN Y VIRTUDES DEL SANTO GRIAL.—EL POEMA DE CRISTIAN DE TROYES.—LA OBRA DE ROBERTO DE BORON.—EL «PARZIVAL» DE WOLFRAM DE ESCHEMBACH.—EL GRAN ORATORIO DE RICARDO WAGNER.—DEDUCCIONES Á FAVOR DEL SANTO CÁLIZ QUE SE VENERA EN VALENCIA.

DESAPARECIDO el santo Cáliz de Huesca donde se había venerado cerca de cinco siglos, á causa de la invasión mahometana, como queda dicho, y oculto en la cueva de San Juan de la Peña, permanece su recuerdo entre los invasores y los cristianos que con ellos se quedaron, comenzando entonces los relatos del vulgo acerca de su origen y virtudes prodigiosas, de los que debía nacer la leyenda, por

la propensión del espíritu humano á lo maravilloso, la que se convierte en suceso extraordinario que, transmitido de edad en edad y de siglo en siglo, se enriquece con nuevas é ingeniosas concepciones, que le dan mayor interés, y que la fantasía popular transforma de modo tal, que hasta llega á perder la esencia primitiva que la generó.

Esto llegó á ocurrir, sin duda, con la desaparición del santo Cáliz. Forjada la leyenda sobre un suceso real, pasa de generación en generación, por el primitivo sistema oral, á constituir un conjunto de leyendas de un interés extraordinario, contadas y esparcidas por todas partes, con invenciones poéticas que le dan más atractivos, y que si en un principio constituyó un relato verídico, se convierte luego en inverosímil. Y esta leyenda, este relato fantástico llega á formar una verdadera historia para varias generaciones sencillas y de costumbres primitivas, con sus escenas maravillosas, con sus personajes sobrenaturales, acompañados de una cohorte de gigantes, dragones y encantamientos, cuya parte principal está intervenida por el diablo.

Nosotros creemos, y no es inverosímil, que los cuentos esparcidos por muchos países, que han ocupado por espacio de algunos siglos la imaginación de varias generaciones sucesivas, é inspirado á multitud de poetas, en que inter-

viene el santo Grial (1), han nacido de lo que llevamos dicho en el capítulo anterior referente á la traslación del sagrado Cáliz á la cueva del monte Pano, que la fantasía convirtió en sitio maravilloso, donde crecían mágicas y milagrosas hierbas, de virtud tan singular, que bastaban por sí solas para proporcionar el dón de sabiduría, el privilegio de la inmortalidad y la facultad de conocer lo futuro. Pero antes de ocuparnos de las leyendas más importantes, determinemos lo que significa la palabra *Grial.*

Los filólogos se han perdido en un mar de conjeturas acerca de su significación. Según unos se daba el nombre de santo Grial, ó *Saingrail,* por corrupción de *sangre real,* al cáliz con que, según la leyenda, José de Arimatea recogió la sangre de Cristo cuando estaba enclavado en la cruz, y que era el mismo en que

(1) Nosotros consignamos *Grial* y no *Graal, Gral, Greans, Greail* y *Greal,* como dicen los escritores extranjeros, y los que la han traducido de este modo, porque creemos es la única castellana, y así la escribieron Cervantes en el capítulo XLIX del *Quijote*, el autor de *Tablante de Ricomante,* el Arcipreste de Hita y el que compuso *Amadis de Gaula* en el lib. IX, cap. XLVII. También emplean nuestros trovadores primitivos *Greal.* Desarrollándose además todos los poemas que al Grial se refieren en una montaña extrema de la península ibérica, nos parece que debemos escribirla en nuestro idioma.

había consagrado el vino la noche de la Cena, el cual al ser conservado por los descendientes de aquél, fué traído á Occidente, convirtiéndose en un manantial inextinguible de beneficios para los que lo poseían (1). Según otros, era una piedra preciosa traída á la tierra por los ángeles y confiada por ellos al cuidado de los *Caballeros del Grial:* en un poema alemán se hace alusión á una piedra luminosa caída de la corona forjada por los ángeles rebeldes para Luzbel, y que el arcángel San Miguel le arrancó de su frente, la que se dice que es el Grial, el cual tiene las mismas virtudes que el cáliz de José de Arimatea. Una tercera opinión hace derivar dicha palabra del provenzal *grasal* ó *grasau,* del lemosín *grial* ó *greal* ó del catalán *gresal* ó *gresol,*

---

(1) Esta leyenda se halla en el evangelio apócrifo de San Nicodemus, en el que se dice que viendo José de Arimatea agonizando á su Maestro en la cruz, fué á la casa donde había celebrado Jesús la última cena, cogió la copa en que éste bebió, y corriendo hacia el calvario recogió con ella la sangre que manaba de sus heridas. Se añade también que «por virtud de aquel cáliz estaba dotado el buen José de muy grandes privilegios», entre otros el de poder comunicar directamente con Dios. Después de la muerte del Redentor los judíos le tuvieron preso en una mazmorra durante cuarenta años, y por un prodigio incomparable pudo conservar en ella el sagrado Cáliz, pasando por herencia, después de 220 años que vivió, á poder de Alain, convertido por él á la fe.

palabras que significan *plato, taza* ó *vaso* (1). Esta última interpretación nos parece más racional que las demás, porque no solamente concuerda con las narraciones legendarias de la Edad Media, sino que etimológicamente la creemos menos complicada. Nosotros hemos encontrado dicha palabra en su significación de *cáliz*, precisamente el de la Cena del Señor, en unas capitulaciones firmadas el 18 de Febrero de 1480 entre la abadesa de las monjas del convento de Santa Clara de Valencia y el artista Martín Torner, quien al comprometerse á pintar un cuadro en que había de representarse la sagrada Cena, debía poner, enfrente del Señor, encima de la mesa, el santo Grial (2). También hemos leído en el libro *Tirant lo Blanch*, que un caballero llevaba en la cimera el santo Grial. En Valencia significaba dicha palabra *cáliz*, sin género alguno de duda.

Sea lo que quiera de la significación de la palabra, muy conocida, no obstante, en la Edad Media, es lo cierto que el santo Grial aparece en los poemas del siglo XII como el elemento principal, especialmente en los *lays* de Bretaña,

---

(1) Mauricio Kufferath, *Parsifal*, pág. 23, y *Dictionnaire provençal français*, por Federico Mistral.

(2) Se dice en dichas capitulaciones: *Item que davant la Maiestat de Jhuxit lo sanct greal* (Nuestra obra *Pintores medievales en Valencia*, pág. 123).

que, como dice Menéndez Pelayo, son la célula lírica de las narraciones del ciclo de la *Tabla Redonda* (1), algunas de las cuales han llegado hasta nosotros, lo que hace suponer la existencia de muchos cantos, que se perdieron, informados por la misma idea. El ciclo bretón, la vida del sabio Merlín, sus astucias y transformaciones,

---

(1) La *Tabla Redonda* era una orden de caballería fabulosa, que según las leyendas celtas de la Edad Media debió instituirla en York, en el siglo V, el rey Uther, ó más bien su hijo Artus, siguiendo los consejos del encantador Merlín. Se compuso al principio de 24 caballeros, y luego 50, que se colocaban alrededor de una Tabla (mesa) redonda, en prueba de igualdad, para evitar contiendas de preferencia. Sus nombres están grabados en una tabla redonda, de mármol, en Winchester; los más conocidos son: Amadis, Gauvain, Galaad, Tristan, Lanzarote y Palamedes. El poeta anglo-normando Roberto Wace es el que, hacia 1155, parece haber sido el primero, en el Brust, que dió vida á las antiguas tradiciones celtas, recopiladas por Godofredo de Monmuth, según sir Gulterio Calenio. Numerosos poemas y libros de caballería, que forman un verdadero ciclo, se escribieron en la Edad Media, principalmente en Francia y España, para celebrar las hazañas de los caballeros de la Tabla redonda en la Gran Bretaña, en la Galia ó en la busca del santo Grial. El poeta Uhland, que es uno de los que mejor han tratado esta materia, decía que los poemas del ciclo de la Tabla Redonda, «forman como una corona de verdes hojas ligeramente rojizas en sus puntas, sobre las que descansa una flor purpúrea: la leyenda del santo Grial».

los hechos del rey Artus en Bretaña y las maravillosas hazañas de Lanzarote del Lago, de Galaad su hijo, de Perceval, Boortes y otros caballeros bretones empeñados en la demanda del santo Grial, constituyen la larga serie de novelas caballerescas en prosa de aquella época. El santo Grial y los caballeros de la Tabla Redonda parecen indispensablemente unidos.

Y de paso notaremos una idea que se nos ocurre y que la creemos muy verosímil. Sabido es que el año 777 vino Carlo-Magno á España con ocasión de que el valí de Zaragoza le había pedido auxilio contra el emir de Córdoba, y después de someter en su incursión al mismo valí de la capital aragonesa y al de Pamplona, tuvo la desgracia de que los vascos le derrotaran en Roncesvalles el año 778. Ahora bien; ¿no se ve una relación muy íntima entre lo que nos cuentan las crónicas, referente á la destrucción del poblado de Pano por tropas del emir cordobés y el motivo de la venida á España del hijo de Pepino el Breve, primer monarca de la monarquía Carlovingia? Es verdaderamente extraño que muy poco después de la invasión carlovingia, empezasen los cuentos y leyendas en que interviene el santo Grial. No creemos faltar á la rigurosa crítica histórica si apuntamos la sospecha de que algunos poetas y trovadores, que sin duda acompañaban al gran conquistador, recogieran las noticias del suceso de la oculta-

ción del santo Cáliz en la cueva de la agreste montaña, ó las leyendas, tal vez entonces ya formadas, sobre lo mismo, y al regresar á su país las divulgaran con nuevos encantos imaginativos, dándolas á conocer entre los pueblos de todas las regiones por ellos recorridas. Todo ello nos probará, aunque con presunta certeza, que el hecho del traslado de la santa reliquia reviste los caracteres de histórico, y que entonces el Cáliz se veneraba ya como el auténtico en el que Cristo celebró la Cena eucarística.

Los principales poetas que en sus poemas se han ocupado con más extensión del santo Grial, formando obra completa y detallada de la religión, al recoger y dar nuevas formas á las leyendas que sobre él existían, han sido Cristian de Troyes y Wolfram de Eschenbach en los tiempos medievales, y en nuestros días el grande, el colosal genio musical Ricardo Wagner. Son tan hermosas sus concepciones artísticas en este asunto, que nos vamos á permitir el hacer de los tres poemas una ligera síntesis, por encontrarse en ellos, según creemos, elementos que parecen nacidos de la historia del santo Cáliz venerado en Valencia.

Dice Menéndez Pelayo que Cristian de Troyes es el más fecundo de los poetas franceses del siglo XII, el cual compuso, por los años 1175, su *Parceval* ó *Cuento del Grial*, valiéndose de un libro anglonormando que le había

prestado Felipe de Alsacia, conde de Flandes. No acabó el inspirado escritor su poema. Un autor anónimo hizo otra historia en que aparece el mismo Parceval. Compuso otro libro sobre el mismo tema Gaucher de Dourdan, quedando igualmente incompleta la obra, á la que se dieron tres finales diferentes. Los poetas Mennesier y Gerberto de Montreuil hicieron trabajos sobre el mismo tema, llegando al enorme número de 63.000 versos lo que se encuentra en algunos manuscritos. En estos rapsodas que prosiguieron la obra de Cristian de Troyes, se presenta, aunque no enteramente desarrollada, la interpretación religiosa del santo Grial, que en reducida síntesis es como sigue.

Parceval es un reformador que restablecerá el orden y la prosperidad del país con la ayuda de los caballeros de la Tabla Redonda, gracias al poder que le concederá el santo Grial y la lanza sagrada, para cuya posesión empieza una vida errante. Llega á la corte del rey Artus, se apodera de las armas del caballero Rojo, después de darle muerte, y prosigue su peregrinación hasta que encuentra al ermitaño Gonemans de Gelbort, el cual le da sabios consejos para que consiga sus deseos sin el menor contratiempo. Marcha luego al castillo del rey Pescador, donde se halla el santo Grial, que contempla reverente por primera vez; se enamora de Blancaflor y se olvida del objetivo de su

peregrinación, y al cabo de cinco años, se encuentra un Viernes Santo con una compañía de piadosos varones que le exhortan á hacer penitencia de sus pecados y vida mundana. Se confiesa con un ermitaño que resulta ser su tío materno, y, siguiendo sus instrucciones, vuelve al castillo del rey Pescador, el cual, contestando á sus preguntas, le declara todas las maravillas de la lanza sagrada y del vaso misterioso. Muere á poco tiempo dicho rey, y Parceval hereda tan prodigiosos objetos, con los cuales se retira á una ermita, donde hace austera penitencia, hasta que el día mismo de su muerte son arrebatados milagrosamente á los cielos la lanza y el santo Grial, sin que después se les haya vuelto á ver en la tierra (1).

«La leyenda da un paso más cuando uno de los autores ó interpoladores de la primera continuación identificó la lanza con la de Longinos, y afirmó que el Grial era el vaso en que José de Arimatea había recogido la sangre del Crucificado. De aquí procedían todas las virtudes milagrosas: tenía el dón de curar las heridas, de llenarse de los manjares más exquisitos á voluntad de su dueño, y finalmente, procuraba todos los bienes de la tierra y del cielo; mas para

---

(1) Mauricio Kufferath, *Parsifal*, pág. 40 y siguientes.

acercarse á él era menester estar en gracia, y sólo un sacerdote podía declarar sus maravillas. En el pensamiento de los troveros el Grial parece haber sido un símbolo eucarístico» (1).

El *Parzival* de Wolfram de Eschenbach (2), es obra de altísima y soberana originalidad en todo lo que no es traducido ó imitado del anterior. Su simbolismo es mucho más trascendental y solemne, puesto que abarca la totalidad del destino humano y los misterios más augustos de la religión, pero sin tocarlos directamente; sus personajes pertenecen al mundo real, apareciendo no obstante bañados por luz sobrenatural. Otra de las fuentes que, según cita, le han valido para su obra, á más de poemas de origen provenzal, es un manuscrito descubierto en Toledo por el poeta Kyot, escrito por el árabe Flegetanis. Como se ignora completamente la existencia de estos poetas, los críticos creen que son dos personajes inventados para dar más realidad á su creación imaginativa; pero es bien digno de notarse que en su obra

---

(1) Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela. Introducción*, pág. CLXVII.

(2) Dícese que Wolfram no sabía escribir, y que componía de cabeza sus poemas, los cuales dictaba á su secretario, pues siendo caballero y noble desdeñó aprender, por ser oficio que era considerado como vil y dejado sólo al clero.

aparecen frecuentemente nombres de ciudades de la Provenza, Toledo, Sevilla, y las llanuras de Galicia. Según el referido manuscrito, el Grial era una piedra preciosa que, bajada del cielo por los ángeles, fué depositada por ellos en la tierra. Esto es lo que dió origen á una especie de trilogía que escribió, en la que nos expone toda la historia de la misteriosa piedra y de la dinastía de los reyes que la guardaron, Titurel, Parzival y Lohengrin. De Titurel nos dice, en un poema que acerca de él empezó y no pudo terminar, que era hijo del rey de Capadocia y de una hermana del emperador Vespasiano, quien fundó en la abrupta y misteriosa montaña de Monsalvat (1) un santuario para guardar esta preciosa piedra, símbolo de todas las virtudes, la que recibió del cielo en premio de su piedad.

---

(1) Monsalvat, según algunos, viene de *mons salvationis*, monte de salvación, y según otros del provenzal *mont salvatge*, monte salvaje. Un erudito escritor y notable poeta catalán, D. M. Muntadas, da como probable que bien podía ser la célebre montaña de Montserrat, nombre al parecer etimológico de Monsalvat, Monsalvatje ó Monte de salvación. Dicho escritor hace derivar de Cataluña todas las leyendas referentes al santo Grial, y trata de establecer la identidad de muchos personajes legendarios con varios condes de Barcelona. Véase el *Prabable origen catalá de les llegendes del sant Graal,* Barcelona, 1910, donde se contienen muy curiosas y peregrinas noticias.

Una cofradía de varones justos y piadosos, de costumbres inmaculadas, defienden el santuario. Titurel se casa con una princesa española, y después de haber reinado cien años, sucédenle sus hijos Frinsutel, que muere en un combate contra los infieles, y Amfortas, bajo cuyo reinado ocurren varios desórdenes en el reino, siendo gravemente herido en duelo por un infiel que intenta apoderarse del santo Grial, de cuya herida sufre cruelmente y no curará hasta que un héroe predestinado venga á librarle de ella y asuma el reinado del Grial. Este héroe es Parzival, y entonces comienza la historia de éste, tomada en muchas de sus partes del poema de Cristian de Troyes, llegando á posesionarse del reino después de la curación de Amfortas. Este poema es una obra maestra por el color y vivacidad del estilo, por la elevación de pensamiento, por la exquisita sensibilidad, por la animación y relieve que distingue á los numerosos cuadros de la narración, por la unidad, en fin, que reina en toda la composición. En la obra hay detalles y descripciones hermosísimos. El día de Viernes Santo recibe el Grial un mensaje, del que depende su mágico poder: una inmaculada paloma desciende de las nubes, llevando en su pico una pequeña hostia que deposita sobre la copa, cuyo suceso se repite anualmente. Al relatar la llegada de Parzival á la sagrada mansión del Grial, dice que vió sobre

cuatro carrozas, adornadas con las más preciadas piedras de la Arabia, los vasos de oro y vasos diamantinos para el festín que en honor suyo se preparaba, los que eran distribuídos por cuatro caballeros majestuosamente vestidos, y que cien escuderos, hijos de príncipes, depositaban los manjares sobre la mesa, en el sitio correspondiente á cada caballero (1).

El desarrollo completo de la leyenda del santo Grial se encuentra en una especie de trilogía compuesta por Roberto de Boron, poeta del siglo XIII, nacido en el Franco Condado. En la primera parte *(José de Arimatea)*, narra el origen, consagración y prodigiosas virtudes de la santa reliquia; en la segunda *(Merlín)*, convierte en verídico á este hijo del diablo, y le hace anunciar las maravillas futuras (2); en la tercera,

---

(1) Mauricio Kufferath, *Parsifal*, pág. 90 y siguientes.

(2) El catedrático de la Universidad Central D. Adolfo Bonilla San Martín, ha publicado en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* el libro de caballerías *El baladro del sabio Merlín*, atribuído á Elías de Boron, primera parte de la *Demanda del santo Grial,* del que se ocupa en los capítulos XXV, XXVI y otros, y *La demanda del santo Grial con los maravillosos fechos de Lanzarote y de Galaz su hijo*, segunda parte de la *Demanda del santo Grial*, del que trata en los capítulos XXIV, XXX, XXXIV, XLI, LII, CCCXVIII y otros muchos.

refiere la manera como Parzival hizo la demanda y conquista del vaso sagrado, y cómo éste fué transportado al cielo después de la muerte de aquél. Se ha perdido el tercero de estos poemas y gran parte del segundo, pero queda de todos ellos una redacción en prosa. Lo mismo sucede con otra *Demanda del santo Grial,* de autor anónimo, en que intervienen, además de Parzival, Ganvaín y Lanzarote, sin que ninguno de ellos, por sus aventuras mundanas, pueda alcanzar la posesión de la sagrada reliquia, reservada sólo para la pureza de Parzival. Pero no faltó quien le despojase de esta palma en favor de Galaad, hijo de Lanzarote, y hubo una nueva demanda del Grial, que se incorporó con el *Lanzarote* castellano (1).

De muchísimas leyendas podríamos dar cuenta, especialmente españolas, en las que se relata el origen y vicisitudes del santo Grial, viniendo á coincidir todas en que fué depositado en un monte salvaje y abrupto de Aragón, en el que había una cueva profunda, cuya arquitectura era un maravilloso poema misterioso de la sabiduría incomprensible del Creador. Otros hablan de la institución de los caballeros del Temple en el sitio donde se guardaba la sagrada reliquia, que

---

(1) *Orígenes de la novela*, *Introducción,* página CLXVII.

la defendieron, ejercitándose en un principio en hazañosos hechos. No es nuestro propósito mencionar otras obras informadas por las leyendas parcevalescas, en que el misterioso cáliz juega papel principal; pero no queremos prescindir del gran drama lírico de un poeta moderno, que se ha inspirado en la literatura del santo Grial. Nos referimos al colosal ingenio que se llama Ricardo Wagner, el cual ha hecho una síntesis de los poemas de Cristian de Troyes y de Wolfram de Eschenbach, sin despreciar otros menos conocidos sobre el mismo asunto, creando un grandioso oratorio, tan enormemente inspirado, que algunos lo han juzgado como si fuera sobrehumano: la verdad es que puede clasificarse de la más serena y luminosa de todas sus obras, expresión artística de su doctrina de la regeneración (1).

El punto de partida de la obra de Wagner es el mismo que el de los poemas de Cristian y de Wolfram. En las primeras escenas se nos inicia en los peligros que amenazan al santo Grial, por la inquietud que produce en sus caballeros el pecado de su jefe el rey Amfortas, herido por Klingsor, que despechado por no haber sido re-

---

(1) También se ha ocupado modernamente del santo Grial el poeta inglés Alfredo Tenyson, en sus *Idylls of the King*.

cibido en la orden, después de exponerle á pecaminosas seducciones, en las que cae, se apodera de la lanza que también se guarda en Monsalvat, la misma que hirió el costado de Cristo. A seguida del combate que, en unión de un grupo de caballeros, entabla para destruir el lugar maldito de seducciones y perdición que por influencia maléfica les ha hecho caer en el pecado, vuelve Amfortas al castillo, herido y lleno de remordimientos, y los caballeros, participando de la humillación de su jefe, se entregan á las plegarias y á la penitencia. El rey, al implorar un día ante el tabernáculo la piedad del Señor, oyó una voz profética que le anunciaba la llegada de un sér puro y sin mancha, merced al cual el santo Grial volvería á su antiguo esplendor, después de recuperar la lanza sagrada y cicatrizar la incurable herida, que producía intolerables dolores, los que aún se hacían más acerbos cuando tenía que cumplir su misión de Sumo Sacerdote y consagrar la copa. El joven casto y puro elegido por el cielo es Parsifal, que llega allí persiguiendo á un cisne. El espíritu del mal trata de oscurecer la pureza del joven, que triunfa de todas las asechanzas, logra recuperar la lanza y cura instantáneamente la herida de Amfortas. Por último, en el templo del santo Grial, Parsifal manda á los escuderos que abran el tabernáculo donde está guardado el sagrado cáliz, que levanta con sus manos, y todos le

prestan adoración, mientras aquél resplandece nuevamente con luz divina, y desde lo alto de la cúpula del templo desciende una paloma blanca que va á posarse sobre la cabeza del joven héroe que, con todos los caballeros, entona un himno de loor y agradecimiento al Sér Supremo (1).

Tal es en ligera síntesis la grandiosa obra vagneriana de la que nos hemos ocupado por ser la más alta glorificación hecha por el arte al santo Cáliz que se venera en Valencia, constituyendo una maravillosa, estupenda y apoteótica efusión de cristianismo artístico (2). Crítico

---

(1) Mauricio Kufferath, *Parsifal,* pág. 116 y siguientes.

(2) Acerca de la significación de cosas y personas, representaciones y símbolos que constituyen este poema en su sentido íntimo, escribe el crítico Víctor Espinós: «El remordimiento del pecado, en los gritos de dolor de Amfortas; la degeneración del alma manchada ó la sublimidad de la pureza espiritual en los caballeros prevaricadores y en los caballeros virtuosos del Grial en que parece condensarse, en que se condensan los rasgos esenciales de la sociedad cristiana; el consolador y confortante anuncio de la redención por la sangre del Verbo; el castillo de Klingsor, en que mora el espíritu del siglo, el poder del Antecristo, el odio disfrazado de amor, la pena sentida de goce, la ignorancia con apariencias de sabiduría, la sabiduría que sirve para todo..., excepto para salvar el espíritu de la condenación; aquella lanza salvadora que en el Gólgota abre la fuente de que mana la linfa que cura la ceguera, y en el Grial simbólico sana

ha habido que cree esta obra musical como divinamente inspirada (1).

Por poco que nos fijemos en el fondo de las leyendas que consignadas quedan, elaboradas con elementos heterogéneos de otras transmitidas por voz popular, de origen mucho más antiguo, se verá un fondo de verdad histórica que palpita en lo más culminante de su trama.

---

los males del pecado, por la muerte del cuerpo y con la vida del alma de Amfortas; el ideal de redención y la persistencia en la afirmación de la vida futura, de la vida perdurable para el alma redimida, con la colaboración ineludible de la energía de la voluntad personal, que lleva á Parsifal á la victoria sobre sus instintos y sobre las sugestiones exteriores, que quizá está más humanamente concreta en la pelea del ángel y la bestia en el corazón atormentado de la extraña Kundry; el bellísimo símbolo encarnado en la blanca paloma, que trae al corazón el inevitable recuerdo del Espíritu Paráclito; los tormentos horribles de la conciencia sacrílega en los acerbos sufrimientos del sacerdote impuro, cada vez que acerca sus manos profanadas por la lascivia á la sagrada Copa, y por fin, todas las sublimidades del sacramento del Amor, en una reflexiva ó instintiva visión propiamente eucarística, que fluye mansa, suave, arrobadoramente, de la prodigiosa composición, de la que se desprende aromada y cálida, como el humo del incienso saldría á borbotones de un turíbulo inmenso de oro».

(1) «Examinant seulement sa beauté musicale, et le caractère étragne de toute musique et évolution de Wagner, on prévoit dejá son origine divin». *(Parsifal*, par Michel Domenech Espanyol, pág. 238).

El Parceval poético pudiera muy bien convertirse en el Garcí Ximénez que acaudilla las huestes dispersas por el mahometano invasor y libra el santo Cáliz de las profanaciones del enemigo. Los que defienden la insigne reliquia que fué adorada en Huesca durante varios siglos, bien merecen el nombre de caballeros del santo Grial, como se llama en aquellas edades á la copa sagrada que simboliza el amor del Redentor á sus criaturas. Los ermitaños y anacoretas que alrededor de la cueva de S. Juan de la Peña se entregan á todo género de penitencias en aras de la adoración al Dios que se dignó convertir el vino que contuvo la venerada reliquia, bien puede decirse que constituyen la cofradía de varones justos que los tiempos caballerescos convierten en esforzados guerreros. Nada diremos de la coincidencia de que todos los poemas y leyendas ponen su acción en el mismo sitio, en un terreno abrupto y misterioso, entre las montañas pirinaicas, lo que corresponde perfectamente al lugar donde estuvo el Cáliz durante seis siglos. No es extraño que en tan largo período de tiempo la historia, trasmitida de viva voz entre personas ignorantes, perseguidas y en lucha constante con el agareno, se convirtiera en leyenda, desvirtuándose en la forma, transformándose en maravillosa, según el ingenio del narrador, á medida que se apartaba de su origen.

Insistimos en la idea ya indicada acerca de la invasión carlovingia en el siglo VIII. La historia, convertida ya en leyenda desde su principio, pasa las fronteras y recorre los vastos territorios sujetos á Carlo-Magno, cambiando sus procedimientos narrativos, sus elementos poéticos, según el trovador que la canta, la raza que le escucha ó la época en que se poetiza. Todas las composiciones en que interviene el santo Grial son en su fondo la evocación de un suceso misterioso y real, casi divino, porque sus elementos son sagrados y profundamente sugestivos. Sería cosa incomprensible que existiendo en la cueva de S. Juan de la Peña el santo Cáliz, que por tradición inmemorial se tuvo siempre por el auténtico del que el Señor se sirvió para instituir la Eucaristía, fuera un objeto distinto á él el que sirviese de fundamento á todas las obras poéticas en que es parte principal el santo Grial, dado que son idénticos los elementos de lugar, y aun nos atrevemos á decir de tiempo. Si como es muy verosímil pensar, fué dicha joya el motivo informante de la literatura en un ciclo importante de su historia, ésta constituye un argumento no despreciable en favor de la tradición que consagra á aquélla, la que, como veremos documentalmente, es la misma que se venera en la Catedral de Valencia.



V

Diferentes cálices que se han atribuído la autenticidad del de la Cena. — Un cáliz de plata mencionado por el venerable Beda.—Equivocación de este escritor.—De dónde procede el testimonio.—Otros cálices, y su falsedad.—«Il sacro catino» de Génova.—Noticias y leyendas sobre el mismo.

La importancia que como elemento religioso tuvo la literatura medieval informada por el santo Grial, fué causa de que muchos monasterios se atribuyesen el honor de poseer el precioso cáliz que era objeto de tan singular adoración. Pero el olvido, más bien que la crítica, ha ido desvaneciendo las infundadas afirmaciones que sobre cada uno de ellos se habían hecho. Sólo ha quedado, pues, de los diversos cálices que se han atribuído la autenticidad del de la Cena, el que menciona un santo y venerable escritor, y dijo que era de plata. Los

demás, de los que también hablaremos, fueron invenciones de los protestantes.

El primero que manifestó era de plata el cáliz en que consagró el Señor la noche de la Cena fué el venerable Beda, á quien siguió Baronio y muchos escritores sagrados. Semejante afirmación está tomada del presbítero Adomnano, que escribió tres libros relatando el viaje que hizo á los Santos Lugares el obispo Arculfo, de nacionalidad francés, por los años 720. Dice que en una plaza de Jerusalén, en una pequeña capilla, se conservaba el Cáliz del Señor, metido en la concavidad de un pilar, y que era de plata con dos asas, el cual tenía la copa tan grande que podían caber en ella cerca de dos litros de líquido. Añade á esta relación Jorge Cedrano, que tenía el cáliz la boca á modo de balanza de peso, dentro de la cual estaba la esponja con que le dieron de beber al Señor, en la cruz, hiel y vinagre, y que por unas redes de hierro introducían los dedos los peregrinos, con gran contento espiritual (1).

---

(1) *In platea quæ martyrium et Golgotha continuat, exedra est, in qua Calix Domini, scriniolo reconditus, per operculi foramen tangi solet et osculari: qui argenteus Calix duas hinc et inde habens ansulas, sextarii gallici mensuram capit; in quo illa spongia Domini potus ministra* (Capítulo II del libro *De locis sanctis*).

Esta relación, que consigna el venerable Beda, carece por completo de fundamento histórico, porque el autor de ella, según manifiesta dicho santo historiador, no trató de comprobarla por sí mismo, á pesar de haber estado en Jerusalén, sino que la supo por un monje llamado Pedro, que le servía de guía (1). En su favor no tiene tradición alguna, ni documento que compruebe su verdad. Además, hay otras razones que nos obligan á rechazarla por completo. En primer lugar, ochenta años antes de la visita de Arculfo á Jerusalén, el califa Omar se había apoderado de la ciudad santa, no respetando lugar alguno cristiano, excepto la iglesia del Santo Sepulcro, y no es probable que hasta 1099 en que estuvo en poder de los mahometanos, se hallase esta sagrada reliquia á la pública veneración, colocada en medio de una plaza, sin haberla robado aquellos bárbaros: no

---

(1) He aquí las palabras del venerable Beda, con las que cierra su libro DE LOCIS SANCTIS: *Hœc de Locis Sanctis prout potui fidem historicam sequutus posui, et maxime Arculphi dictatus galliarum episcopi, quos eruditissimus in Scripturis presbyter Adomnanus lacinioso sermone describens tribus libellis comprehendit. Arculphus porro desiderio locorum sanctorum patriam deseruit, et aliquot mensibus Hierosolymis demoratus, veterano monacho Petro nomine, duce pariter, atque interprete usus.*

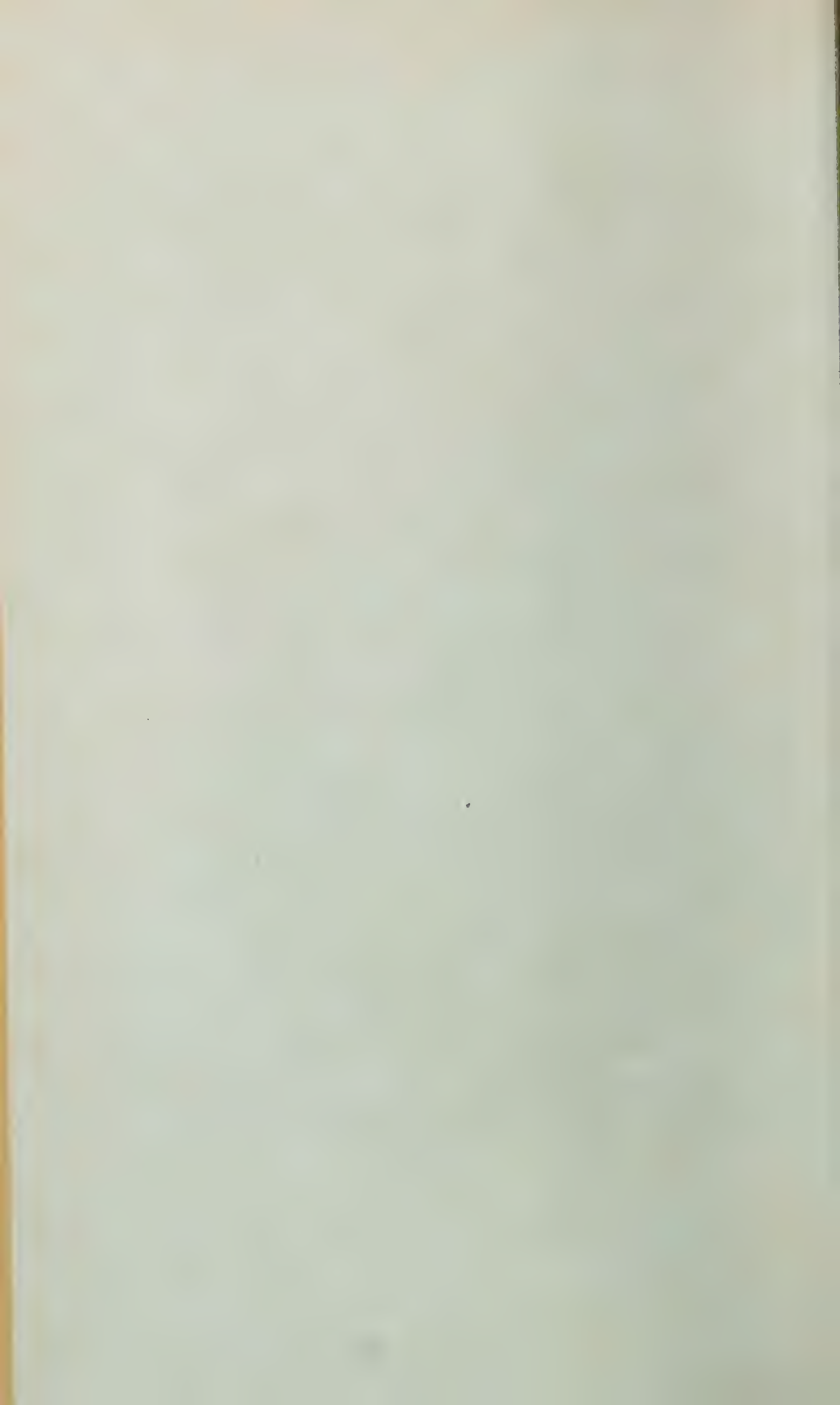
es posible tampoco que se encontrase en el mismo sitio setenta años después de la conquista. Además, no es creible que objeto tan precioso se hallase tan poco guardado, y sin que se le diese culto de latria en un templo cristiano, no obstante estar muy bien custodiadas otras reliquias de menos importancia. Tampoco es verosímil que el Cáliz fuera tan descomunal, porque á más de que nuestro Salvador en todas sus acciones obró para darnos ejemplo en los siglos futuros, y procuraría emplear un cáliz apropiado para que su santa Iglesia le imitase, su contenido, al ser tan excesivo, hubiera podido satisfacer á más de cien personas y no á las pocas que participaron del banquete eucarístico. Finalmente, los que dieron cuenta de dicho cáliz nada indican de que lo veneraron y adoraron, lo que parece haberse dicho para abultar la relación del viaje, tomando la noticia del *Itinerario* (1), que se supone compuso Antonio Placentino, escritor del siglo III, cuyo trabajo mereció del erudito Pa-

---

(1) Las palabras del *Itinerario,* casi las mismas que reproduce el venerable Beda, son las siguientes: *In Basilica Constantini coherente circa monumentum vel Golgotha in atrio ipsius Basilicæ est cubiculum ubi lignum Crucis reconditum est: etiam ibi est canna et spongia de quibus legitur in Evangelio, cum qua spongia aquam bibimus: et calix onychinus quem benedixit Dominus in Cœna.*



LA SAGRADA CENA, con el Cáliz venerado en Valencia, tabla de Juan de Juanes, en el Museo del Prado (Madrid)



pebroquio y de León Allacio las más acres censuras por su falta de verdad (1). Con lo dicho juzgamos que hay bastante motivo para dudar de la afirmación del venerable Beda. El ya citado Agustín Sales alega otros muchos argumentos contra dicha relación.

A pesar de los hechos que se oponen á la existencia del cáliz de plata mencionado, aunque no tuviesen ningún valor, no se destruiría en nada la tradición en favor del que se venera en Valencia, por no existir repugnancia en admitir dos cálices. El mismo S. Jerónimo, comentando el capítulo XXVI de S. Mateo, dice que se deduce evidentemente del capítulo XXII de S. Lucas que el Señor, en la noche de la Cena, se sirvió de dos cálices, que, según juzga el mismo santo Padre, sería el uno para la cena del cordero legal y el otro para la institución del Santísimo Sacramento, asintiendo con él meritísimos escritores eclesiásticos, entre ellos el abad Pascual Ratberto en su tratado *De Corpore et Sanguine Christi,* y otros muchos autores antiguos que cita, algunos de los cuales llegan á especificar que el cáliz con que bebió

(1) He aquí las palabras de Papebroquio: *Hoc Itinerarium luce publica indignum censuit Leo Allacius quia refertum est anilibus fabellis: nec in eo inveniri potest ratio verisimilis itineris alicujus.*

el Señor en la comida del cordero era de plata, y de piedra el de la consagración.

El historiador valenciano Gaspar Escolano, que admitió la afirmación del venerable Beda, comentando la existencia de dos cálices, hace las siguientes reflexiones: «Respecto de los motivos que pudo tener nuestro Redentor para usar de dos cálices diferentes en aquellos dos actos, dice el abad Ratberto, que solían los doctores antiguos dar muchos, de los cuales refiere algunos, y son: que se sirvió de dos para enseñar que había de haber en su Iglesia dos cálices y dos pasiones, una la suya y otra la de los mártires sus discípulos, ó para en demostración de los dos Testamentos, el uno de la ley vieja y el otro de la nueva, por lo cual ordenó que un cáliz fuese para el cordero de la ley de Moisés, y el otro para la nueva bebida de su sangre. Por cortapisa de lo que dijeron los antiguos, añado yo que Cristo Señor nuestro se aprovechó del cáliz de plata para la cena del cordero como de materia común á todas las comidas de gente honrada; pero llegado á la cena celestial de su cuerpo y sangre preciosa, guardó para ella un vaso extraordinario por ser precioso y ser de piedra. Porque como había de fundar sobre piedra su ley y no haya sacramento en que más se quilate la fe que en el del Santísimo Sacramento del altar, quiso que fuese de piedra el cáliz que echaba por fundamento primero de ella y que fuese pre-

ciosa, pues había de recoger la sangre de infinito valor y el precio de la redención de los hombres».

El erudito Agustín Sales nos habla de la existencia de otros cálices preciosos á los que se atribuía el dón especialísimo de haberlos usado el Salvador. Cuatro se guardaban en Francia, á saber: uno en un convento cerca de Lyon, otro en Reims, el tercero en un convento de agustinos próximo á la villa de Albi, y el último en Brionda, en la baja Auvernia. Nunca se había hablado del primero de estos cálices hasta que Calvino, con objeto de ridiculizar las reliquias, aumentó extraordinariamente su número, y predicó haber usado Jesucristo de este cáliz, que es de esmeralda, para la consagración en la noche de la Cena, noticia que fué patrocinada por muchos protestantes. Hechas las correspondientes diligencias para comprobar este aserto, vióse que, según documentos que se conservaban en dicho monasterio, el referido cáliz lo regaló Carlo Magno, en testimonio del afecto que conservaba á su abad, sin que dijera nada de que fuese el mismo en que consagró el Señor. El cáliz de Reims, que es de plata, fué construído el año 545 y regalado á aquella catedral por su arzobispo San Remigio, todo lo cual consta en una inscripción que lleva grabada al pie: la noticia de que era el de la institución de la Eucaristía fué propalada por los calvinis-

tas Morneo y Plaseo. También fué Juan Calvino el inventor de la noticia del sagrado origen del tercer cáliz, y otros calvinistas del de Brionda, sin alegar para ello documentos ni tradición alguna. Respecto á otro cáliz existente en Flandes, es un infundio de un anotador valenciano, pues no hay autores de ninguna clase que lo mencionen ni hagan de él la menor alusión.

Merece también especial mención el cáliz que se veneraba antiguamente en Venecia, al que se prestó adoración en los primeros ocho siglos en la derruída ciudad de Jerusalén, el cual se decía era de plata y que con él se daba á beber á los condenados al suplicio de la cruz un cordial excitante, por el que se aumentaban un momento las fuerzas, y ya enclavados ó atados en el madero, humedecían los labios de la víctima con una esponja, para que se reanimara y sintiera mejor la crueldad del martirio hasta el último instante de su vida. Se suponía que dicho cáliz contenía la amarga bebida que dieron á Jesús, y que, con la esponja, pasaban por sus divinos labios. También se tuvo por algún tiempo como el cáliz de la Cena al *Volto santo* de Lucca, y una ánfora que se decía contener sangre del Señor, todo lo cual se guarda, según hemos leído, en la abadía de Fecamp (Inglaterra).

Respecto á la tan renombrada reliquia cono-

cida con el nombre de *Il sacro catino,* venerada en Génova, no es cáliz, sino un plato de esmeralda, de forma irregular, con seis puntas y una circunferencia de 1'20 m. exactamente. Dícese que en él cabe un cabrito entero, y que lo empleó el Señor en la cena pascual. Como algunos lo han confundido con el santo Grial, del que hemos hablado, queremos ocuparnos de él, indicando la hermosa leyenda que le rodea.

Cuando Salomón estaba construyendo el magnífico templo de Jerusalem, la reina Saba, célebre por su belleza y fausto, decidió armar sus naves, llenarlas de oro y piedras preciosas, é ir con ellas á ofrecerlas al sabio rey, de quien intentaría aprender la verdadera ciencia y conquistar su corazón. Al llegar á Tiro adquirió nuevas riquezas, y entre ellas el *catino* de esmeralda, que se hallaba en el templo de Hércules, el que entregó á Salomón, quedando extasiado ante la maravillosa piedra. Hizo tal aprecio de ella, que en la solemnidad de la Pascua empleábala en recoger la sangre del simbólico cordero que se esparcía en el lindar de la puerta, según práctica ritual. Destruído el templo, salvóse el precioso plato, el que fué á parar á un ascendiente del Padre de familias, en cuya casa celebró la cena el Señor, poniendo á su disposición todo cuanto de más valor poseía, entre cuyos objetos figuraba la preciosa esmeralda que había heredado de sus mayores y el cáliz que se cus-

todia en la catedral de Valencia. En 1101 fué llevada esta alhaja á Europa, adquiriéndola, no se sabe cómo, los españoles, la que arrebataron los moros, guardándola en Almería. Esta ciudad fué conquistada en 1147 por Alfonso VIII, aliado con los aragoneses y genoveses, y al repartirse el botín, éstos se dieron por bien pagados con el referido plato. Los valencianos que tomaron parte en la pelea, obtuvieron el cáliz de ágata que también se encontraba allí (1).

Esta leyenda, tomada de las crónicas españolas, no la admiten los genoveses tal como la consignamos, diciendo que fué conquistado el famoso catino por los cruzados en Palestina, al mando de Guillermo Embriago, el cual lo regaló á su catedral. Por su parte, el P. Mariana, relatando la toma de Almería, dice que al repartirse el botín tocó á los genoveses, en premio de su auxilio, el plato de esmeralda que allí se

---

(1) Un poeta y cronista de aquella época, Prudencio Sandoval, canta así la hazañosa empresa, glorificando al gran rey castellano:

«Ganó de los moros de el Andalucia,
Quesada y Andúxar, también Baeza,
De el rey de Granada cerca Almería,
La cual ya tomada con rezia porfía
La rica esmeralda de los genoveses
Les dió por su pago. A barceloneses
El robo y despojo que mucho valía;
A los valencianos, la copa de Jesús que su
[sangre había».

guardaba, en que «el vulgo dice que Cristo Hijo de Dios cenó en él la postrera vez con sus discípulos: opinión sin autor ni fundamento» (1). Por su parte el jesuíta Juan Menochio hizo investigaciones sobre este plato en lo que respecta al origen y devoción que se le tenía, y escribe lo siguiente: «Lo que han escrito algunos que el plato fué de esmeralda, no es probable. Y el que se conserva en Génova, aunque el vulgo lo cree, que el Señor se sirvió de él en la última Cena, ni se ha creído ni al presente se cree, ni en aquella ciudad se muestra ó se venera como á reliquia, sino como un vaso maravilloso y precioso por la materia, por el arte y por lo bien trabajado, siendo todo vaciado en una esmeralda de notable grandeza» (2).

Tal es la historia suscinta de todos los cálices que se han atribuído el inmenso honor de ser empleados por Jesucristo en la noche de su última Cena. Como se ve, no constituyen el más ligero argumento contra la autenticidad del que se venera en Valencia.

---

(1) Dice Baedeker en su *Guide*, que en la sacristía de la catedral de Génova se muestra el *sacro catino*, «hermoso vaso que era, según la leyenda, el que empleó Jesucristo durante la Cena, ó el en que José de Arimatea recogió la sangre del Salvador». Se creía de esmeralda, pero roto cuando Napoleón lo hizo trasladar á París, se reconoció que era una pasta vítrea oriental antigua.

(2) *Stuora*, tom. I, cent. 4, cap. XVII, pág 546.



VI

ENTREGA DEL SANTO CÁLIZ, VENERADO EN S. JUAN DE LA PEÑA, AL REY D. MARTÍN.—LA ESCRITURA DE DONACIÓN.—LA CARTA DE S. LORENZO.—ALFONSO V EN VALENCIA, Y DEPÓSITO DE ALHAJAS Y RELIQUIAS SUYAS EN LA CATEDRAL.—CUÁNDO PASÓ EL SANTO CÁLIZ DESDE LA ALJAFERÍA DE ZARAGOZA AL PALACIO REAL VALENCIANO.—SU ENTREGA AL CABILDO.—DOCUMENTOS.

HALLÁBASE en Zaragoza el rey de Aragón y de Sicilia don Martín el Humano, con motivo de su solemne coronación celebrada en aquella catedral el 13 de abril de 1399, y llevado de su gran devoción al culto de las reliquias, entró en deseos de poseer el santo Cáliz de la Cena, que se guardaba en el monasterio de San Juan de la Peña, para aumentar con él el tesoro religioso que tenía en su palacio de la Aljafería. A este efecto envió á dicho monasterio á su consejero el obispo titular de Atenas, el cual manifestó al prior y capítulo los reales deseos,

siendo tan bien recibidos, que unánimemente resolvieron aquéllos entregar la alhaja. Al conocer el monarca aragonés el buen resultado de sus pretensiones, mandó dar para el servicio del monasterio, y en agradecimiento á la buena voluntad de los religiosos, un cáliz de oro que tenía en su capilla, de cien marcos zaragozanos y una onza de peso, adornado de imágenes y escudos de esmalte.

La escritura de donación, otorgada por el prior del monasterio, se hizo el 26 de septiembre de 1399, en la capilla del palacio real de la Aljafería, suscribiéndola por mandato del rey su secretario Berenguer Sarta. El documento auténtico original hállase en el Archivo de la Corona de Aragón, en Barcelona, y traducido literalmente dice así (1):

«En el nombre de Dios. Sea á todos manifiesto que como el excelentísimo príncipe y señor Don Martín, por la gracia de Dios rey de Aragón, Valencia, Mallorca, Cerdeña y Córcega,

---

(1) «In Dei nomine. Pateat universis quod cum Excellentissimus Princeps et D. Dominus Martinus Dei gratia Rex Aragonum, Valentiæ, Maioricarum, Sardiniæ et Corsicæ, Commesque Barcinonæ, Rossillionis et Ceritaniæ desideraret et affectaret multum, habere in Capella sua illum Calicem lapideum cum quo Dominus noster Jesus Christus in sua sancta Cœna Sanguinem suum preciosissimum consecravit et quem beatus Laurentius,

y conde de Barcelona, del Rosellón y de la Ciretania, haya deseado y procurado con ahinco tener en su capilla real aquel Cáliz de piedra en el cual nuestro Señor Jesucristo, en su santa Cena, consagró su preciosa Sangre, y que el bienaventurado Lorenzo, que lo recibió de San Sixto, entonces Sumo Pontífice, cuyo discípulo era, y diácono de Santa María *in domnit.*, envió y dió CON UNA CARTA SUYA al monasterio y convento de S. Juan de la Peña, situado en las montañas de Jaca, del reino de Aragón, con

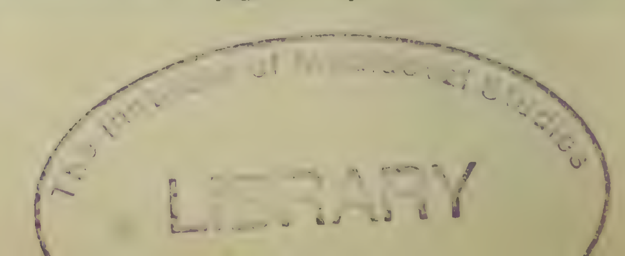
---

qui ipsum habuit a Sancto Sixto existente Summo Pontifice cuius discipulus erat ac Diaconus sanctæ Mariæ in domnit. misit et dedit cum eius LITTERA, monasterio et conventui Sancti Joahnnis de la Penya, sito in montaneis Jaccæ Regni Aragoni, cum quo Calice postea abbates, priores et presbiteri dicti monasterii consecrare consueverunt. Et pro dicto habendo Calice, dictus Dominus Rex, Reverendum in Christo Patrem Antonium Archiepiscopum Athenarum consiliarum suum ad dictum monasterium destinasset. Tandem die veneris, intitulata vicesima sexta die Septembris, anno a nativitate Domini millesimo trecentesimo nonagesimo nono, dictus Reverendus Archiepiscopus et religiosus frater Bernardus prior claustrii dicti monasterii, fecerunt relationem prædicto Domino Regi existenti in sua capella minori Aljaferiæ civitatis Cæsaraugustæ, quod explicata credentia per ipsum Archiepiscopum ex parte dicti Domini Regis conventui prædicti monasterii omnes priores et monachi ipsius monasterii tenuerunt capitulum super traditione calicis supradicti. Et finaliter deliberarunt concedere

cuyo Cáliz, los abades, priores y sacerdotes del monasterio acostumbraban después á consagrar; y para tener dicho Cáliz el referido señor rey envió al mismo monasterio al reverendo en Cristo padre Antonio, arzobispo de los atenienses, consejero suyo. Finalmente, el viernes que contábamos día 26 de septiembre del año de la natividad del Señor 1399, el dicho reverendo arzobispo y el religioso Fr. Bernardo, prior del referido monasterio, manifestaron al señor rey, estando en su capilla menor de la Aljafería de la ciudad de Zaragoza, que explicada la credencial,

---

dictum Calicem, nemine discrepante, Domino Regi prædicto. Quibus recitatis prædictus prior nomine suo et dicti monasterii, præsentavit dicto Domino Regi, et tradidit in manibus suis Calicem lapideum. Et ipse Dominus Rex, recepto in manibus suis Calice supradicto, volens facere dicto monasterio gratiam aliquam pro eodem, dedit et tradidit in manibus dicti prioris, ad opus monasterii jam dicti, unum calicem aureum capellæ suæ ponderantem, ad pondus Cæsaraugustæ, marcos quinque et unciam unam, in quo quidem calice aureo supradicto sunt signa sequentia, videlicet, in pede tres esmalti, duo timbra et unus crucifixus Jesu Christi, et in pomo, qui est in medio, sex esmalti, duo ad signum Aragonum, duo regales et duo Sancti Georgii cum ✠, et in patena est unus esmaltus Dei Patris. Quam quidem donationem de prædicto calice aureo, fecit prædictus Dominus Rex monasterio supradicto sub tali conditione, videlicet, quod ipsum calicem abbas majoralis et priores prædicti monasterii nec vendere nec impignorare possint seu valeant ullo



de su parte á los frailes de dicho monasterio, todos los priores y religiosos, reunidos en capítulo sobre la entrega del sagrado Cáliz, deliberaron unánimemente concederlo al señor rey.

»Hecha su relación el prior, en nombre suyo y de su convento, presentó al señor rey y entregó en sus manos el Cáliz lapídeo; y el señor rey, recibido en sus manos el Cáliz, queriendo hacer alguna gracia por ello al monasterio, dió y puso en manos del prior, para el servicio del dicho monasterio, un cáliz de oro de su capilla, de cinco marcos zaragozanos y una onza de peso, en el que se hallan las señales siguientes, á saber: en el pie, tres esmaltes, dos timbres y un Cristo crucificado, y en el pomo, que está en

---

modo, quinimo calix ipse serviat dicto monasterio et ad sui servitium sit solummodo deputatus. Et de prædicto calice non vendendo et impignorando dicti abbas majoralis et priores qui nunc sunt et pro tempore fuerint, teneantur juramentum præstare. Qui quidem prior recepto dicto calice aureo cum sua patena prædicta a Domino Rege prædicto, cum gratiarum actione, promissit dictum pactum de non vendendo nec impignorando, calicem supradictum servare quantum in eo fuerit et in traditione per ipsum fienda de eodem calice conventui supradicto servari facere dictum pactum per dictum conventum, prout superius continetur. De quibus omnibus et singulis supradictis Dominus Rex jam dictus, mandavit per me Berengarium Sarta, secretarium suum, præsens fieri instrumentum in testimonium præmissorum, præsentibus testibus nobilibus Berengario de Crudiliis, Rogerio de

medio, seis esmaltes, dos con las armas de Aragón, dos con las insignias de los reyes y dos imágenes de San Jorge con una cruz, y en la patena tenía esmaltado al Padre Eterno.

»De este cáliz de oro hizo donación el señor rey al monasterio indicado, con la condición de que el abad mayor y priores del mismo no puedan vender ni empeñar dicho cáliz por ningún tiempo, para que sirva á dicho monasterio y sea destinando á su servicio solamente. Y de no vender ni empeñar dicho cáliz el abad mayor y priores que ahora son y por tiempo serán, tienen que prestar juramento. El dicho

---

Montecateno et Olfo de Proxida, militibus consiliariis et camarlengis dicti Domini Regis.

Sig ✠ num mei Berengarii Sarta, secretarii dicti Domini Regis et auctoritate regia notarii publici per totam terram et dominationem ipsius Domini Regis qui prædictis ut continentur superius interfui, et hæc scribi, feci et clausi.

Exemplum hujusmodi instrumenti, in his duobus papyri foliis expressum, ego Raphael Domenec, S. C. R. majestatis archivarius, et scriba mandati, per totam terram et ditionem suam notarius publicus Barcinonæ populatus, sumpsi ab ejus originali inserto in charta pergamena de numero primo intitulata, recondita in armario primo instrumentorum facientium pro negotiis generalibus Cathaloniæ, regii archivi et legitime comprobavi et ut fides plenior impendatur, die tertio Maii anno a nativitate Domini millesimo sexcentisimo vicesimo septimo, meum hic appono sig ✠ mum.

prior, recibido del señor rey el cáliz de oro con la patena, prometió, con rendidas gracias, el indicado pacto de no venderlo ni empeñarlo, y guardar el referido cáliz, en cuanto de su parte estuviera, y en la entrega que de él había de hacer al convento, obligar la observancia de dicho pacto, como arriba se dice.

»De todas y cada una de dichas cosas, el señor rey mandó á mí, Berenguer Sarta, secretario suyo, que me hallé presente, hacer un do-

---

Ego Michael Pérez catholicæ et regiæ Majestatis mandati scriba Regens protonotariam in presenti locumtenentia generali Cathaloniæ Barcinonæ populatus attestor quod supradictus Raphael Domenec qui hujusmodi exemplum subsignavit et clausit est domini nostri Regis archivarius et scriba mandatis Barcinonæ populatus fidelis et lega lis ejusque instrumentis et scripturis publicis et autenticis huic similibus in judicio et ex fide indubia ab omnibus adhibetur et adhiberi solet. In quorum testimonium præsentem manu propia subscripsi et regio sigillo parvo in posse meo existenti munivi. Barcinonæ die quarta mensis Maii anno a nativitate domini millesimo sexcentesimo vigesimo septimo. Michael Pérez (Rubricado y sellado)».

Tomamos el anterior documento de un testimonio en forma legal y copia simple del Archivo General de la Corona de Aragón, en Barcelona, que se custodia en el *Archivo de la Catedral* de Valencia, signatura 47: 7. Con la misma signatura se guarda otro testimonio librado por Miguel Juan Amat, archivero de dicho establecimiento público de Barcelona, con fecha 11 de Mayo de 1615.

cumento en testimonio de lo que antecede, en presencia de los nobles testigos Berenguer de Cruilles, Roger de Moncada y Olfo de Próxida, caballeros consejeros y camarlengos del dicho señor rey.

»Señal de mí Berenguer Sarta, secretario de dicho rey, y por sú autoridad real notario público por todas sus tierras y señoríos, que con los dichos intervine, como se contiene anteriormente, y lo hice escribir y cerré, etc.»

Hasta aquí el documento original conservado en el archivo de Barcelona.

Consta, pues, por el anterior documento, que reune todos los requisitos de autenticidad, que el santo Cáliz que se guardaba en S. Juan de la Peña, fué entregado por su abad al rey D. Martín, para tenerle y venerarle en su palacio real de la Aljafería (1).

Nótese que en el documento original transcrito, se habla, como testimonio coetaneo é irrefragable, de la carta que, juntamente con el

---

(1) Era este palacio suntuosísimo, el cual fué construído por el rey moro de Zaragoza Aben Alfaje, en el siglo IX, habitándolo todos sus sucesores. Cuando conquistó la ciudad Alfonso I, pasó el palacio á ser vivienda de los reyes de Aragón, que habitaron en él largas temporadas, haciendo importantes obras de embellecimiento. Hoy sólo quedan sus gloriosos recuerdos y algunos restos de perdida grandeza, sin murallas, ni almenas, ni



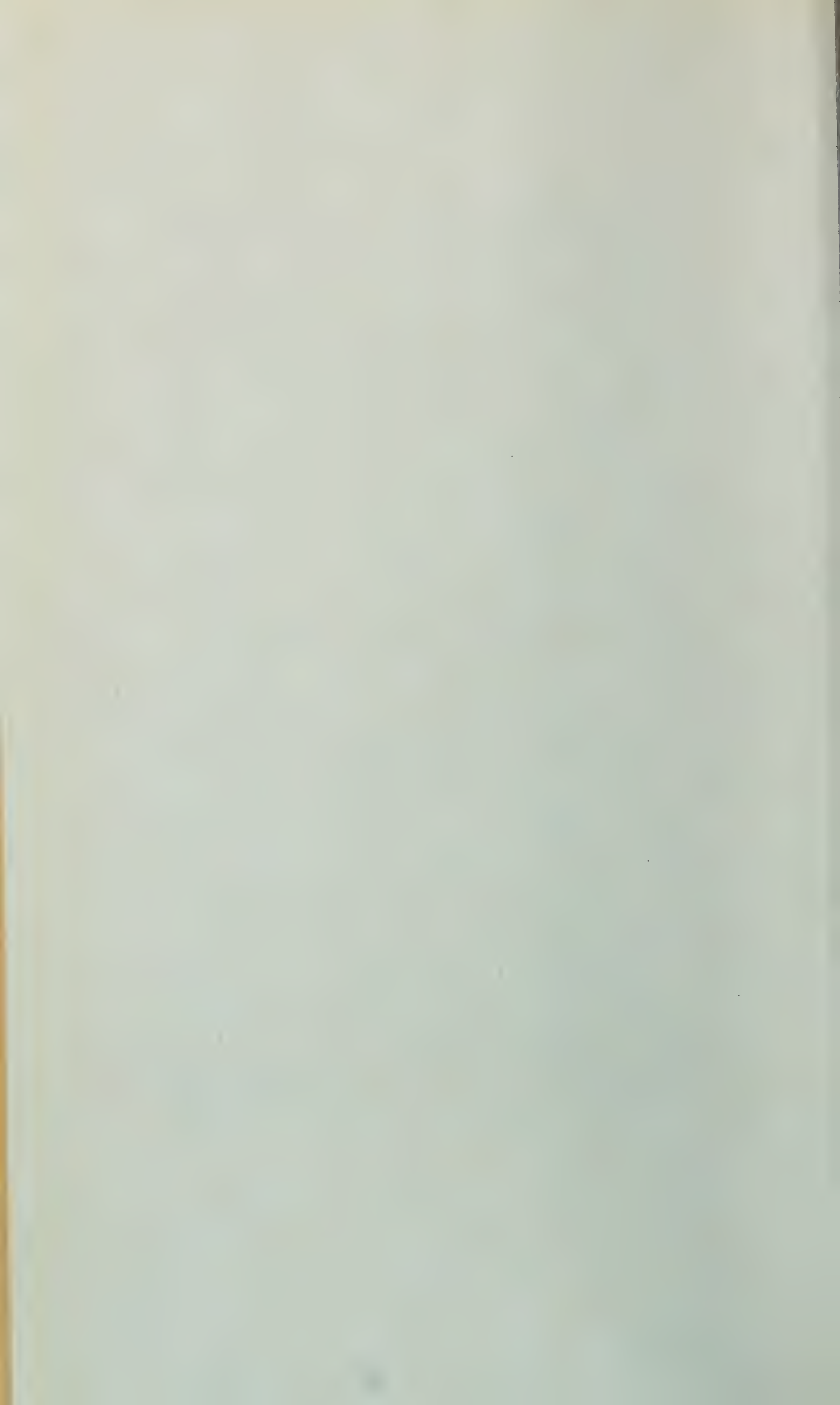
Palacio Real de la Aljafería, en Zaragoza, actualmente destinado á cuartel, donde se veneró el santo Cáliz



LÁMINA 9.ª



Puerta de la mezquita en el palacio real de la Aljafería



Cáliz de Cristo, entregó S. Lorenzo al enviarlo á España. Dicha carta original conservóse, sin duda, muchos siglos en Huesca, como principalísima reliquia, de donde la llevaron á S. Juan de la Peña en la pérdida de España, y si dicho monumento histórico ha desaparecido, no puede ponerse en duda su existencia entonces, por confirmarlo así el auto auténtico del rey D. Martín, que copiado queda. Es digno de observarse también que en dicho auto se dice que la carta y el Cáliz los envió S. Lorenzo al monasterio, sin indicar nada de Huesca. A esto contesta el tantas veces citado Agustín Sales: «Como la reliquia de la carta y el Cáliz estaban poco antes de recibirse este auto en S. Juan de la Peña, pensó el notario que lo otorgó, que allí lo había enviado el Santo, pero en esto recibió equivocación, pues es cierto lo envió todo á su

---

jardines, convertido en antiestético caserón, cuya fachada principal se rompe en aborrecibles huecos de sabor moderno. En la iglesia del castillo, situada á la derecha de la puerta de entrada, se veneró el sagrado Cáliz en tiempos del rey D. Martín. En el Museo provincial de Zaragoza se conservan una porción de trozos de columna, capiteles, frisos, celosías, etc., de lo que fué suntuosa mansión real. Puede verse *El castillo de la Aljafería,* por J. Galial, guía ilustrada del mismo, impresa en 1906.

patria Huesca, como consta en escritura testificada el año 1134».

Esta carta, añade el citado escritor, de cuya existencia nadie duda, por ser testimonio de tanta antigüedad y coetánea á S. Lorenzo, sin repugnar á ningún otro escrito ni tradición igualmente antigua, es de tanto peso y autoridad, que aun en todo rigor de crítica hace argumento concluyente. De ella se deducen dos cosas: la primera, que lo que hay en el auto de que San Lorenzo envió á Huesca desde Roma el Cáliz, el cual obtuvo del Sumo Pontífice S. Sixto, se sacó de esta carta, que aún existía; la segunda, que viniendo á España esta sagrada reliquia por los años 261, enviada por S. Lorenzo, con carta suya auténtica en que aseguraba ser éste el mismo Cáliz en que Cristo consagró, es señal evidentísima que hasta el tiempo de su martirio se conservaba y veneraba en Roma esta sagrada reliquia, desde el tiempo de los apóstoles, con la fe y tradición inviolable de ser el mismo que sirvió para la institución de la Eucaristía. De lo contrario, no es creíble que la escribiese el Santo, y al manifestar esta circunstancia, muestra que escribió el documento en vista de otros auténticos de Roma, ó tradición en aquella ciudad conservada desde S. Pedro, anterior poco más de dos siglos á su martirio: y el contenido de esta carta se difundió por todas partes, especialmente por el reino de Aragón, hasta ha-

cerse constar en el auto de la entrega de la alhaja al rey D. Martín.

Respecto al traslado del santo Cáliz á Valencia, consignaremos todas las noticias documentadas que poseemos. Apenas llegado á Valencia el rey D. Alfonso V, que en su viaje desde Nápoles había saqueado á Marsella y apoderado de las cadenas que cerraban su puerto y del cuerpo de S. Luis, obispo de Tolosa, que se tenía allí en gran veneración, resolvió entregar ambas gloriosas preseas de su valerosa hazaña á la Catedral de Valencia. Sin embargo, en lo que respecta al cuerpo del Santo no lo hizo hasta algunos años después; pero teniendo que abandonar esta ciudad por motivos políticos que le reclamaban á otra parte, determinó depositar en la sacristía de la Catedral el sagrado despojo, juntamente con otras muchas alhajas y reliquias. En efecto, el 11 de abril de 1424, según consta en escritura pública, con asistencia de los canónigos y jurados deputados para ello, se hizo la entrega de una caja, que quedó depositada en la sacristía de dicha Catedral, en la cual había muchas reliquias y joyas, que se indican someramente en el justiprecio de las piedras preciosas que contenían, según consta en el mismo documento. El erudito Sales creyó que el santo Cáliz se encontraba entre dichas reliquias y alhajas, pero no leyó el ligero inventario de ellas, que hemos visto nosotros, en

el cual no se dice nada de la reliquia de la Cena del Señor (1).

Es probable que el santo Cáliz y otras muchas reliquias que se veneraban en la capilla real de la Aljafería, estuvieran todavía allí cuando se extendió el documento que mencionamos, en el que se habla también del cuerpo de S. Luis, ó se hallaban en camino de Valencia, pues dado el amor que el rey Alfonso V profesaba á esta ciudad, las mandaría traer para colocarlas en la real capilla de su palacio, en el que había hecho importantísimas obras, convirtiéndolo en una vivienda encantadora, con jardines, estanques, bosques y un departamento zoológico interesantísimo, acaso de los primeros de Europa (2).

---

(1) Notal de Jaime Pastor, 11 de abril de 1424, folio 149, volumen 3.546, y notal de Juan López, 4 de septiembre de 1426, volumen 3.532, ambos en el *Archivo de la Catedral* de Valencia.

(2) El antiguo palacio del Real fué en un principio vivienda árabe que D. Jaime el Conquistador ensanchó y habitó, lo mismo que sus sucesores, convirtiéndolo en un lugar de delicias el rey D. Alfonso V. Los más hábiles arquitectos valencianos habían dejado en él huellas de su ingenio. Muchísimas exquisitas obras de arte, una fastuosa decoración y el recuerdo de todas las glorias y sucesos trascendentales de la historia de Valencia, se encerraban entre sus paredes. Fué derribado en 1810 con el fútil pretexto de que las tropas francesas podrían allí fortificarse si ponían sitio á la ciudad. Véase la *Guía Urbana de Valencia,* de Cruilles, tomo II, pág. 221.

Lo cierto es que en 1437 se hallaba el santo Cáliz en la capilla del Real de Valencia, de donde se trasladó, con todas las demás insignes reliquias, á la sacristía de la Catedral, como vemos por el siguiente documento fechado en 18 de marzo de dicho año, que, traducido del valenciano, dice así:

«Sepan todos y cada uno, que como el honorable mosén Antonio Sanz, canónigo y pavorde de la catedral de Valencia, capellán mayor de la capilla del muy alto señor rey, tuviera en su poder y custodia ciertas reliquias y joyas de la capilla del dicho señor, y, por muerte de aquél, las referidas reliquias y joyas están en peligro de perderse y desaparecer; y por esta razón el muy alto señor D. Juan, rey de Navarra, gobernador y lugarteniente general del susodicho muy alto señor rey, el cual estaba entonces personalmente constituído en la ciudad de Valencia, ha proveído y mandado que las indicadas reliquias y joyas sean inventariadas en inventario público, y puestas en la sacristía de la Catedral de dicha ciudad y conservadas en ella, juntamente con las otras reliquias, joyas y bienes de la misma Catedral, para su conservación y guarda. Por tal, el lunes, á 18 de marzo del año de la natividad de nuestro Señor 1437, los honorables D. Francisco Baró, tesorero del señor rey de Navarra, y D. Bernardo Estellers, regente en el oficio de Maestro Racional de la Corte del

mismo señor rey en el Reino de Valencia, por interés y parte del dicho señor, y mosén Francisco Daríes, mosén Juan Llanzol, maestro Antonio Bou y micer Gauderico Soler, canónigos de dicha Catedral, por el honorable cabildo de aquélla para ello especialmente deputados y por interés también de la misma Catedral, en cuya sacristía las indicadas reliquias y joyas, según arriba se dice, se deben poner y conservar, llamados y convocados para esto D. Pedro de Anglesola por parte del dicho señor rey, y Jaime de Monfort, notarios públicos, por parte del honorable Cabildo, para esto deputados y en poder de aquéllos, hicieron documento público de las reliquias y joyas, en la forma siguiente: Primeramente, una caja de pino, cubierta de tela encarnada, ribeteada de cinta blanca con escudos de Aragón y de Sicilia, dentro de la cual fueron encontradas las joyas y cosas siguientes... Idem, el Cáliz en que Jesucristo consagró la Sangre el Jueves de la Cena, hecho con dos asas de oro, cuyo pie, del mismo color que el Cáliz, está guarnecido alrededor de oro con dos rubíes y dos esmeraldas en el pie, y con veintiocho perlas comparadas al grueso de un guisante alrededor del pie de dicho Cáliz, dice el perito D. Francisco Ferrer que dichos rubíes son granates (1)...»

---

(1) «Eadem die lune (18 marzo 1437).—Pateat universis et singulis. Que com lo honorable mossen Nanthoni

Sigue todo el inventario detallado de las demás reliquias, que eran las que se veneraban primeramente en el palacio de la Aljafería de Zaragoza, y luego en la capilla del Real de Valencia.

Merece consignarse una nota que inserta el P. Rodríguez, el cual dice que la leyó en un manuscristo que poseía en su tiempo un benefi-

---

sanç Canonge e pabordre de la seu de Valencia capella maior de la capella del molt alt senyor Rey tingues en son poder e custodia certes reliquies e joyes de la capella del dit senyor e per mort daquell les dites reliquies e joyes fossen en perill de perdre e absegarse. E per aquesta raho lo molt alt senyor don Johan Rey de Navarra Gobernador e lochtinent general del dit molt alt senyor Rey lo qual la donch era en la ciutat de Valencia personalment constituit hagues proveit e manat les dites reliquies e joyes esser inventariades en inventari publich e meses en la sacristia de la seu de la dita ciutat e conservades en aquella ensemps ab les altres reliquies joyes e bens de la dita seu per conservacio e tuicio de aquelles. Per tal diluns a xviii del mes de març del any de la nativitat de nostre senyor mil quatrecens trentaset los honorables en francesch baro tresorer del dit senyor Rey de Navarra e en bernat estellers Regent lo offici de mestre Rational de la cort del dit senyor Rey en Regne de Valencia per interes e part del dit senyor e mossen ffrancesch daries mossen Johan lançol maestre Anthoni bou e micer Gauderich de soler canonges de la dita seu per lo honorable capitol de aquella a aço specialment deputats e per interes encara de la dita seu en la sacristia de la qual les dites reliquies e joyes segons damunt es dit deuen esser messes e conservades appellat e convocats a aço en pere dangle-

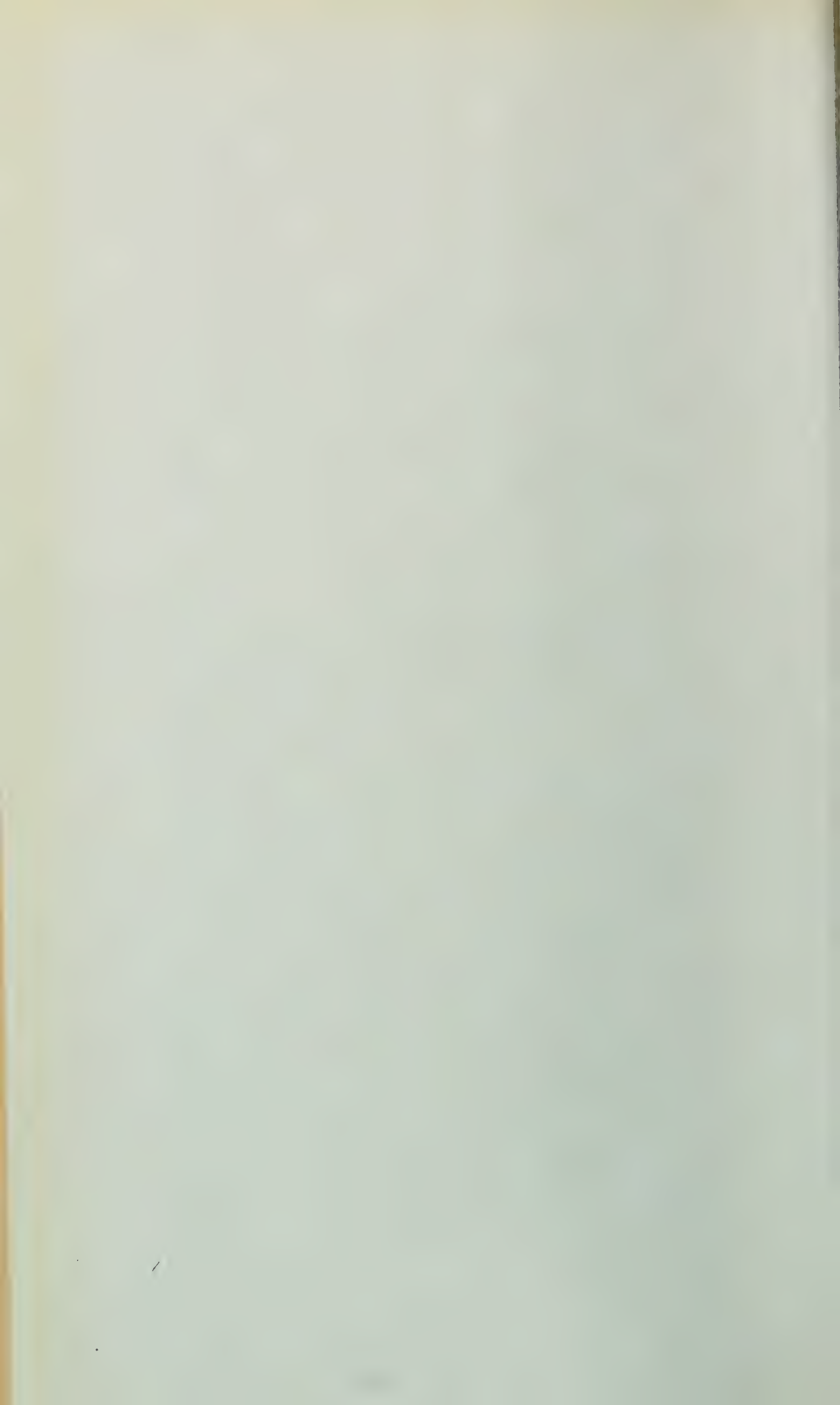
ciado de la catedral de Valencia, la que traducida literalmente del valenciano, es como sigue: «Lunes 2 de agosto de 1428, el rey D. Alfonso V de Aragón volvió á convidar á comer al infante de Portugal y á muchos otros caballeros, y les enseñó en su capilla al infante las santas reliquias que el rey tenía...». En dicha fecha, pues, estaban ya en Valencia las reliquias de la Aljafería, y con ellas sin duda, la sagrada joya, las cuales constan en el documento del que hemos insertado el fragmento anterior. Dicha nota manuscrita no puede referirse á otras reliquias, puesto que las que existían antes en la capilla ya fueron depositadas en la catedral el 11 de abril de 1424, como queda dicho.

---

sola per part del dit senyor Rey e Jacme de monfort notaris publichs per part del dit honorable capitol a açо deputats e en poder daquells feren inventari e capbreu publich de les dites reliquies e joyes en la forma seguent Primo una caxa de pi cuberta de drap vermell ondada de veta blancha ab senyals darago e Cicilia dins la qual foren atrovades les joyes e coses seguents... Item lo calcer hon Jhuxpt. consagra lo sanguis lo dijous de la cena fet ab dues anses dor ab lo peu de la color que lo dit calcer es guarnit al entorn dor ab dos balays e dos maragdes en lo peu e ab vinthuyt perles convinents de gruig de un pesol entorn del peu del dit calcer diu per en ffrancesch Ferrer quals dits balays son granats...» (Notal de Jaime Monfort, volumen 3.532, del *Arch. de la Catedral* de Valencia).

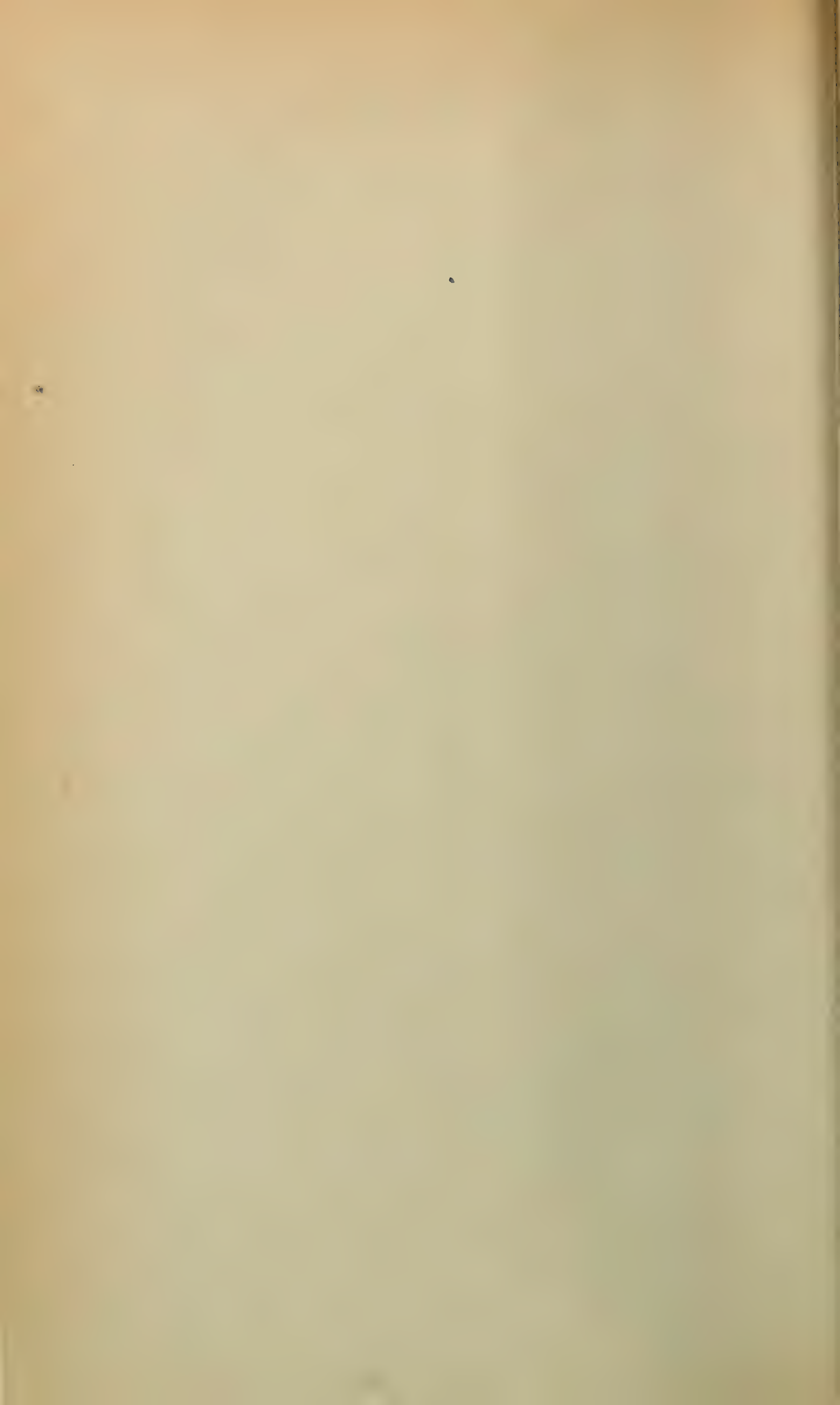


Palacio real de Valencia, en 1762, donde estuvo el santo Cáliz antes de ser depositado en la Catedral



Desde 1437 se guarda, pues, en la catedral de Valencia el santo Cáliz, tenido siempre por el auténtico de la Cena del Señor, sin que desde entonces haya sido trasladado á otra parte fuera de la iglesia, y así consta en los inventarios hechos de las reliquias, los cuales se conservan en los archivos de la Catedral y del Ayuntamiento. Hemos visto los que se hicieron en 5 de septiembre de 1506, en tiempos de D. Fernando II el Católico; el de 29 de diciembre de 1516, el de 29 de septiembre de 1524, el de 19 de septiembre de 1658 y otros posteriores, mencionándose en todos las preciosa alhaja descrita del mismo modo como existente en el relicario de la sacristía de la Catedral. También se da cuenta del santo Cáliz, custodiado en la referida sacristía, en los libros de la Visita pastoral que de la Catedral han hecho la mayor parte de los prelados valentinos.

Creemos que por las notas transcritas queda demostrada evidentemente la identidad del santo Cáliz que se venera en Valencia con el que existía en S. Juan de la Peña, el cual era el mismo, según tradición universal y bastante documentada, que usó nuestro divino Redentor en la noche de la Cena, y que informó la literatura caballeresca medieval al convertirse su primitiva historia en leyenda popular.



VII

La venerable sor Ana Catalina Emmerich.—Sus visiones respecto á la Cena eucarística y al santo Cáliz.—Valor histórico de estas revelaciones.—No contradicen en nada la autenticidad de la sagrada reliquia valenciana.—Notas para una iconografía.

Entre las visiones que en sus éxtasis tuvo la venerable religiosa Sor Ana Catalina Emmerich, cuéntanse algunas que se refieren al santo Cáliz de la Cena del Señor que sirvió para la institución de la Eucaristía. Dicha religiosa, que había nacido el 8 de septiembre de 1774 en Flamske, obispado de Munster (Alemania), murió en olor de santidad el 9 de febrero de 1824. Era muy pobre en bienes é ignorante en letras, pero rica en innumerables dones celestiales con los que el Señor la dotó, y sabia en virtudes cristianas. A la edad de 24 años recibió una gracia que Jesucristo ha concedido sobre la tierra á muchas personas consagradas al culto

especial de su Pasión dolorosa, cual es el padecimiento corporal y visible de los dolores de su santa cabeza con la corona de espinas. Después de muchísimas contrariedades logró entrar de religiosa, en 13 de noviembre de 1802, en el convento de Agustinas de Agnetemberg, en Dulmen. Gozó su cuerpo de la estigmatización, expresión la más sublime de la unión con los padecimientos de Jesús, designada por los teólogos con el nombre de *Vulnus divinum, Plaga amoris viva* (1). Su alma disfrutó de los arrobamientos del éxtasis, en cuyos instantes penetraba los más elevados misterios, y sus manifestaciones, de carácter marcadamente sobrenatural, relataban con gran claridad las extraordinarias visiones que tenía referentes, la mayor parte, á los Santos Lugares, á la vida de la Virgen y á la pasión de Cristo. Hablaba ordinariamente el bajo alemán, y en el estado de éxtasis su lenguaje se purificaba con frecuencia, y sus narraciones eran una mezcla de sencillez infantil y de elevada inspiración. La causa de beatificación de esta religiosa ha sido postulada y admitida ya en

---

(1) Al suprimirse los conventos en la Wesfalia el año 1811, vivió Sor Ana en Dulmen, en un miserable cuartucho, entregada á la oración. El examen médico que de ella se hizo entonces constató la existencia de los cinco estigmas en los pies, manos y costado, de una cruz sobre el estómago y de dos cruces sobre el pecho.

Roma, abriéndose su proceso en 1899. He aquí lo que dijo en diferentes ocasiones acerca del Cáliz (1):

«El Cáliz que los apóstoles llevaron de casa de Verónica, es un vaso maravilloso y lleno de misterios. Había estado mucho tiempo en el templo entre otros objetos preciosos y de gran antigüedad, cuyo origen y uso se había olvidado. Una cosa igual ha sucedido en la Iglesia cristiana, de donde muchas joyas antiguas consagradas han pasado al olvido con los años. Muchas veces se

---

(1) Dichas revelaciones se contienen en la obra titulada: *Das arme Leben und bittere Leiden | unseres | Herrn Jesu Christi | und seiner | heiligsten Mutter Maria | nebst | den Geheimnissen des alten Bundes | nach den Gesichten | der gottseligen Anna Katharina Emmerich | Aus den Tagebüchern des Clemens Brentano | heransgegeben | von | P. C. E. Schmoeger, aus der Congregation des allerheil Erlösers | Mit Erlaubniss der Ordensobern und Adprobation des Lochoürdigsten Herrn Bischofes von Regensburg. | Zum Besten milder Stiftungen. | Vierte verbesserte, mit never Enileitung verschene Auflage. | Regensburg, New York, Cincinnati. | Druck und Verlag von Friedrich Pustet | 1896.*

El título del libro en castellano es así: «Vida pobre y pasión amarga de nuestro | Señor Jesucristo | y de María su santísima Madre | con | los misterios del antiguo Testamento | según las visiones | de la piadosa Ana Catalina Emmerich | De los diarios de Clemente Brentano, publicados por el P. C. E. Schmoeger, de la Congregación del Santísimo Redentor. | Con permiso de los

han desenterrado, vendido ó compuesto vasos viejos y otras joyas enterradas en el polvo del templo. Así es que con la permisión de Dios, este vaso sacratísimo, que nunca se había podido fundir á causa de su materia desconocida, fué hallado por los sacerdotes modernos en el tesoro del templo, entre otros objetos que no se

---

superiores y aprobación del Ilustrísimo Sr. Obispo de Ratisbona | en beneficio de las fundaciones benéficas | Cuarta edición corregida, con una nueva introducción. | Ratisbona, New York y Cincinato. | Imprenta de la casa editorial de Federico Pustet. | 1896.

Un tomo en 4.° de 1.148 páginas. Folios V al XI: aprobaciones de los obispos de Ratisbona, Limburg y Covinglon, prefacio de la 4.ª edición, firmado por el P. Gebhard Viggermann, de la Congregación del Santísimo Redentor. Desde la pág. XI á la CI: «Introducción: Las revelaciones particulares de la piadosa Ana Catalina Emmerich, examinadas según los principios de la sagrada Teología»; índice de la introducción en dos partes. Sigue pág. 1: «Vida pobre y pasión amarga...» hasta la página 1.128; después, índices de personas, geográfico, arqueológico, teológico, de grabados, etc., un mapa de Palestina, etc. Dicha obra, ó mejor dicho, parte de ella, se tradujo al francés, y, de este dioma, al español, con el título: *La dolorosa pasión de nuestro Señor Jesucristo según las meditaciones de Sor Ana Catalina Emmerich, religiosa agustina del convento de Agnetemberg de Dulmen*. Como no se ha recibido oportunamente la edición alemana, hemos copiado lo que transcribimos, referente al santo Cáliz, de la edición española.

usaban, y luego vendido á un aficionado á antigüedades. El Cáliz comprado por Serafia había servido ya muchas veces á Jesús para la celebración de las fiestas, y desde ese día fué propiedad constante de la santa comunidad cristiana. Este vaso no siempre se conservará en su estado actual: quizá con ocasión de la Cena del Señor, habían juntado las diferentes piezas de que se componía. El gran Cáliz estaba puesto en un azafate, y alrededor había seis copas. Dentro del Cáliz había otro vaso pequeño, y encima una tapadera redonda. En el pie del Cáliz estaba embutida una cuchara, que se sacaba con facilidad. Todas estas piezas estaban envueltas en paños y puestas en una bolsa de cuero, si no me equivoco. El gran Cáliz se compone de la copa y del pie, que debe haber sido añadido después, pues estas dos piezas son de distinta materia. La copa presenta una masa morena y bruñida en forma de pera; está revestida de oro, y tiene dos asas para poderla coger. El pie es de oro puro, divinamente trabajado, con una culebra y un racimo de uvas por adorno, y enriquecido con piedras preciosas.

»El gran Cáliz se guarda en la iglesia de Jerusalén cerca de Santiago el Menor, y lo veo todavía conservado en esta ciudad: ¡tornará de nuevo á darse á luz como ha aparecido esta vez! Otras iglesias se han repartido las copas que lo rodeaban; una de ellas está en Antioquía, otra

en Efeso; pertenecían á los Patriarcas, que apuraban en ellas cierta bebida misteriosa cuando recibían y daban la bendición, como lo he visto muchas veces.

»El gran Cáliz estaba en casa de Abraham; Melquisedech lo trajo consigo del país de Semíramis á la tierra de Canaán, cuando comenzó á fundar establecimientos en el mismo sitio donde se edificó después Jerusalén; él lo usó en el sacrificio, al ofrecer el pan y el vino en presencia de Abraham, y se lo dejó á este patriarca. Este vaso había estado también en el Arca de Noé.

»Ved aquí hombres hermosos que vienen de una ciudad opulenta: está edificada á la antigua; se adora en ella lo que se quiere; adórase hasta los peces. El viejo Noé, con un palo al hombro, está junto al Arca; la madera de construcción está puesta á su lado. No, no son hombres; debe ser algo más elevado, según su belleza y su serenidad; traen á Noé el Cáliz, que sin duda se ha perdido; no sé cómo se llama este sitio. Hay en el Cáliz una especie de grano de trigo, pero más grueso que los nuestros, es como un grano de mirasol, y hay también un sarmiento pequeño. Dicen á Noé que hay en él un misterio, y que debe llevarlo consigo. Mirad; pone el grano de trigo y el sarmiento en una manzana amarilla que coloca en la copa. El Cáliz está labrado con traza maravillosa. Hay un misterio, que yo no sé: es el Cáliz que he

visto figurar en la gran parábola (1), en el sitio donde estaba el espino ardiendo».

La monja refirió todo lo que se acaba de decir del Cáliz, en un estado de intuición tranquila, y viendo ante sus ojos lo que describía. Durante su relato acerca de Noé, estaba toda absorta en su visión. Al fin dió un grito, miró en torno suyo, y dijo: «¡Ah! tengo miedo de tener que entrar en el Arca; veo á Noé, y creí que llegaban las aguas rebosantes». Después, habiendo vuelto á su estado natural, dijo: «Los que trajeron el Cáliz á Noé llevaban un vestido largo, blanco, y se parecían á los tres hombres que venidos á casa de Abraham le prometieron que Sara pariría. Me pareció que sacaron de la ciudad una cosa santa que no debió perecer con ella, y que la daban á Noé. El Cáliz estuvo en Babilonia en casa de los descendientes de Noé, que se habían mantenido fieles al verdadero Dios. Estaban sometidos á esclavitud por Semíramis. Melquisedech los condujo á la tierra de Canaán, y llevó el Cáliz. Ví que tenía una tienda cerca de Babilonia, y que antes de conducirlo bendijo

(1) Esto se refiere á una gran parábola simbólica de la reparación del género humano desde el principio, que desgraciadamente no contó por completo, y que después se le olvidó. En esta ocasión no habló del espino ardiendo; aunque el espino ardiendo de Moisés tenía en otras visiones la forma de un cáliz.

en ella el pan y se lo distribuyó, sin lo cual no hubieran tenido fuerza para seguirle. Esa gente tenía un nombre como *samaneos*. Él se sirvió de ellos y de algunos cananeos habitantes en grutas, cuando comenzó á edificar sobre los montes donde estuvo después Jerusalén. Abrió cimientos profundos en el sitio donde se obraron luego el cenáculo y el templo, y también hacia el Calvario. Sembró trigo y plantó viña. Después del sacrificio de Melquisedech, el Cáliz se quedó en casa de Abraham. Fué también á Egipto, y Moisés lo tuvo en su poder. Estaba hecho de un modo singular, muy compacto, y no parecía trabajado como los metales; semejaba el producto de un vegetal. Sólo Jesús sabía lo que era».

Hablando de la institución de la Eucaristía, en lo referente al santo Cáliz, dice:

«Por orden del Señor, el mayordomo puso de nuevo la mesa, que no había acabado de alzar; púsola en medio de la sala, y colocó sobre ella un jarro lleno de agua y otro lleno de vino; Pedro y Juan fueron á la parte de la sala en donde estaba el hornillo del cordero pascual, para recoger el Cáliz que habían traído de la casa de Serafia, y que estaba en su bolsa. Lo trajeron entre los dos como un Tabernáculo, y lo pusieron sobre la mesa delante de Jesús. Había sobre ella una fuente ovalada con tres panes ázimos, blancos y delgados; los panes fueron

puestos en un paño con el medio pan que Jesús había guardado de la Cena pascual; había también un vaso de agua y de vino, y tres cajas: la una de aceite espeso, la otra de aceite líquido y la tercera vacía...

»Jesús se colocó entre Pedro y Juan; las puertas estaban cerradas; todo se hacía con misterio y solemnidad. Cuando el Cáliz fué sacado de la bolsa, Jesús oró y habló muy solemnemente. Yo ví á Jesús explicando la Cena y toda la ceremonia; me pareció un sacerdote enseñando á los otros á decir misa.

»Sacó del azafate, en el cual estaban los vasos, una tablita; cogió un paño blanco que cubría el Cáliz, y lo tendió sobre el azafate y la tablita. Después le ví quitar de encima del Cáliz una tapa redonda, y la puso sobre la misma tablita. Luego sacó los panes ázimos del paño que los cubría, y los puso sobre esta tapa; sacó también de dentro del Cáliz un vaso más pequeño, y puso á derecha y á izquierda las seis copas de que estaba rodeado. Entonces bendijo el pan y los óleos, según creo; elevó con sus dos manos la patena con los panes, levantó los ojos, rezó, ofreció, puso de nuevo la patena sobre la mesa y la cubrió. Cogió después el Cáliz, hizo que Pedro echara vino en él y que Juan echara el agua que había bendecido antes; añadió un poco de agua, que echó con una cucharita; entonces bendijo el Cáliz, lo ele-

vó orando, hizo el ofertorio, y lo puso sobre la mesa...

»Jesús elevó el Cáliz por sus dos asas hasta la altura de su cara, y pronunció las palabras de la consagración; mientras las decía estaba transfigurado y transparente; parecía que pasaba todo entero en lo que les iba á dar. Dió á beber á Pedro y á Juan en el Cáliz que tenía en la mano, y lo puso sobre la mesa. Juan echó la sangre divina del Cáliz en las copas, y Pedro las presentó á los apóstoles, que bebieron dos á dos en la misma copa. Creo, sin estar bien segura de ello, que Judas tuvo también su parte en el cáliz...

»Cuando nuestro Señor Jesucristo cogió el Cáliz en la institución de la sagrada Escritura, tuve otra visión sobre el antiguo Testamento. Ví á Abraham arrodillado delante de un altar; á lo lejos estaban unos guerreros con animales de carga y camellos; un hombre majestuoso se acercó á Abraham, y puso sobre el ara el Cáliz de que se sirvió Jesús después. Ví que este hombre tenía como dos alas en las espaldas; no las tenía realmente, pero era una señal para indicarme que tenía un ángel delante de mí. Es la primera vez que he visto alas á un ángel. Este personaje era Melquisedech. Detrás del altar de Abraham subían tres nubes de humo; la de en medio se elevaba bastante alta, las otras estaban más bajas.

»Yo ví dos filas de caras que acababan en

Jesús. Entre ellas estaban David y Salomón. (¿Serían acaso los poseedores del Cáliz, los sacrificadores, ó los antecesores de Jesús? La monja se ha olvidado de decirlo). Yo vi nombres encima de Melquisedech, de Abraham y de algunos reyes. Después volví á Jesús y al Cáliz».

El 3 de abril de 1821 dijo Ana en un éxtasis: «El sacrificio de Melquisedech se hizo en el valle de Josafat, sobre una altura. Melquisedech tenía ya el Cáliz. Abraham debía saber que venía á sacrificar, pues había elevado un hermoso altar cubierto con un toldo de hojas. Habían construído también una especie de Tabernáculo, donde Melquisedech puso el Cáliz. Los vasos donde bebían parecían ser de piedras preciosas...»

Hasta aquí las relaciones de la venerable monja respecto al santo Cáliz. No pretendemos que dichas relaciones tengan carácter histórico, pues las visiones de los extáticos se hallan tan expuestas al error en la manera de comprender, como en la de comunicar las revelaciones obtenidas. La Iglesia, cuando en los procesos de canonización da su aprobación á visiones, declara simplemente con esto que estas visiones no contienen nada contrario á la doctrina y creencias católicas, pero de ningún modo afirma que es preciso considerarlas como verdades reveladas en el sentido riguroso.

Es digno de notarse que la santa religiosa

agustina, sin haber visto jamás, ni aun tener noticia del santo Cáliz de la Cena que se veneraba en Valencia, lo describe casi tal como es, con una copa formada por *una masa morena y bruñida*, con un *pie de oro puro, divinamente trabajado, con dos asas para poderle coger*. Téngase presente que la extática monja habla del Cáliz tal como lo veía en la noche de la Pascua, y al decir que en el pie había una culebra, un racimo de uvas y varias piedras preciosas, es muy probable que fuera cierto, pues no son pocas las alhajas similares de aquella época que ostentaban semejantes adornos. Ahora bien; siendo así que los adornos del pie que hoy tiene el santo Cáliz son de fecha posterior, como queda dicho, es probable que sustituyesen á otros, los cuales, si eran como los describe la venerable Ana, no cabe duda que serían cambiados por otros, dado el carácter pagano de aquéllos, imposible de ser tolerado por las purísimas costumbres de los antiguos cristianos. También afirma la religiosa que la copa y el pie son de distinta materia, lo que es verdaderamente cierto, como indicado queda.

Otra de las afirmaciones de la santa religiosa es que se guardaba en la iglesia de Jerusalén, lo que parece contradecir su existencia en Valencia. Téngase presente, como antes ya hemos advertido, que se habla de los tiempos en que todavía vivía Jesucristo, ó próximos á él, y en-

tonces el santo Cáliz aún se guardaría en el cenáculo, que fué la primera iglesia de Jerusalén y de la cristiandad.

Hemos transcrito las revelaciones de la venerable Ana Emmerich más bien como documento curioso que como prueba de autenticidad del santo Cáliz que se venera en la Catedral de Valencia. Sin embargo, nos complace el manifestar que entre aquella relación y la alhaja valenciana existe perfecta armonía, sin la más leve contradicción en lo que respecta á los elementos esenciales de su autenticidad.

Un estudio iconográfico referente al santo Cáliz, también creemos sería de mucho interés para su historia. Pero como este trabajo requiere mucho tiempo y fortuna en el hallazgo de materiales, nos limitaremos á consignar las notas que sin grande esfuerzo han llegado á nuestro poder, y que pueden ser la base para una completa iconografía sobre tan curiosa materia.

Interminable sería la lista de los cuadros y pinturas que adornaron ó adornan conventos, iglesias, museos y particulares pinacotecas, en que se representa el santo Cáliz que se guarda en la Catedral valentina. Remontándonos al siglo XV, debemos hacer mención de la *Cena* que pintó Martín Torner para el convento de Santa Clara de Valencia, en la cual estaba *davant la Maiestat de Jhuxit lo sant Greal,*

es decir, la preciosa alhaja que ya se veneraba entonces. Esta nota, sacada de los archivos, como ya se ha dicho, nos prueba que en la época medieval ya se representaba el santo Cáliz en cuadros y pinturas.

En el siglo XVI, puede decirse que el santo Cáliz, formó parte en Valencia de todos los cuadros que representaban al Salvador ó su Cena, costumbre que se siguió en los siglos posteriores y continúa hasta hoy, debido sin duda á la gran devoción que le profesaba el gran Juan de Juanes, que cuando pintaba al divino Jesús parecía que lo hacía con el espíritu y no con los pinceles. Sería empresa difícil mencionar todas las pinturas de este artista valenciano en las que aparece la sagrada reliquia. Indicaremos algunas:

Ultima Cena, 1'27 × 1'91 m., museo del Prado (Madrid), núm. 755, que reproducimos por medio del fotograbado (lámina 4.ª).—Boceto del anterior cuadro, museo de Valencia, núm. 99. —*Ultima Cena,* sacristía de la Catedral de Valencia.—*Ultima Cena,* parroquia de S. Nicolás de Valencia.—*Ultima Cena,* en la iglesia del Cristo de Alcira.—Dos *Salvadores*, en el museo del Prado, núms. 767 y 764.—Dos *Salvadores*, museo de Valencia, núms. 521 y 690. —*Salvador,* en el sagrario de la parroquia de San Pedro de Valencia.—*Salvador*, en la parroquia de S. Nicolás, en la de Sta. Cruz, en la

de Fuente la Higuera, en la de Sueca, en la de Jávea, etc., etc.

El insigne Ribalta también pintó el santo Cáliz en la hermosa *Cena* que cierra el nicho del altar mayor de la iglesia del Patriarca, y en la que guarda el museo de Valencia, de 1'10 × 0'80 m., cuadro señalado con el número 702. En la Catedral hay otra *Cena*, de Evaristo Muñoz, que ostenta el santo Cáliz, y un *Salvador* en el trasagrario. En el pasillo de la sacristía de la referida iglesia del Patriarca, existe un lienzo, de autor desconocido para nosotros, que representa la preciosa joya colocada encima de una mesa rodeada de flores. En la parroquia de santo Tomás también se venera un *Salvador*, obra de Vergara, con el Cáliz de referencia.

Renunciamos á continuar el relato de las pinturas, porque, como hemos dicho, no es trabajo de momento, y nuestro objetivo no es otro que el dejar iniciada una labor tan curiosa y difícil. Indicaremos ahora algunos de los grabados que se han hecho, representando el mismo sagrado objeto.

El grabado más antiguo que conocemos es un escudo del B. Juan de Ribera, hecho sobre madera, 93 × 80 mm. en cuyo centro figura el Cáliz con asas, igual al que se custodia en la Catedral. Dicho escudo hállase en la portada del «*Sermón que en festiva demostración del re-*

gocijo que el Real Colegio de Corpus Christi... hizo... en el año 1698 en desagravio del execrable robo del soberano sacramento de la Eucaristía y en hacimiento de gracias por su hallazgo dixo el M. R. P. M. J. Juan Bautista Escuder... Con licencia; en Valencia, por Jaime Bordazar». No sabemos quién pueda ser el autor de este grabado, pero la circunstancia de hallarse en el folio siguiente un retrato del fundador del Colegio firmado por Crisóstomo Martínez, el *insigne y diestro valenciano*, como le nombraban sus contemporáneos, nos hace sospechar si también sería obra suya el escudo de referencia.

En el siglo XVIII, y aun tal vez en el anterior, era muy común una estampa de 178 por 260 mm., propiedad del Cabildo, cuya plancha de cobre conserva todavía en su Archivo. En esta lámina aparece el Cáliz sobre un fondo adamascado, con esta inscripción, formando una línea, debajo del pie: *Calix Domini nostri Jesu Christi ex lapide precioso Agatha orientali cornerino*. En medio del soporte que contiene la sagrada alhaja, se consigna lo siguiente en seis líneas:

Iconica Effigies sacrosanctum Domini Nostri Jesu Christi Calicem repræsentans, in quo, ipse venerabile Sanguinis sui Eucharistiæ sacramentum in supremæ nocte Cœnæ sanctissime instituit, qui in Hispaniam a for-

tissimo Levita S. Laurentio almæ Romanæ Ecclesiæ Archithesaurario transmissus, hodie in Sancta Metropolitana Ecclesia Valentina diligentissime asservatur, et religiosisime colitur. No hemos podido ver ningún ejemplar de esta estampa, la cual fué grabada por Mariano Gimeno, artista que ya vivía en 1670. En dicha lámina están estampadas, como firma, las iniciales M. G., que correspondían al nombre del referido grabador.

El presbítero Agustín Sales, en la pág. 66 de su *Disertación,* tantas veces citada, inserta un grabado del santo Cáliz en madera, que mide 68 milímetros, y como le acompaña una inscripción latina, creemos que está tomado de una estampa, entonces, en 1736, muy conocida. He aquí dicha inscripción:

Icon Calicis pretiossisimi in quo Dominus Noster Jesus Christus Sacratissimam Eucharistiam consecravit; qui Hierosolymis Romam, Oscam dein a S. Laurentio, Panon inde, et Cæsaraugustam transvectus, Valentiam tamdem Aragoniæ ab Alfonso V Rege transmissus, in ejusdem Urbis Metropoli solemni cultu honoratur.

En la preciosa obra de D. Joaquín Lorenzo Villanueva, *Viaje literario á las iglesias de España,* tom. II, pág. 40, se inserta un bonito grabado del santo Cáliz, en cobre, el que dibujó Fr. Carlos Hernández, dominico, á instan-

cias del mismo Villanueva. Mide 80 milímetros de altura.

De otra estampa, la mejor de todas, en honor del santo Cáliz, hemos de dar cuenta, la cual reproducimos en fotograbado (lámina 11.ª) y mide 325 × 225 mm. Fué dibujada por el gran pintor Vicente López y grabada en cobre en 1806 por Francisco Jordán, individuo que fué de la Academia de San Carlos. En dicha estampa, que es propiedad del Cabildo, aparece el Cáliz, cuya copa rodean cuatro serafines, sobre un pedestal, adornado con espigas de trigo y racimos de uva, en cuyo frontis está esculpida la Cena. La inscripción que la acompaña es la siguiente:

Calix Domini Nostri Jesu-Christi ex lapide precioso achate orientali cornerino. Ecce icon aere ad vivum exculpta sacrosanctum illum Calicem repræsentans, quo Dominum Nostrum Jesum-Christum in suprema nocte mirabile sui sanguinis sacramentum instituisse, eumque a fortissimo Levita Sancto Laurentio Roma in Hispaniam missum, traditione majorum accepimus: qui quidem in sancta Metropolitana Ecclesia Valentina, cui Rex Alfonsus V dono dedit, et diligentissime asservatur, et maxima colitur religione.

De la anterior estampa se ha hecho otra reducida, por medio del fotograbado, 83 × 25 mm., la que lleva la siguiente inscripción: «Copia del

LÁMINA 11.ª



Estampa del santo Cáliz dibujada por López y grabada por Jordán



santo Cáliz en que nuestro Señor Jesucristo consagró la noche de la Cena. Se conserva en la Catedral de Valencia por donación de Alfonso V de Aragón en el año 1424 (?).» También se ha reproducido en litografía, 100 × 60 mm., cuya piedra es propiedad del antiguo establecimiento de Calcografía de D. Nicolás Sanchis.

Otra lámina representando el Cáliz, con el pedestal que hoy ostenta, se ha hecho en fotograbado, por la casa Fenollera. Está bastante incorrectamente dibujada, y mide 95 × 65 mm.

De otras muchísimas láminas, reproducidas por el fotograbado en estos últimos años, especialmente en 1893, con motivo del Primer Congreso Eucarístico celebrado en Valencia, podíamos hablar, pero todas han sido copia de las anteriores, ó sacadas de las dos fotografías que de la preciosa reliquia obtuvieron D. Antonio García y D. José Cabedo. Ambas las reproducimos (láminas 1.ª y 2.ª). También sacó el último de estos artistas un cliché para una de las láminas de nuestra obra *La Catedral de Valencia*.

Igualmente se ha reproducido el santo Cáliz en forma corpórea diferentes veces. La más antigua que encontramos se halla en un frontal de plata existente en la Catedral desde el año 1635: está colocado en el centro, á manera de escudo, dorado al fuego, por lo que destaca mucho del fondo plateado. En los bancos de la misma igle-

sia metropolitana se ha colocado un relieve de la preciosa reliquia en el centro del respaldo. En muchas iglesias se ha puesto en diferentes partes: en la parroquia de los Santos Juanes, por ejemplo, figura en la puertecita del sagrario de la capilla de la comunión y en el frontal de su altar.

Con objeto de propagar el culto al santo Cáliz se han hecho varias medallas, todas bastante incorrectas: el troquel de una de ellas, de 25 y 30 mm. cada diámetro, lo posee José Serratosa. Cuando se celebró el Congreso Eucarístico en 1893 se hicieron muchas medallas y objetos conmemorativos troquelados. La que sirvió de premio á los que figuraron en la Exposición Eucarística tiene un diámetro de 62 milímetros. Finalmente, mencionaremos los sellos metálicos y de cautchuc grabados por José Navarro, que se emplearon en las oficinas de dicho Congreso, y la reproducción en pequeño de la sagrada joya, que sirvió de premio á una de las composiciones leídas en el Certamen poético de la referida fiesta eucarística, cuyo trabajo lo ejecutó el artista valenciano Juan Polo Alagon.

Tales son las notas que hemos podido recoger sobre iconografía valenciana referente al santo Cáliz. Mucho celebraríamos que este ligero ensayo sirviera de estímulo á otros para hacer un trabajo más completo.

VIII

La ciencia positiva en la historia.—Práctica de la Iglesia en lo referente á las reliquias.—Consecuencias respecto al santo Cáliz.—Implícita aprobación de su culto por las Congregaciones romanas.--Abandono de los valencianos.—Lo que debiera hacerse.—Una iniciativa muy factible.—¡Honor á la sagrada reliquia!

Hemos terminado el ligero estudio que nos proponíamos hacer acerca del santo Cáliz venerado en Valencia, al que se atribuye la soberana gloria de haber servido á nuestro Salvador para instituir el adorable sacramento de la Eucaristía. La decadencia del sentimiento religioso y las pretensiones de la llamada ciencia positiva han inducido á la crítica histórica de nuestros tiempos á exigir, para la demostración de ciertos hechos, documentos que no es posible presentar en lo que respecta á los orígenes de esta sagrada reliquia. A seguirse este procedi-

miento en la comprobación de todos los sucesos que la historia acepta como indubitables, se habían de desechar en absoluto muchísimos, al menos los que se hallan testificados solamente por una tradición universal ó nunca interrumpida. En nuestras investigaciones históricas no desechamos en manera alguna el nuevo método positivo, antes por el contrario, lo juzgamos de suma transcendencia, pues viene á cerrar para siempre las puertas de la quimera y del adulteramiento de la verdad, al impedir la entrada, en el campo de la historia, á las leyendas é invenciones, más ó menos racionales, que convertían á aquélla en una novela, en perjuicio de su elevado y verdadero concepto. Sin embargo, también damos á la tradición, cuando ésta ha sido constante, la importancia que tiene en la demostración de la veracidad de los hechos y de los objetos.

Tal ha sido igualmente la práctica de la Iglesia católica en lo que respecta á las reliquias, empleando siempre gran rigor al exigir las pruebas de su autenticidad antes de exponerlas á la veneración pública, la que no ha consentido nunca si racionalmente se ha dudado de ella. No obstante, cuando tienen en su favor un culto tradicional y secular, juzga que ello es título suficiente de autenticidad. Siguiendo esta práctica litúrgica, enseñan los doctores eclesiásticos que el culto público dado por los siglos á una reliquia antigua, hace presumir la prueba de su

verdad, la que vale tanto como el mejor documento histórico. Muy digno de tenerse en cuenta es lo que dice Mabillón respecto á ciertas tradiciones tenidas con gran respeto por los pueblos, las cuales deben admitirse y aprobarse por estar confirmadas por un consentimiento inmemorial, siempre que no haya autoridad ó testimonio evidente que nos persuada en contrario. «La presunción de autenticidad está en favor de las reliquias que gozan de esta ventaja, pues no se hubieran expuesto á la pública veneración desde un principio, sin haber sido debidamente examinadas, según lo mandaban los antiguos cánones. Es suficiente el juicio de la posesión, á menos que no existan razones precisas para dudar, y no motivos vagos y generales (1)».

Ahora bien, por lo que respecta al santo Cáliz, su culto y autenticidad son de tradición tan antigua que, puede decirse, ha sido continuada desde los apóstoles hasta Sixto II y martirio de San Lorenzo, siguiendo desde entonces hasta hoy más segura, inconcusa, bien fundada y solemnemente autorizada. No hay motivo, pues, para dudar de la verdad de la sagrada reliquia, mientras no se pruebe con claros argumentos la falsedad. Su tradición se conservó en Roma,

---

(1) *Revue de l'art chretienne,* año 1893, pág. 456.

con positiva aprobación de los Papas, por espacio de dos siglos; en Huesca, con la de los obispos, durante años; en S. Juan de la Peña, con la de sus abades y priores, hasta fines del siglo XIV, y en Zaragoza y Valencia, con la de los Reyes y prelados, desde D. Alfonso de Borja, que después fué pontífice con el nombre de Calixto III, hasta el día de hoy, festejando todos la preciosa alhaja, y consintiendo, después de examinados los documentos que acreditaban su autenticidad, que se le diese culto y se considerase como el propio Cáliz en que consagró el Señor en la noche de la Cena.

Lo que queda dicho en los capítulos precedentes respecto á la historia del santo Cáliz, nos mueve al convencimiento de su verdad, con una certeza, sino subjetiva, al menos objetiva y moral. Es cierto que, como historiadores, podría titubear nuestra fe en la sagrada reliquia; pero como creyentes y valencianos, tenemos tal persuasión acerca de su verdad, que no titubeamos en proclamarla por todas partes. Lo mismo decimos del culto que en todo tiempo se le ha tributado, el cual creemos justificadísimo. Muchas reliquias existen en el mundo que, á pesar de carecer de instrumentos que atestigüen su autenticidad, están expuestas á la pública veneración de los fieles con expreso consentimiento de la Iglesia y gran aprovechamiento espiritual de los pueblos. Menos documentos que el santo

Cáliz de Valencia tiene la sangre de Cristo que se expone en Roma en la Iglesia de San Nicolás *in carcere;* el sagrado Pesebre que se guarda en Santa María la Mayor; la mesa de la Cena que se venera en San Juan de Letrán; la férrea cadena del Príncipe de los apóstoles en San Pedro *in Vínculis,* y las muchas reliquias que se conservan en las Basílicas de la Ciudad Eterna, y, sin embargo, tienen acatamiento mundial, adoración de todos los fieles é importancia creciente cada día. Nada diremos tampoco de los clavos de la Pasión, de la Corona de espinas, de la sagrada Lanza, de la Sábana Santa, etc., de cuyas reliquias se celebra oficio y misa.

Con sentimiento consignamos que el santo Cáliz no es venerado en Valencia como se debe. No nos atreveremos á decir que ello constituya una falta grave en lo que se refiere á la fe religiosa, pero sí lo es en lo que respecta al amor á nuestras venerandas tradiciones. Su culto debiera constituir un acto indispensable al sustento de nuestro espíritu, por ser una fuerza evocadora de grandezas y recuerdos de otros tiempos. La invariabilidad de los principios y conducta de la Iglesia de no privar á las antiguas reliquias del culto acostumbrado, mientras no se pruebe su falsedad con argumentos ciertos y evidentes, parece que sea una condenación de la indiferencia con que miramos á la sa-

grada reliquia. Así se deduce de los decretos de las sagradas Congregaciones de Indulgencias y de Ritos que ordenan siga dándose culto á las reliquias antiguas (1).

---

(1) El obispo de Acireale propuso á la S. C. de Indulgencias, la siguiente cuestión: *Sunt plures reliquiœ in pretiosis argenteis thecis inclusœ, fere in omnibus ecclesiis Dioecesis, etsi pauperrimis, quarum authenticœ non habentur nec notitia habetur eas olim extitisse, nec tempus cognocitur a quo illœ reliquiœ possidentur... Magna tamen pietate a populis coluntur, ita ut nequeat sine scandalo hic cultus prohiberi. Cum igitur antiquissime sint, ita ut ipsa antiquitas possit constituere argumentum suficiens ad certitudinem moralem gignendam et apud omnes in maxima semper fuerint et sint veneratione, opinatur Episcopus orator huiusmodi cultum permitti posse: ad omnem tamen anxietatem tollendam implorat quoad hoc judicium S. V.* Dicha S. Congregación, en 20 de enero de 1896, contestó: *Reliquias antiquas conservandas esse in ea veneratione in qua hactenus fuerunt, nisi in eam particulari certa adsint argumenta eas falsas vel supposititias esse.*

También se propuso á la S. C. de Ritos la siguiente duda: *An permittenda sit sanctarum reliquiarum publica expositio venerationi fidelium, de quibus nullum authenticum documentum in Cathedrali ostenditur, nec inmemorabilis vel saltem ante Concilium Tridentinum illarum expositio et veneratio probatur in publico?* A lo que contestó la Congregación en 21 de julio de 1696 *in una Augustœ Prœtoriœ, n. 1946 ad 4 rep.: Episcopus utatur jure suo juxta cap. II Trid.*



Capilla y sitio (+) donde podría colocarse el santo Cáliz para que se le diese culto



Creemos que en Valencia no se venera cual se debe la preciosa joya que, en nuestro sentir, es el dón más singular que posee en el orden religioso, único en el mundo (1). Para guardar el santo Cáliz, no sería mucho, á ser posible, construir una espléndida basílica. Por nuestra parte hemos de decir que, cuando postrados ante él lo admiramos con religioso arrobamiento, pasa por nuestra mente, como fugaz visión, toda nuestra gloriosa historia. Ante la soberana alhaja oraron nuestros reyes, nuestros santos, nuestros caudillos, nuestros sabios y nuestros antepasados, y su contemplación nos evoca los nombres de Martín el Humano, de Alfonso el Magnánimo, de Juan I, de Fernando el Católico, de Carlos I, de Felipe III, de San Vicente Ferrer, de San Luis Beltrán, del B. Nicolás Factor, de Santo Tomás de Villanueva, del B. Juan de Ribera y de otros muchos reyes, reinas, santos y personajes ilustres.

---

(1) El Dr. Agustín Sales demuestra con poderosas razones que en el santo Cáliz, á más de comulgar el mismo Cristo y los apóstoles, recibió también el sacramento la santísima Virgen, y, contra el sentir de muchos santos Padres, niega que participase del banquete sagragrado el pérfido Judas. Los argumentos alegados son dignos de tenerse en cuenta y realzan el mérito de la preciosa alhaja, si es posible realzarlo más, pero gran honor es también para ella el que posase en su copa los purísimos labios la Madre del Salvador, y que no fuese profanado por el desgraciado Judas.

Hora es ya de que se restaure el culto que en otro tiempo se daba al santo Cáliz. Creemos llegado el momento de que todos los fieles que sientan arder en sus venas el sagrado fuego del amor á su religión y á su patria, deben hacer un esfuerzo para que despierte su entusiasmo en honor de la sagrada reliquia, restituyéndole la veneración que la frialdad de los corazones ha dejado casi olvidada. El esfuerzo no ha de ser grande: bastaría la buena voluntad de unos pocos para que se la festejase con gran esplendor y reviviese el entusiasmo que los valencianos sentían en otros tiempos por tan inestimable tesoro. No pretendemos que resucite aquella admirable procesión que rivalizaba en suntuosidad con la del Corpus. Nuestras aspiraciones son más modestas y factibles, las que expondremos con la sinceridad que nos caracteriza, y que no dudamos se realizarán con la ayuda de aquellas almas piadosas á las que no es indiferente la magnificencia del culto, el respeto á nuestras seculares tradiciones y el honor á nuestro suelo.

Existe un precioso monumento arquitectónico en la Catedral de Valencia, obra del siglo XIV, conocido con el nombre de Sala Capitular antigua, que se destinó en un principio á cátedra de teología y enterramiento de prelados y canónigos, donde se celebraron muchas veces sesiones de Cortes, se custodian hoy magníficos re-

tratos, la marmórea tumba del arzobispo Ayala, varios cuadros interesantes, una admirable escultura de Alfonso Cano, un afiligranado retablo de piedra alabastrina y las cadenas que cerraban el puerto de Marsella cuando la flota del gran Alfonso V se apoderó de aquella población en 1423. Pues bien, á este recinto, adornado con todas las esplendideces del arte y de la historia, donde se ensancha el ánimo aspirando una saturada atmósfera de religiosidad, podría trasladarse el santo Cáliz y recibir allí continuo culto. Para ello sería indispensable la construcción de un tabernáculo, que se colocaría al pie del Cristo de Cano. Dentro de dicho tabernáculo se adaptaría la veneranda reliquia, entre pontentes focos de luz eléctrica, que brillarían detrás de opaca pantalla, para que convergesen todos los rayos luminosos sobre la admirable alhaja, ante la cual ardería constantemente una lámpara, como símbolo de la religiosidad del pueblo valenciano. Todos los viernes del año se expondría á la veneración de los fieles, durante la misa de las once de la mañana, que precisamente debía celebrarse en el altar de la adorable reliquia. Los gastos necesarios para todo esto son tan exiguos, que no dudamos se sufragarían en seguida por alguna alma piadosa, ó por medio de una suscripción pública que se abriese para este objeto. Creemos que el Cabildo metropolitano no pondría obstáculo á esta

noble y piadosa iniciativa, la que sin duda sería también aprobada por la autoridad eclesiástica.

No es presunción nuestra el augurar que estos desinteresados y piadosos deseos los veremos realizados. Entonces el fiel devoto podrá contemplar á su placer la Copa sagrada, y renovar constantemente ante ella el recuerdo de la última Cena del Salvador, al que verá su espíritu reconcentrado en la profundidad de tristeza y en la profundidad de ternura que todo Él respiraba, oyendo lo misterioso y augusto de sus palabras, experimentando el vago sentimiento de la divinidad, sin que distrajese su misterioso arrobamiento el recuerdo de los siglos que evocan las enmohecidas piedras del gótico recinto, cuyo melancólico ambiente dispone á los fieles á elevarse á los cielos. Cuando sean un hecho estos anhelos, las generaciones que fueron, las almas de nuestros antepasados, que con tanta devoción veneraron la sagrada reliquia, nos enviarán sus recuerdos, sus bendiciones y su gratitud, todo lo cual llegará á nuestro corazón con la misma suavidad que los últimos brillos del sol resbalan y acarician los pintados vidrios de los afiligranados rosetones góticos de dicha capilla.

Que la devoción al santo Cáliz aumente entre los valencianos, y sea prenda segura de perfeccionamiento espiritual y de salvación eterna, es lo que deseamos de todo corazón.

INDICE

Páginas

FOTOGRABADOS

Láminas | Páginas

APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

Imprimatur

† *Victorianus,*

Archiep. Valentin.





